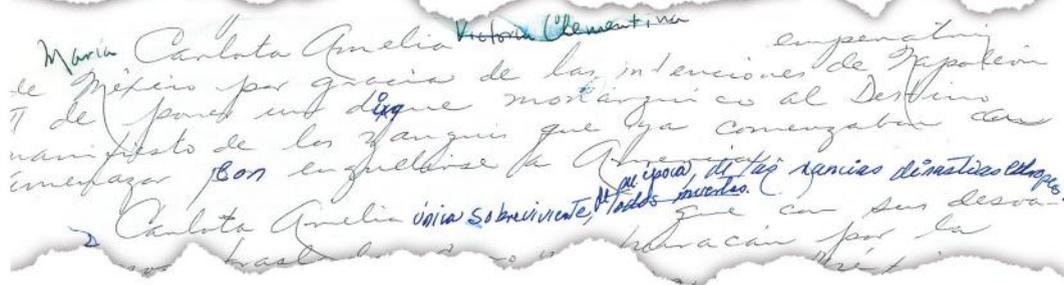


# México: tiempos y contrastes



## Volumen II



Rolando Bernal Acevedo



CENTRO REGIONAL DE EDUCACIÓN NORMAL  
DE AGUASCALIENTES

# México: tiempos y contrastes



Volumen II

Rolando Bernal Acevedo



CENTRO REGIONAL DE EDUCACIÓN NORMAL  
DE AGUASCALIENTES



**México: tiempos y contrastes**  
**Volumen II**

Rolando Bernal Acevedo

**Coordinador de la edición:**  
Armando Quiroz Benítez

**Compilación:**  
Rómulo Bernal Acevedo  
Ruth Bernal Acevedo

**Diseño gráfico:**  
LDG Olga Yveete Guerrero Cardona

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin permiso por escrito del editor.

*Reserva de derechos en trámite.*



## Prefacio

La publicación de “México: tiempos y contrastes”, Volumen II es una buena noticia por distintas razones. La primera porque es una evidencia de que se sigue concretando el rescate de la producción escrita de Rolando Bernal Acevedo, tarea muy importante, dado el rico acervo legado por el maestro. La segunda, porque este libro, al igual que el Volumen I del mismo título, podrá ser conocido y leído por la comunidad docente, por los estudiantes normalistas y universitarios y por todos aquellos interesados en el conocimiento y análisis de la producción literaria en México. La tercera, porque responde a un afán de esa justicia editorial *post mortem* que para él hemos buscado sus compañeros de trabajo, sus amigos personales y sus familiares más cercanos, ya que en vida nunca tuvo como prioridad publicar un libro; pues en ningún momento fue de su interés y es que, dada su modestia y antisoflamería, se sentía satisfecho con publicar sus textos en el diario “Hidrocálido” o en alguna revista local.



En este sentido merece mención especial el esfuerzo realizado por los hermanos Ruth y Rómulo Bernal Acevedo, y la mtra. Gabriela Méndez Parga, quienes con visión y persistencia han hecho posible este fruto editorial.

Rolando Bernal ha sido una figura icónica en el magisterio de Aguascalientes. Su trabajo como docente en instituciones de distintos niveles educativos, siempre fue reconocido por estudiantes y colegas; de igual forma, su labor como editor de algunas revistas y libros, le ubicó como uno de los impulsores y difusores de la producción escrita de los maestros locales. Así también, fue un escritor fecundo, siempre inclinado por el texto argumentativo, de suyo arduo y complejo, pero que él hábilmente convertía en un espacio atractivo, lúdico y sugestivo donde se entreveran la sagacidad reflexiva y sus juicios, a veces irónicos e irreverentes, con el interés y el agrado producido en sus lectores.

Como puede verse también en este tomo, sus trabajos son territorio por el que transitan diversos personajes literarios e históricos: así como nos presenta a su autor predilecto, Carlos Fuentes –maestro de una narrativa de alcances poéticos-, nos habla de Rosa Beltrán, quien recién incursionaba en la novela histórica con “La corte de los ilusos”. Es motivo de análisis el genio de Alejo Carpentier y su visión de Cristóbal Colón, el Almirante de la Mar Océana, al igual que la dramática denuncia de Rodolfo Usigli en torno a la simulación del mexicano en su obra cumbre “El gesticulador”.

La lectura aguda y vivaz que nos comparte Rolando Bernal, acerca de distintos libros y sucesos históricos, aunada a los comentarios perspicaces, incisivos e incluso cáusticos, nos lleva desde las hazañas de Napoleón Bonaparte hasta el inefable Francisco Villa, figura legendaria por la que



sentía una admiración abierta y cuya personalidad le provocaba una fascinación que no podía ni pretendía ocultar. Conocía de principio a fin la vida del guerrillero, así como toda la producción escrita –desde Martín Luis Guzmán hasta Paco Ignacio Taibo II– acerca de quien fuera el personaje más impredecible de la Revolución Mexicana.

Otra de sus pasiones –misma que no podría faltar en este volumen, aun cuando ya se haya publicado en el anterior uno de sus trabajos sobre el tema– fue el Segundo Imperio, la fatalidad que persiguió a Maximiliano de Habsburgo y a su obsesiva esposa Carlota Amalia, las inauditas circunstancias que los llevaron desde la ensoñación por una tierra extraña hasta la muerte más absurda del primero y la prolongada locura de la segunda. Así, nos participa su propio enfoque sobre la novela monumental de Fernando del Paso: “Noticias del Imperio”.

Tampoco quedan fuera de su juiciosa perspectiva la Cristiada y su impacto en el México posrevolucionario, ni su visión sobre el Subcomandante Marcos, quien emprendió su propia “guerra florida” desde la selva lacandona “leyendo poemas de Jaime Sabines, las novelas de Günter Grass e intercambiando *mails* con los globalifóbicos europeos”, sí, el mismo líder de los indígenas, quien al mismo tiempo que alarmaba al gobierno mexicano, tuvo el privilegio de escribir una novela al alimón nada más y nada menos que con Paco Ignacio Taibo II.

La habilidad y el conocimiento con que el autor teje cada texto, tienen como constante la continua oscilación entre el acontecimiento histórico y el suceso de actualidad; entrelaza con especial ingenio ambas dimensiones, las confronta, las aúna y las desdobra para que el lector llegue a la



inevitable conclusión de que “la historia se repite”. Por ello no se olvidan aquellas jornadas de animosa charla, cuando juntos, pretendíamos esclarecer –sin jamás lograrlo- la inasible y difusa frontera que existe entre la historia y la literatura.

Quede pues como agradable tarea para el lector, explorar y recorrer este ejercicio en el largo y el ancho de cada página hasta llegar al *Adendum*, espacio concluyente en el que algunos familiares y amigos, ofrecen interesantes estampas de su presencia única y su estilo inconfundible.

**Armando Quiroz Benítez**



## **Julio de 1915, Aguascalientes: última gran batalla de la División del Norte<sup>1</sup>**

Aguascalientes tiene una honda significación en la vida de la División del Norte, comandada por Francisco Villa. Es la plaza que ya no puede tomar en junio de 1914, posterior a la toma de Zacatecas, cuando Felipe Ángeles solicita a Villa 6,000 caballos para hacerlo y Villa ofrece 10,000. Sin embargo, las profundas desavenencias con Carranza ya no permiten el avance hacia el sur y obligan a la División, a replegarse hasta Torreón para evitar problemas mayores.

Es en Aguascalientes, donde a fines del mismo año, se designa a Francisco Villa comandante en jefe del Ejército Convencionalista, en aquel momento fugaz de la historia de México en que se creyó posible un gobierno electo democráticamente.

Es aquí, donde a principios de julio de 1915, hace ya 76 años, en los cerros y lomeríos que se encuentran al sureste de la ciudad, libró la División del Norte lo que fue considerada como su última gran batalla.

A su paso por Aguascalientes, en 1914, era un ejército invencible, cuyo inventario de victorias era en verdad im-

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico "Hidrocálido" el 13 de Octubre de 1991.



presionante: Ciudad Juárez, Tierra Blanca, Ojinaga, Gómez Palacio, Torreón, San Pedro, Zacatecas, de donde ya no pudieron avanzar a Aguascalientes y por lo tanto, tampoco a la capital.

Los acuerdos de Chihuahua, Torreón y posteriormente la Soberana Convención Revolucionaria en Aguascalientes se interpusieron como un dique de sinceros deseos de paz y reconciliación.

Una vez concluido el histórico esfuerzo de la Convención y rotas las hostilidades cuando Carranza le desconoce toda personalidad legal a la Junta Revolucionaria y a los acuerdos tomados, los convencionistas, con Eulalio Gutiérrez como presidente y Villa como Comandante en Jefe del Ejército, avanzan y se posesionan de la capital en diciembre de 1914.

Es entonces cuando la estrella de Francisco Villa y de su flamante División comienza a opacarse. Rompe en forma violenta con Eulalio Gutiérrez quien huye con su gobierno hacia el norte, comete y permite actos de terror en la capital y deja que Carranza se repliegue hasta Veracruz en contra de la opinión de Ángeles. El pacto con Zapata hecho en Xochimilco no le permite avanzar: de la capital pa'riba, asunto de mi General; de la capital pa'bajo asunto de Emiliano.

No forma un gobierno ni un ejército centralizado, lo que la posesión de la capital le permitía. Su mentalidad de la concepción del poder eran fundamentalmente localistas y sucede lo inevitable, fracciona la División en tres frentes: Ángeles a la línea Torreón-Salttillo, Urbina a los campos petroleros de la Huasteca y Fierro a Jalisco, y Villa se reserva para enfrentar a Obregón quien avanza de manera lenta pero segura hacia la capital de la República.



Y se inicia el desastre, Villa desoyendo nuevamente a Ángeles, no deja que Obregón avance más hacia el norte y lo enfrenta casi a las puertas de la capital, en Celaya, la trágica Celaya...

Proviene luego las derrotas de Trinidad, León y Aguascalientes, en donde pese a los reveses sufridos, logra enfrentar a Obregón, con un poco más de 15,000 hombres. La concentración de tropas se termina a fines de junio y para los primeros días de julio se inicia propiamente el emplazamiento de las mismas. El cuartel general de Obregón está en Encarnación de Díaz.

Mientras, Villa se prepara; se fortifica, cava trincheras utilizando por primera vez una táctica defensiva, quiere emular a Obregón en la fatídica batalla de Celaya, es demasiado tarde, la balanza ya está inclinada en un solo lado. Mentalidades distintas de hacer la guerra.

En todas las batallas anteriores, Villa ataca de frente, a pecho descubierto. Obregón se defiende; Villa prepara y ejecuta sus cargas famosas de caballería. Obregón cava loberas y labra trincheras, como en la guerra europea. El arma favorita de Villa es la carga de caballería. El arma favorita de Obregón es la ametralladora.

Visión fatalista y suicida del primero. Astucia y serenidad visionaria del segundo.

Un tanto contra el esquema anterior, Villa ordena fortificar una línea defensiva de aproximadamente treinta kilómetros, que nace en el Cerro de los Gallos, continúa por el de San Bartolo y Las Liebres, hasta el extremo oriente de la ciudad de Aguascalientes.

Mientras una brigada al mando de Rodolfo Fierro y Canuto Reyes flanquea a Obregón y continúa hacia el sur



destruyendo la vía férrea. Táctica infructuosa, pues Obregón sin esperanzas de recibir refuerzos ni pertrechos decide atacar de inmediato con un movimiento de pinzas y una finta de ataque por el centro, lo que rompe con el esquema defensivo de Villa, el cual definitivamente no es su fuerte.

Durante el día 8 de julio se abaten fácilmente las trincheras villistas, el día 9 se logran algunos triunfos parciales por las caballerías de Urbina, Rodríguez y Ortega. Sin embargo, el triunfo no lo determinan las caballerías, sino, nuevamente las infanterías con los semicírculos que ejecuta el mismo Obregón, que son las que determinan la batalla.

Durante la noche del mismo día 9, las infanterías obregonistas logran mejorar sus posiciones ante la inactividad villista y al amanecer, definitivamente se rompe el cerco, como en Trinidad, provocando la desbandada villista, quienes huyen hacia el norte no sin antes sufrir grandes pérdidas en Chicalote y Calvillito.

Todavía en medio de la derrota se logra rescatar de un hospital de la ciudad de Aguascalientes a uno de los dorados consentidos de Villa, a Martín López.

Sobre las grandes derrotas de la División del Norte se ha especulado mucho, desde hipótesis formales hasta llegar a la leyenda: que si Villa derrota a Obregón en Celaya, que si los "gringos" le surtieron puras balas de salva, que si el cañonazo que mutila el brazo a Obregón en Santana del Conde le mutila mejor la cabeza, que si en lugar de atacar el centro en Celaya y Trinidad ataca los flancos y la retaguardia...especulaciones que solamente hubieran contribuido a la prolongación de la agonía del ejército villista y a modificar tan sólo la anécdota en la historia, pues hubiera sido otro general carrancista y en otro lugar, aún en el mismo norte,



el que hubiera tenido el “honor” de derrotar a este ejército campesino.

La suerte de la División del Norte estaba echada desde su mismo origen, formada y dirigida por campesinos en plena etapa de transición capitalista, peones de hacienda, de los ferrocarriles, mineros y peones de campos algodoneros, que son pura mano de obra asalariada, con un peso histórico campesino de siglos, gente que tampoco quería cambiar como la de Zapata, quienes como dice John Womack, por eso hicieron una revolución y por eso había que destruirlos para continuar con el modelo del país que desde fines del siglo XIX se había decidido para México.

Los peones que formaban la División del Norte como jefes y como soldados, salvo Felipe Ángeles, caso muy aparte por ser militar de carrera, eran de fuerza de trabajo que se unía voluntariamente y hasta con regocijo a la “bola” pues seguían a uno de los suyos, entre ellos y sus jefes no existían grandes diferencias, sólo las del natural liderazgo y así sucede con los demás capitanes: Urbina, Fierro, Ortega, Rodríguez, Herrera, Natera etc. y... Ángeles caso excepcional, figura solitaria y trágica de la revolución que tomó partido con los perdedores.

El ejército de Obregón también estaba formado por campesinos, e incluso indios yaquis, pero la mentalidad y organización militar eran bien diferentes; éstos peleaban por la promesa de un pedazo de tierra, por un salario, quedando de manera incuestionable la obediencia (que no lealtad como en el otro caso) al jefe, que posteriormente fue al estado, al partido, al gobernante, etc.

Por eso los mitos y la historia no se llevan, pues mientras unos son eterno presente, la otra es aleccionador



y ejemplar pasado y por eso la historia trágica y fugaz de la División del Norte estaba ya escrita, tanto en la historia como en el mito, en el discurso conmemorativo y en el corrido. Por eso el triunfo efímero del 9 de Julio de 1915 en el cerro de San Bartolo y la persecución que hizo la caballería de Urbina a las de Laveaga, no fueron más que el preludio de la derrota del día 10 y de todas las demás derrotas que acompañaron ya como una trágica sombra a la División del Norte y a su legendario jefe: Pancho Villa.



## “Noticias del Imperio”, crónica mínima de una novela total<sup>1</sup>

El 19 de junio de 1867 fue fusilado Maximiliano de Habsburgo, en el Cerro de las Campanas; de este hecho y de la novela de Fernando del Paso, surgió la idea del presente trabajo.

De un tiempo a esta parte todo el mundo espera noticias del Imperio, pero sobre todo quienes por razones dialécticas o por la fatalidad, se han convertido en piezas fundamentales en la confusa historia de México<sup>2</sup>.

Carlota Amelia Victoria Clementina, Princesa de Bélgica y Emperatriz de México, tras los gruesos muros de un castillo, espera por más de medio siglo noticias de su Imperio y a ratos no sabe dónde termina la verdad de sus sueños y dónde comienza la mentira de su vida.

Desquiciada o extremadamente lúcida, nos traslada con sus monólogos, que forman la columna vertebral de la novela de Fernando del Paso, como un huracán, por la etapa más crucial en la historia de México.

---

<sup>1</sup>Publicado originalmente en el periódico “Hidrocálido” el 21 de junio de 1992.

<sup>2</sup> Aun cuando este texto ya fue publicado en el Volumen I, se integra nuevamente en virtud de la inclusión de un fragmento del manuscrito con que se ilustra la portada.



Carlota Amelia Clementina, quien desde las ventanas del castillo de Bouchot ve morir un siglo y con él al Imperio Austrohúngaro, un día de junio de 1866 decide jugarse el todo por el todo y se embarca para Europa, dejando en México a Max, al pobre Max, quien mitad por convicción y mitad por presiones decide quedarse a defender a su efímero imperio.

Parte en búsqueda de un muy remoto apoyo para el imperio que se extingue, dejando tras de sí a los campamentos chinacos, desde donde se escuchan aquellas hirientes coplas compuestas por el republicano Vicente Riva Palacio:

“La nave va en los mares  
botando cual pelota  
adiós mamá Carlota  
adiós mi tierno amor.

De la remota playa  
te mira con tristeza  
la estúpida nobleza  
el mocho y el traidor”.

Después de su fracaso con Napoleón III y con Eugenia de Montijo se refugia en Miramar, donde la alcanza aquel ejemplo de lealtad perruna, Blasio, a quien con la mirada extraviada y ya un tanto perdida en la nada, pregunta: ¿Por qué ha tardado usted tanto?

Carlota Amelia de Bélgica sobrevive 60 años a la muerte de Maximiliano y desde su encierro ve desfilan los cadáveres de Juárez, Lerdo, Porfirio Díaz, Madero, Zapata,



Pancho Villa y Napoleón III. Alrededor de su palacio desfila también la muerte sembrada por la Primera Guerra Mundial.

Un día de 1927 fallece. Cerrándose así la “última página de un grotesco melodrama personal de sombría grandeza” (pág. 63) “El gobierno de Bélgica se las arregla para localizar a seis ancianos octogenarios que combatieron como voluntarios en México, quienes llevaron sobre sus hombros el féretro de la Emperatriz hasta la capilla Leaken” (Pág. 638).

Al final de la novela, Del Paso se conmueve de Carlota y ayudado por Usigli intenta su expiación: “¡Ah! si pudiéramos inventar para Carlota una locura inacabable y magnífica; si pudiéramos hacer de la imaginación la loca de la casa, la loca del castillo y dejando que la loca desatada, loca y con alas recorra el mundo de la historia, la verdad, la ternura, la eternidad y el sueño, el odio, la mentira, el amor, la agonía; libre sí, libre omnipotente, aunque al mismo tiempo presa mariposa, aturdida, ciega, condenada, girando siempre alrededor de una realidad inasible, que la deslumbra y que la abrasa y se le escapa, pobre imaginación, pobre Carlota, todos los minutos de todos los días” (pág. 645).

Porque al fin de cuentas Carlota Amelia Victoria Clementina fue una “princesa de la nada y del vacío, soberana de la espuma y de los sueños” (pág. 668). “Hoy vino el mensajero a traerme noticias del Imperio y me dijo que Carlos Lindbergh está cruzando el Atlántico en un pájaro de acero para llevarme de regreso a México” (pág. 668), donde espera recibir más noticias del Imperio.

Fernando Maximiliano José descendiente en línea directa de los Reyes Católicos y de Carlos V de España; Príncipe de Hungría y de Bohemia, Archiduque de Austria



y Príncipe de Lorena, con la mirada perdida en el Adriático, también espera noticias del Imperio.

Espera el referéndum de los mexicanos mediante el cual pedían a gritos el establecimiento del Imperio. Por lo que ni tardos ni perezosos los “apátridas” Estrada, Hidalgo, Almonte y otros, se abalanzan “no en pos del voto nacional, sino de su apariencia”.

Espera también el avance de las negociaciones con Napoleón III quien habría de sostener militar y económicamente al Imperio. Pero sobre todo espera el término del humillante tratado, mediante el cual al convertirse en Emperador de México tendría que renunciar a todos los derechos de sucesión y títulos nobiliarios en la añeja Europa.

“Amaba tanto sus libros. ¿Debo dejar todo esto a cambio de sombras y mera ambición?” (pág. 195).

“Pero los pros eran muchos”. Sin embargo aún se defendía “el trabajo, la ciencia, y las artes, son más dulces que los destellos de una corona” (pág. 200). Todavía recibe en Miramar a Don Jesús Terán, enviado por Juárez, quien le manifiesta la inutilidad del Imperio pues todo es una farsa, las actas de adhesión y la Asamblea de Notables.

Era ya demasiado para Max, demasiadas tensiones y zozobra, “con o sin las garantías suficientes, con o sin el apoyo de Inglaterra, con o sin el voto de la nación, Maximiliano y Carlota habían decidido desde la nochebuena de 1863 aceptar el trono de México” (pág. 205).

Fernando Maximiliano José, Príncipe de Hungría y de Bohemia, Emperador de México por obra de las bayonetas de Napoleón III, quien intenta poner un dique monárquico al destino manifiesto de los yanquis y a la “sinistra influencia protestante anglosajona”. Con la mirada clavada



en un mapa de México pregunta a su profesor sobre Sonora, Durango, Parral, Real del Monte y Cuernavaca, donde entre cantos de aves y el aroma y lujuria de cientos de flores aguarda Concepción Sedano.

Y se decide a dejar su Miramar, aquel castillo construido a raíz de los desprecios recibidos por los militares austriacos, por su benevolencia y tendencia liberal con los italianos del norte. Le duele dejarlo, pero al fin se decide. Y como dice Fuentes Mares “a todos nos han quitado alguna vez un Miramar”.

A su llegada a México se encuentra que “todo es mentira, Maximiliano, -delira Carlota- fue la mentira, fueron las mentiras las que nos perdieron” (pág. 349). Todos le mintieron a Max; los apátridas que le ofrecieron el trono, sin contar para nada con el consenso de los mexicanos, Napoleón el Pequeño que prometió “pacificar” el país, lo que nunca logró, y no retirar sus tropas hasta 1867, el alto clero que tras su adhesión al Imperio escondía la ambición de recuperar sus bienes perdidos con las Leyes de Reforma, los yanquis que ofrecieron neutralidad en un principio y hasta Carlota que con una mezcla de ambición y soberbia vislumbra un futuro mejor en la lejana América que en la vieja Europa.

Maximiliano decide confirmar, para desengaño y enojo de conservadores y del clero, todo lo establecido en las Leyes de Reforma, con lo que reconoce de manera legal el Estado conformado por Juárez y los liberales, convirtiéndose con ello automáticamente en usurpador.

Por lo que un día (escribe Fuentes Mares) “traicionado por Napoleón, abandonado por su familia, enemistado con el Papa, engañado por los conservadores, decide encerrarse en Querétaro”. Lo acompañan sus lugartenientes



quienes en sus nombres portan la fatídica "M" que habría de perseguirlo toda su vida: Miramón, Márquez, Mejía, Méndez, Miguel (López el "traidor") Miramar, México y a fin de cuentas la Muerte.

Encerrado en Querétaro, sin esperanzas de recibir ayuda, no se decide a jugarse la última carta como aconsejaban sus generales: batir al enemigo por separado, no permitirle que consume el cerco.

Después de 60 días de resistencia por fin cae el Convento de la Cruz, cuartel de Maximiliano, en manos de las fuerzas republicanas que fueron guiadas por su compadre Miguel López quien por traición o consigna del emperador lo entrega. La tragicomedia termina en el Cerro de las Campanas donde caen "tres hombres que salvan su honor con la belleza de la muerte".

Era un 19 de junio de 1867. También Benito Juárez García, desde su carruaje negro convertido en Palacio Nacional con la mirada clavada en el desierto, espera impasible noticias del Imperio.

A orillas del Río Nazas, después de "dar el grito" un 15 de septiembre, recuerda con nostalgia su niñez y su juventud de huérfano, en Oaxaca; la ausencia de Margarita y la muerte de sus hijos, mientras, en Dolores, "el austriaco" daba también "el grito", vestido con la indumentaria de charro.

Juárez medita en voz alta: "A veces me veo yo mismo en una llanura polvorienta, siempre en mi calesa negra seguida por los once carrromatos jalados por bueyes donde viajaba el Archivo de la Nación que ahora se quedó en una cueva (pág. 319).

"Y aquí estoy yo en Paso del Norte, sin cuerpo diplomático, sin Congreso, sin ejército y mi silla presidencial es ésta, una silla de capulín, con asiento de bejuco" (pág. 321).



Aunque, “Mientras los franceses ganaban cien batallas inútiles, la República subsiste en Paso del Norte” (F. Mares).

Repasa meticulosamente el informe que sobre Maximiliano le rinde su secretario. Con su sobriedad característica da un rápido, profundo y erudito recorrido por la historia europea y sin dejar su buen humor aprovecha para dar a través de su “sabrosa plática” una repasadita a las intrigas y chismes de moda en las cortes europeas: los posibles amíos de la Archiduquesa Sofía y el Duque de Reinchstadt, hijo de Napoleón I y María Luisa de Austria, que de resultar cierto, Maximiliano vendría a ser nieto del gran corso.

De las infidelidades de los monarcas europeos, como una posibilidad, según su señor secretario de darle una lavadita a tanta sangre envenenada por tanto incesto y matrimonio político.

Pero sobre todo, la plática se centra en la obsesión de Juárez en torno al aspecto físico de Maximiliano: alto, barbado y rubio. “Nos salió bonito el Archiduque”, en un país de analfabetas que desde siglos esperan el regreso de Quetzalcóatl.

Benito Pablo Juárez García, descendiente de los indios zapotecas de la sierra de Ixtlán, quien un día tuvo que negar el perdón a Maximiliano, a quienes lo solicitan antes de realizarse el juicio y a quienes se encargó de señalarles lo inexorable de las leyes; quien tuvo que denegar el indulto a la princesa extranjera que fue hasta San Luis a suplicarlo y a quien señala que “aunque todos los reyes y todas las reinas estuvieran en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida porque no soy yo quien se la quita, es el pueblo y la Ley que piden su muerte” (pág. 572). Un día lo sorprende la muerte



en Palacio Nacional, “falleció de angina de pecho y con el pecho en carne viva a las once y media de la mañana del día 18 de junio de 1872” (pág. 627).

Y nosotros, que desde hace tiempo esperamos noticias del Imperio, nosotros, quienes amamos el estudio de la historia y el recurso de la literatura como posibilidad de creación y recreación. Porque a fin de cuentas, como señala Milán Kundera, la novela es el territorio en que nadie es poseedor de la verdad, pero en el que todos tienen derecho a ser comprendidos”, o como dice Del Paso que manifiesta Borges “que le interesa más que lo históricamente exacto, lo poéticamente verdadero; pero más aún, tratar de conciliar todo lo verdadero que puede tener la historia con todo lo exacto que pueda tener la invención” (pág. 641).

Curiosa mezcla ha resultado cuando la literatura se nutre de la historia y la historia tiende a volverse literatura.

“En lugar de hacer a un lado a la historia, colocarla al lado de la invención, de la alegoría, e incluso al lado de la fantasía desbocada” continúa disertando Del Paso (pág. 641).

Por todo ello, ya hace tiempo que esperábamos noticias del Imperio, pero sobre todo desde mayo de 1987, cuando leímos en Proceso la entrevista hecha a Del Paso en París: “ningún libro me había costado tanto trabajo como éste... fueron años de ardua investigación histórica y de un profundo enamoramiento por Carlota”, confiesa después.

A diferencia de lo que Del Paso dice de la aventura de Maximiliano y Carlota de que nació muerta, nosotros afirmamos que su novela nació viva y por ello nos sentamos a releer y a tratar de encontrar más noticias del Imperio.



## Los amores del Águila real<sup>1</sup>

(Un libro sobre Napoleón Bonaparte)

En esta reciente obra de Enrique Laguardia (Diana 1993) confirmamos nuevamente la idea de que cada vez más se habla de historia mediante los recursos que tiene la creación literaria.

Ya no se trata ahora de crear personajes, sino de recrear los momentos fundamentales de seres de carne y hueso, de figuras clave de la historia universal. Interesante mezcla ha resultado cuando la literatura se nutre de la historia y la historia tiende a volverse literatura. Basta recordar la novela de Fernando del Paso "Noticias del Imperio", en la que le interesa "más que lo históricamente cierto, lo poéticamente verdadero", o la "Lejanía del Tesoro" de Paco Ignacio Taibo, quien recrea de manera asombrosa el lenguaje de las memorias de Guillermo Prieto y a través de tres o cuatro hilos conductores del relato nos conduce a la búsqueda de un tesoro que resulta no ser otro que el Archivo de la Nación.

También se inscribe dentro de esta nueva tradición la novela de Guillermo Chao Ebergengyi "De los Altos", así

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico "Hidrocálido" en octubre de 1994.



como toda la serie de relatos que han resultado de los certámenes histórico-literarios a los que ha convocado el Ayuntamiento de Aguascalientes.

Por ello, este tipo de obras nos absorbe, casi se tienen que leer de golpe, porque imaginación y precisión histórica nos llevan y nos transportan a través de la magia de la lectura por un tiempo y un espacio poblado de fantasmas, que a ratos nos parece que cobran existencia real y se apersonan a cuestionar el tiempo en que vivimos...

Carlota delirando en el castillo de Bouchot, Napoleón preparando su campaña en Rusia, Felipe Ángeles discutiendo de estrategia militar con Villa, el General Riva Palacio leyendo mientras cabalga para tomar Zitácuaro.

Enrique Laguardia nos transporta de manera vertiginosa a través de casi 800 páginas por la increíble vida de Napoleón Bonaparte y con erudita precisión aborda las etapas fundamentales de la vida del "Gran Corso".

Desde su nacimiento en 1769 en la isla de Córcega, un día en que aparece un enorme cometa luminoso, en el tiempo en que la isla se encontraba como posesión de Francia, hasta la gran derrota en Waterloo y su destierro en la isla de Santa Elena donde lo confinan los ingleses, queriendo deshacerse lo más rápidamente posible del más grande enemigo que han tenido.

La Revolución Francesa crea las condiciones para el surgimiento del gran personaje. Cuando el pueblo francés decapita a la nobleza, las grandes monarquías de Europa forman una gran coalición para parar en seco esa semilla revolucionaria que amenazaba con regarse por todos lados. Austria, Prusia, España, Rusia, Inglaterra, formaron esa gran alianza contra el país que se atrevió a decapitar a sus soberanos.



Después de haber sido también guillotinado Danton y Robespierre, líderes revolucionarios víctimas de sus propios excesos, Barras se convierte en el amo del Directorio, especie de junta revolucionaria encargada de gobernar. Pone sus ojos en aquel joven militar para enfrentar a los monarquistas que aspiraban a retornar al antiguo orden feudal. Napoleón es ascendido a general. Tolón fue su primera gran victoria y punto de partida para su vertiginosa carrera militar.

Es el momento en que aparece en escena María Josefa Tascher de la Pagerie, a quien la historia registra solamente con el nombre de Josefina, relacionada con la antigua nobleza, amante de Barras y de Lazare Hoche. Su amistad con los nuevos amos de Francia la salvan de ser decapitada. Napoleón se deslumbra con su belleza y Barras encuentra la forma de deshacerse de ella. Si hay boda con Napoleón, éste será el comandante en jefe del ejército francés en la campaña de Italia y por supuesto que hubo boda.

Josefina se muestra “de estado mental desastroso y se encuentra tibia e indiferente”. Como que no acaba de llenarle el ojo aquel joven general que se desvive por ella y mientras se colma de honores y triunfos en Italia, Josefina no pierde el tiempo para enrolarse en apasionado romance con un joven llamado Hipólito Charles. Así, la historia militar de Napoleón comienza con una gran victoria y su historia sentimental con una gran derrota... la traición de Josefina

Terminada la campaña de Italia regresa a Francia, ya con la ambición despierta. No puede formar parte del Directorio por contar solamente con 29 años y decide emprender una nueva campaña. “Debo ir a tierras lejanas a asegurarme más gloria”. Pasea la mirada en un mapa y se detiene en Egipto. El Directorio lo autoriza. Por un lado, si triunfa le



asestarían un golpe mortal a Inglaterra que tiene grandes intereses ahí, si fracasa, se lo podrán quitar de encima ya que comienza a preocuparles la gran popularidad que va adquiriendo.

Napoleón “quiere correr tras las huellas dejadas por Alejandro y César”. El Almirante Nelson lo persigue, pero nunca da con él. Llega a Alejandría donde obtiene su primera gran victoria en aquellas tierras.

Durante la campaña Napoleón se entera de la infidelidad de Josefina por boca de uno de sus mejores capitanes, Junot y decide contrarrestar la ofensa con alguna bella asiática.

“Pobre Zenab, flor del desierto, que sabía de poesía y tocaba la cítara que velaba el sueño de su amante, que bailaba frente a él para distraerlo y le llevaba dátiles y flores”. Como en Las mil y una noches. “Zenab fue decapitada por entregar su amor a un extranjero”.

Después fue la esposa de un oficial francés, Pauline Fourés de Carasona, llamada por todos “La Faraona”. “Cabalgan en briosos caballos árabes rumbo a las pirámides y por las márgenes del Nilo”. Mientras tanto Nelson localiza a la flota francesa y la destroza en Abukir.

Napoleón pretende ampliar el territorio conquistado pero el sitio de San Juan de Arce le costó un tiempo precioso y multitud de hombres. Ahí se le frustró el sueño de fundar un imperio suplente del turco y tiene que regresar a Egipto.

La retirada de Siria fue espantosa, en el camino tiene que sacrificar a los prisioneros ahogándolos en el mar. Las noticias que recibe de Europa lo obligan a dejar a su ejército en manos de un suplente. Austria avanza de nuevo sobre Italia y sobre Francia.



Josefina ya sabe la clase de hombre que tiene por esposo y corre a encontrarlo antes que lo haga con su familia y lo ponga al tanto de sus infidelidades. Napoleón toma otro camino y nunca se encuentran hasta París.

“Se arrancó el amor ciego y loco que le profesaba, pero se reconcilió con ella”. Napoleón se la jugó al abandonar su ejército en Egipto, pudo haber sido juzgado y ejecutado por ello. Sin embargo, el Directorio temeroso y corrompido no lo sancionó.

En los 47 días que duró la navegación efectuada por Bonaparte de regreso a Francia, fue afirmándose en él la idea de terminar con el Directorio y aprisionar entre sus manos todo el poder absoluto de una vez por todas. Busca adeptos, logra consenso, pero cuando se presenta al Congreso el ala jacobina se encrespa y Napoleón se turba totalmente no acertando a pronunciar palabra.

A fin de cuentas se firma el acta del Consulado y Napoleón centraliza todo el poder. Había que recomenzar la guerra. El 6 de mayo abandona París para ponerse al frente de su ejército, emprendiendo la misma hazaña que Aníbal al cruzar los Alpes para invadir Italia. Entra en Milán el 2 de junio y mientras planea la campaña se da tiempo para cortejar a Giuseppina Grasi quien le dedica un concierto en La Scala.

Dicta disposiciones con miras a aniquilar a los austríacos en una gran batalla que se libraré en Marengo. La primera fase de la batalla la pierden los franceses, pero Napoleón los arenga: “franceses ya hemos retrocedido bastante y ya es hora de avanzar”; resuenan los tambores y las cornetas dan la orden de ataque. “El empuje es arrollador y la victoria final en Marengo sonrío al Cónsul”.



Hacia el año de 1800, todo parece marchar bien para Bonaparte. Francia, Inglaterra, Austria, Rusia, Prusia, parecen tomar aliento para lanzarse con más bríos contra “El Advenedizo”. Mientras Napoleón disfruta de la compañía de Margarita Weymer, joven actriz de 16 años.

Aunque ya Napoleón gozaba de un poder ilimitado “Francia parecía no olvidar la costumbre de estar sujeta a potestad absoluta y sucesión hereditaria, por lo que el corso recibió de muy buen agrado la noticia de que se pensaba proclamarlo emperador”. [...] Y aquel país que se había ensangrentado por la muerte de sus reyes, que había despojado de sus derechos a los nobles, se aprestaba para inaugurar otro sistema despótico”.

Napoleón Bonaparte acepta “el título que juzguéis útil para la gloria de Francia”. Josefina angustiada le suplica: “Bonaparte, ¡Por Dios, no te hagas rey!”. Y Beethoven se retracta de haberle dedicado su III Sinfonía.

Hizo que el Papa Pío VII fuera hasta París a coronarlo y cuando se disponía a colocarle la corona de Carlomagno, Napoleón se la quita de las manos y se la coloca él mismo, haciendo lo propio con la corona de Josefina, aquel diciembre de 1804.

Mientras tanto... “aleteaban las alas de las terribles águilas prusianas, de las austríacas y de las rusas para elevarse juntas y destrozar con sus garras las conquistas de aquel hombre”.

Alejandro I de Rusia se enteró muy consternado de cómo el mismo Papa había consagrado a “aquel aventurero sin escrúpulos que ofendía y humillaba a la verdadera nobleza, cuyo linaje se perdía en el pasado”.

Napoleón se preparaba para lograr su gran sueño: invadir Inglaterra, pero se convence que es imposible al no



poder concentrar a su escuadra naval a tiempo y se dispone mejor a aplastar a los austríacos.

Reúne a la “Gran Armée” hacia el Danubio. Consta-  
ba de 187,000 hombres agrupados en siete cuerpos, los que  
eran en realidad siete ejércitos distintos, los que “no vivían  
reunidos pero combatían juntos”. Al mando de Berthier, Ney,  
Soult, Kellerman, Murat y otros “héroes de leyenda, rayos  
destructores, guerreros sonrientes y seguros y de valor te-  
merario”.

Sobre los triunfos parciales de Ney, Murat y Dupont,  
los austríacos se rinden en Ulm con 30 hombres y 16 gene-  
rales. El ejército austríaco había sido aniquilado y sus so-  
beranos en medio de una gran confusión y sobre una gran  
capa de nieve abandonan Viena. Con ellos iba María Luisa,  
la joven archiduquesa, quien comparaba a Napoleón con el  
anticristo y deseaba su muerte.

Después del triunfo, Napoleón se dirige al Palacio de  
Schönbrunn “donde en la alcoba principal siente un esca-  
lofrío como si la muerte lo hubiera acariciado. Fue ahí don-  
de años después moriría su hijo Napoleón Francisco Carlos  
José “El Rey de Roma”, quien muere prematuramente a los  
21 años de edad ante el abandono de su madre María Luisa  
y de los cuidados extremos de la Archiduquesa Sofía, madre  
de Maximiliano de Habsburgo, más tarde Emperador de Mé-  
xico.

Mientras Napoleón saborea su triunfo, el Almirante  
Nelson derrota totalmente a su flota en Trafalgar. Victoria en  
la que Nelson pierde la vida. En tanto Napoleón se sitúa en  
Austerlitz, lugar en que Alejandro I de Rusia cree que podrá  
derrotarlo. En menos de cuatro horas el ejército austro ruso  
de 100,000 hombres fue derrotado por Bonaparte.



A su regreso a París, Murat presenta a su emperador a Eléonore Denuelle de La Plaigne, en un intento de constatar la esterilidad de Josefina. De aquella relación se logra un hijo, cuya paternidad es puesta en duda por las contribuciones que fueron puestas por el mismo Murat.

Los prusianos consideran que es momento de hacer armas contra el emperador y el 14 de octubre de 1806 los derrota totalmente en Jena imponiendo drásticas condiciones a sus soberanos.

La estrella de Napoleón se encuentra en el cenit. Es el tiempo en que conoce a María Walewska, la mujer que más lo amó, la que se acerca a él con la pretensión de liberar a su patria, Polonia, que estaba estrangulada por rusos, austríacos y prusianos.

Sigue la gran batalla de Friedland, donde derrota al ejército ruso. Napoleón comienza a negociar con Alejandro, el Zar derrotado, cometiendo el primero de sus más grandes errores: brindarle su afecto y amistad a quien sería uno de sus mayores enemigos.

A partir de aquí se inician las malas campañas. Queriendo bloquear a Inglaterra y cerrarle todos sus accesos al continente, Napoleón decide invadir España, otra de las lecciones que son consideradas como uno de sus más grandes errores.

Encarga a Murat que marche directamente a Madrid. El pueblo comienza a sublevarse al grito de: ¡Viva España! ¡Muera Napoleón! ¡Viva Fernando VII! Este último se encontraba cautivo por orden de su propio padre. España se enfrenta al ejército de Napoleón con un fervor nacionalista con el que nunca había topado. Participan mujeres, ancianos y niños en una guerra que ya no es como el ajedrez de



las batallas anteriores, ahora tienen que enfrentar la guerra de guerrillas a la que nunca antes había encontrado.

Es ésta una verdadera resistencia heroica. Es una guerra popular y comienzan a sufrir las primeras derrotas. Mientras tanto Napoleón conoce a Goethe y discute con él algunos pasajes del “Werther”.

Cuando sabe de la situación en España se traslada para allá y rápidamente llega hasta Madrid, pero pronto tiene que regresar a París ya que dos de sus mejores colaboradores daban claras muestras de intentar traicionarlo. Los reprende severamente, los humilla, pero no los destituye. Otro error: manda a Talleyrand a negociar con el Zar Alejandro con quien comienza a tejer los hilos de la traición y a Fouché lo conserva como su jefe máximo de seguridad.

En Wagram enfrenta a los aliados pero no obtiene una victoria como a las que estaba acostumbrado: “Otra victoria igual y pierdo la guerra”. Es entonces, cuando comienza a gestarse en su mente la idea del divorcio con Josefina y “buscar un vientre fecundo en las rancias dinastías de Europa”. Le niegan la mano de la duquesa Ana de Rusia y vuelve los ojos a Austria, su añeja enemiga y solicita en matrimonio a la archiduquesa María Luisa, aquella que tanto lo odiaba cuando junto a su familia, entre la espesa nieve, tuvieron que abandonar Viena.

En marzo de 1811 nace su hijo Napoleón Francisco Carlos José, “El Rey de Roma”.

Napoleón decide emprender su fatídica campaña de Rusia. El 8 de mayo de 1812 el Gran Ejército se concentra sobre el Vístula y el Niemen, comienza a avanzar y no encuentra enemigo al frente y sin haber combatido, ya tenía una gran pérdida de hombres y armamentos.



Los rusos en su retirada incendian los pueblos y desaparecen toda posibilidad de alimentos. En Smolensko el ejército ruso se atrinchera, combaten brevemente y luego se retiran incendiando la ciudad. Junot debería cortarles la retirada pero inexplicablemente no se mueve.

El viejo Kustov por fin decide dar la batalla a 130 kilómetros de Moscú. Sin obtenerse una victoria definitiva, ambos ejércitos se la adjudican pagando un costo altísimo en vidas. Francia pierde 50,000 hombres y 40 generales, Rusia pierde 58,000 hombres.

Kustov no quiere dar la última batalla en Moscú, decidiéndose mejor por la evacuación de la ciudad. Ésta quedó "desierta y abandonada y no rindió pleitesía al amo del mundo ". Moscú fue incendiada.

Napoleón decide retirarse hasta Smolensko, para invernar al no tener sentido permanecer en Moscú. Kustov le sale al paso y lo obliga a tomar un camino más difícil donde sólo hay desolación y muerte. El frío se torna asesino la primera quincena de noviembre. Ney va a la vanguardia y casi se le extermina su ejército. Es la hora en que la guerrilla cosaca; inicia su labor contra los rezagados y las pequeñas partidas.

El Gran Ejército se reduce a 30,000 hombres y a su alrededor se mueve Kustov con 130,000. Alejandro quiere meter su ejército hasta París para adjudicarse los honores, pero todavía Napoleón es capaz de derrotarlo. Luego comunica a sus oficiales que dividirá el ejército en tres cuerpos independientes, pero el Mariscal Marmont señala el error "puede suceder que vos ganéis una batalla mientras se pierden las otras dos".

Napoleón está urgido de ganar una gran batalla y en el llano de Leipzig se libra la "Batalla de las naciones", fue



una gran batalla pero Napoleón decide retirarse. El imperio se desmorona y todo indica que Francia va a ser invadida. Aunque Napoleón intenta todavía oponer 350,000 hombres al millón de soldados con que cuentan los aliados y aun así logra obtener algunos triunfos, pero ya los ejércitos coaligados marchan sobre París. El 31 de marzo de 1814 entran Alejandro y el Rey de Prusia a la capital francesa, integrando un gobierno provisional con cinco traidores.

Los soldados franceses juran a su comandante supremo luchar hasta el final por su Patria, pero ya los mariscales habían tomado partido por el nuevo orden de cosas.

El 4 de abril de ese mismo año Napoleón abdica y es desterrado a la isla de Elba. "En vista de haber sido humillado, de la imposibilidad de ver a su esposa y a su hijo, ante la incertidumbre de lo que será su vida en Elba, trata de envenenarse, pero la cápsula de veneno había perdido efectividad por el tiempo transcurrido".

El 20 de abril parte la caravana de Fontainebleau para Elba, entre los gritos de aclamación de los "gruñones". Durante el trayecto hay de todo: vivas y mueras.

La estancia de Napoleón en Elba es intranquila. El 29 de mayo muere Josefina y Napoleón desde Elba lo presiente. Un día comenta a María Walewska, la mujer que más le amó, "ni el águila está muerta ni mi espada enmohecida". "Su esposa lo había abandonado, su hijo perdido, su imperio desgajado. En Francia gobernaba un Borbón y se maduraba la idea de mandarlo hasta Santa Elena".

Así que comienza en su mente a formarse la idea de escapar de la isla. Porque "el que se detiene a mitad del camino, pierde lo andado y se queda sin ruta". El 25 de febrero de 1815 emprende el retorno. Varios batallones se le



incorporan, el pueblo lo aclama y su ejército crece como la espuma. En Lyon le intenta hacer frente el hermano del rey, pero las tropas lo aclaman y se unen a él.

Ney ofrece al rey traer la cabeza de Napoleón en una jaula, pero éste sabe que ni los títulos nobles ni los grados militares otorgados por él son bien vistos por la corte de Luis XVIII. Napoleón escribe entonces las siguientes palabras a Ney: "Primo, te recibiré como lo hice después de la batalla de Moskova". Ney duda, pero al fin se decide a volver a pelear al lado de su antiguo comandante.

Ante el creciente empuje del ejército rebelde, el rey se dispone a abandonar París y el 20 de marzo de 1815, Napoleón llega a Fontainebleau. Ya de nuevo en París decide ir contra los ejércitos coaligados y se propone avanzar sobre Bélgica, flanqueando a austríacos y a rusos.

Wellington, el general inglés, comandante de los ejércitos de España durante la invasión, se encuentra en Bruselas al mando de 106,000 hombres y Blücher, el comandante prusiano con 120,000 soldados, 18,000 jinetes y 300 cañones, sólo que ambos ejércitos no podrían juntarse en menos de dos días y Napoleón decide atacar por sorpresa y meterse como una cuña entre ingleses y prusianos.

El 15 de junio cruza la frontera francesa. Wellington se encontraba en una fiesta y recibe la noticia de que ya Napoleón se encuentra en Charleroi, en territorio belga.

Ney comanda el ala izquierda e indeciso no ataca y pierde Quatre Bras, que es un punto estratégico. Napoleón en tanto arremete contra los prusianos, haciéndolos tambalearse y retirarse. A Ney se le ordena atacarlos por la retaguardia pero no puede por estar en jaque en Quatre Bras.



Wellington se retira para intentar juntarse con Blücher y Napoleón busca reunirse con Ney. Entonces Napoleón muy enfermo permite que ingleses y prusianos se reúnan.

“Si la Batalla de Waterloo hubiera comenzado 24 horas antes”.

Napoleón ordena a Gruchy, un inexperto comandante, que persiga a los prusianos con 30,000 hombres y que no regrese hasta aniquilarlos, Gruchy nunca los encuentra, ni tampoco regresa a reforzar el frente principal donde habrá de librarse la gran batalla. ¡Ah, si estuviera Murat!

Napoleón y Wellington están frente a frente, Napoleón confía en el regreso de Gruchy, quien se dedica a perseguir prusianos sin encontrarlos. Estos se dirigen a Waterloo por un flanco, mientras Ney compromete toda la caballería contra el centro inglés, sacrificándola inútilmente ya que jamás puede romper los enormes cuadros de infantería erizados de ballonetes y cubiertos con cañones. Aun así, Napoleón casi tiene a Wellington al caer la tarde, quien exclama: “Necesito a Blücher o que caiga la noche”.

Al día siguiente decide enviar toda la vieja guardia sobre el centro inglés. Avanza la infantería implacable y Ney comanda los restos de la caballería. De pronto se observa una enorme polvareda a un costado del centro de la batalla, los franceses piensan que es Gruchy, pero no, ¡es Blücher! comandando a las negras águilas prusianas, quienes se aproximan al combate gritando: “Acordaos de Jena” y “No queremos prisioneros”. Los seis batallones de la vieja guardia permanecen agrupados sobre la meseta.



Los acribillan sin piedad, aun así forman un cuadro perfecto y retroceden. El resto del ejército grita: "La guardia retrocede", Ney levanta el pedazo de sable que le queda y exclama: "Venid a ver cómo muere un mariscal de Francia" y otro grito se escucha: "La guardia muere pero no se rinde".

Suena una descarga que extermina a los "gruñones", aquellos que no pudieron contener la risa cuando vieron a su comandante hacer labor diplomática en Egipto vestido de sultán, con todo y zapatos curvos hacia arriba, o cuando lo vieron con su atuendo de novio al lado de María Luisa de Austria y que también lo aclamaron cuando iba al destierro. Había como 50,000 muertos y Napoleón, ahogado de angustia, logra llegar hasta París.

La reunión en la Cámara fue turbulenta. Napoleón pensó disolverla y volverse autócrata, pero quiso evitar la guerra civil.

El 22 de junio de 1815 firma su segunda abdicación. En medio de tanto desencanto, hubo un destello de alegría que lo convenció de que sí existe la bondad, el desinterés y el amor. Estas virtudes se presentaron amalgamadas en una mujer que llevaba de la mano a su hijo Alejandro, María Walewska, la fiel y abnegada María.

Los prusianos forzaron la marcha porque Blücher quería tomar vivo al emperador y fusilarlo. Napoleón pide a Fouché, el traidor, que le permita defender como soldado a su patria, éste no acepta y lo apresura a huir como un delincuente.

Sobre el camino a su segundo destierro, en un pueblo le preguntan a dónde pretende ir. "Tal vez vaya a México, ahí encontraré hombres amantes de su patria y me pondré a su



cabeza". Tal vez se hubiese encontrado con Mina, uno de sus más grandes enemigos como guerrillero español. Pero cometió uno de los errores más grandes de su vida al entregarse a la benevolencia de los ingleses para escapar de los prusianos y de Luis XVIII.

El 24 de julio llega a puerto inglés, pisando suelo de Inglaterra por primera ocasión, pero no como conquistador que fue siempre su sueño, sino como refugiado. El gobierno inglés prohíbe su desembarco y deciden deportarlo a la isla de Santa Elena. En la soledad de la isla comienzan sus remembranzas, "invadir España fue muy grande error, enseguida Rusia. Estas dos acciones que debí haber evitado me quebraron las alas y me precipitaron en esta roca". [...] "Muero prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa y sus sicarios". [...] "Cuando yo nací pasó un gran cometa por Córcega, es raro, pero ahora que muero pasa otro por Santa Elena". [...] "Decidles que el gran Napoleón expiró falto de todo, abandonado a sí mismo y a su gloria y que al morir lega a todas las familias reinantes el oprobio de su muerte".

El 5 de mayo de 1821, a cinco años, seis meses y diecisiete días de haber llegado a Santa Elena, muere Napoleón Bonaparte, Emperador de Francia. Después de 19 años se autoriza el traslado de sus restos a Francia. El cadáver fue encontrado en estado de conservación perfecta. Al llegar a París se le rinden todos los honores correspondientes a un Emperador.

Hasta aquí las partes que consideramos más importante de esta ¿biografía? ¿novela? ¿tratado de Historia Universal? ¿todo al mismo tiempo?



A fin de cuentas lo que importa es el placer de la lectura y la gran posibilidad que ofrece la novela histórica del reencuentro con personajes fundamentales de la Historia Universal y con nuestras propias fantasías.



## Villa...<sup>1</sup>

Siempre que se hable de la Revolución Mexicana, necesariamente aparece el nombre y la figura de Francisco Villa. Nombre casi mágico que al pronunciarse, inmediatamente despierta sentimientos encontrados de veneración u odio, de admiración o rechazo. Pero sobre todo, es un nombre que por alguna razón provoca que se humedezcan los ojos de nuestros abuelos. ¿Por qué?

“Si Villa volviera -escuché decir a un viejo- ya habría fusilado a tanto sinvergüenza que abunda en el gobierno”. Villa la leyenda, Villa el mito presente en la memoria popular, tan ajena, tanto a los discursos como a la historia oficial.

Y tal parece que la leyenda y el mito se adueñan de este personaje tan popular, que es quizá quien ha logrado hacer que más hombres lo sigan en la historia de México, aunque también tenemos el caso de Hidalgo, con la diferencia de que éste fue un caudillo ilustrado y Villa no, él surgió de las entrañas más profundas del pueblo desposeído, casi no tuvo instrucción, como él mismo lo reconoció siempre.

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocálido” el 20 de noviembre de 1995.



¿Cuáles fueron las causas del encumbramiento de aquel oscuro bandido de Durango? ¿A qué se debió que fuera capaz de conformar el ejército más grande y profesional de la revolución? Pero sobre todo, la gran interrogante que más nos inquieta: ¿por qué perdió la guerra? ¿por qué fue derrotado?

Respuestas hay muchas, desde las puramente literarias o épicas que encontramos en Martín Luis Guzmán, Rafael F. Muñoz o Nelly Campobello, hasta los estudios más académicos de Enrique Krauze, Adolfo Gilly y sobre todo, de Friedrich Katz en esos dos textos fundamentales: “La Guerra Secreta en México” y “¿A dónde íbamos con Pancho Villa?”

El carácter, el conocimiento del terreno y de los hombres, así como el cariño y el respeto por los pobres los adquiere Villa durante su juventud, en los años de bandolero, cuando es perseguido despiadadamente por la policía rural del porfiriato a la que constantemente puede burlar para beneplácito de los campesinos, ante quienes cobra gran fama y admiración.

En 1910 le sorprende en Chihuahua, tierra que elige para intentar sacudirse a sus perseguidores de Durango y que amó tanto o más que a su propio terruño. Ahí hace esfuerzos para establecerse como comerciante y vivir una vida tranquila. Don Abraham González le platica a Madero de su lucha en contra de la dictadura y fácilmente lo convence de participar en la inminente revolución.

Villa y Pascual Orozco son los dos caudillos populares que más destacan en esta primera revolución que culmina con la toma de Ciudad Juárez. Ambos se insubordinan momentáneamente contra Madero, quien les impone su fuerza moral frente a la tropa. Villa pide perdón y jura fide-



lidad eterna con lágrimas en los ojos, lo que cumple cabalmente, recibe una gratificación económica por sus servicios a la revolución retirándose a la vida privada. No siendo este el caso de Orozco, quien meses más tarde encabeza una rebelión armada contra Madero ya presidente.

En la guerra contra Orozco, Villa participa, a petición de Madero, incorporándose a la División del Norte Federal comandada por Victoriano Huerta. Recibe el nombramiento de "Coronel Honorario" y se le asignan las misiones más peligrosas, en las avanzadas como explorador y siempre en la vanguardia del ejército al frente de sus hombres.

En Jiménez está a punto de ser fusilado por órdenes de Huerta, por insubordinación, pero es salvado en último momento por personas cercanas al presidente Madero. En esta ocasión la gratificación por sus servicios es la prisión militar de Tlatelolco, donde se entera de las intrigas y de los planes de rebelión contra Madero de destacados jefes militares. Logra escapar y tras un largo viaje por mar, por Sonora y Arizona se interna en el Estado de Chihuahua a la cabeza de nueve hombres que constituyen el embrión de lo que meses más tarde constituirá la poderosa División del Norte.

Aunque desde fines de 1913 comienza a ganar sus primeras batallas y a acrecentar su popularidad con la primera toma de Torreón y la de Cd. Juárez, 1914 es el año de su encumbramiento como estrategia militar, organizador de ejércitos y campañas y 1915 es el año de sus grandes derrotas y de la desintegración de su gran ejército. Las grandes batallas que se han convertido en verdaderas fuentes de leyenda, de inolvidable memoria popular, como la toma de Cd. Juárez con una estratagema que a muchos les recuerda el caballo de Troya, la batalla de Tierra Blanca que es su pri-



mera batalla formal desde el punto de vista militar, la toma de Torreón y sus colaterales de Gómez Palacio, San Pedro Tlahualilo, Avilés, Paredón y Zacatecas... la más militar de las batallas, la que fue planeada y dirigida por la estrategia académica de Felipe Ángeles y la intuición guerrillera de Pancho Villa, la que le quiebra el espinazo al ejército huertista y la que permite el inicio de los problemas con Carranza que habrían de desembocar en una nueva guerra civil. Es la más espléndida de sus batallas, la del triunfo indiscutible, pero también la que habría de presagiar sus futuras derrotas.

Ya no puede avanzar sobre Aguascalientes, entrampado con sus trenes por la falta de carbón y por las intrigas y la política de Carranza, de impedir a toda costa que la División del Norte entre primero a la ciudad de México antes que los demás ejércitos constitucionalistas.

Ante el inicio de las juntas de conciliación de Torreón y el inicio de las sesiones de la Convención Revolucionaria de Aguascalientes, establece su cuartel general en Guadalupe, Zacatecas, con el ánimo de permanecer neutral y respetar la soberanía de la junta, pero al mismo tiempo estar al tanto de lo que en ella sucede. Un día aparece con sus trenes y con parte de su ejército en la estación, se traslada al teatro "Morelos" donde es recibido con desbordante entusiasmo, torpemente pronuncia un discurso, abraza a Obregón y luego parte como llegó, hacia el norte. Otro día las caballerías del compadre Urbina avanzan hasta Rincón "a conseguir pastura" como explicaron después, ante el temor y el disgusto de los delegados que no acababan nunca de iniciar los trabajos, ni de ponerse de acuerdo.

Después del fracaso por unificar a los grupos antagónicos, la Convención nombra presidente a Eulalio Gutiérrez



y en esa forma cesa a Villa y a Carranza en sus funciones, aunque luego, ante la rebeldía de Carranza, nuevamente se designa a Villa como comandante en jefe del Ejército de la Convención disponiendo en seguida el avance a la ciudad de México. Es el momento culminante del Villismo, se encuentra en la cresta de la ola, y a un paso de conquistar el poder político y militar, pero no se pudo, los problemas se complican y sobrevienen las derrotas.

La incapacidad de Villa por "lidiar gabinetes" y su nula visión de las funciones de estado hacen que entre en conflicto con el gobierno de la Convención. Encara y casi secuestra al presidente, quien reclama los asesinatos cometidos de prominentes revolucionarios. Sin embargo, se detiene, duda, no se quiere quedar sin "legalidad", aunque sus capitanes que tienen su mismo origen, insisten en que "hay que quebrar a esos curros". Es el dilema de Villa, se resiste a volver a sus orígenes, no quiere ser asesino del presidente como Huerta y no sabe, ni quiere y es más, le aterroriza, asumir las funciones de gobierno, las que necesariamente habría tenido que entregar a "otros curros", es decir, a otra ola de la mediana burguesía, quizás más reaccionaria, que está en plena etapa de ascenso, la cual sí contaba con una visión de estado. No quiere saber nada de la capital del estado, y se aleja de la campaña del norte, donde le están dando ya "mucho quehacer" Diéguez y Murguía en Jalisco y Villarreal y Maclovio Herrera en Coahuila, aunque Ángeles insistía en perseguir a Carranza y echarlo al mar; Villa no escucha, los acuerdos con Zapata en Xochimilco se lo impiden, además su línea se encuentra amenazada por Torreón en el norte y por Irapuato en el centro.



Toma entonces la decisión que habría de marcar la suerte de la División del Norte, la cual por primera vez es fragmentada en diferentes frentes. Ángeles es enviado a la línea Torreón, Saltillo; Fierro y Contreras a la línea Irapuato, Guadalajara; Urbina y Chao a San Luis, Tampico y Estrada y Rodríguez a la de Querétaro, San Luis. El cuartel general queda establecido en Irapuato. Las únicas victorias en esta etapa son obtenidas por Ángeles en Ramos Arizpe y por el mismo Villa en las cuestras de Sayula. Sus demás lugartenientes no pudieron estar a la altura de su jefe y comienzan a acumular derrota tras derrota.

En tanto Obregón, designado por Carranza como Comandante General en Jefe del Ejército de Operaciones inicia su avance a la ciudad de México, Villa atendiendo sin descanso los frentes del norte y de Jalisco se inquieta ante ese avance, ya que Obregón tomó Querétaro. Sobreviene entonces otro grave y costoso desacuerdo con Ángeles quien insiste en dejar avanzar lo más al norte posible al enemigo, alejarlo de su frente de abastecimiento y presentarle batalla formal en algún punto lo más al norte posible. Villa se indigna, no es el suyo un ejército de retiradas, él es hombre que vino a este mundo a atacar, no a esconderse, piensa en el impacto que tendría una retirada en sus hombres y decide enfrenar a Obregón en Celaya, quien de sobra conoce ya la táctica villista del ataque frontal de caballería, se propone esperarlo, desgastarlo con base en trincheras con alambre de púas, loberas cavadas por los yaquis, ametralladoras y como fuerza en reserva la caballería, para asestar el golpe final. El esquema funciona en las dos batallas sucesivas de Celaya y con algunas variantes también en la de Trinidad, en las puertas de León.



En Aguascalientes por fin hace caso a Ángeles y decide atrincherarse en una línea defensiva que parte del Cerro de Los Gallos hasta los lomeríos del oriente de la ciudad, en la que espera el ataque de Obregón por la vía del ferrocarril, sin embargo, éste sonríe irónicamente al escuchar el reporte de sus espías y decide atacar por la parte oriente del Cerro de los Gallos, por los llanos del Tecuán. Villa reconoce la inutilidad de sus flamantes trincheras y vuelve a caer en el mismo esquema de las batallas anteriores. El Cerro de San Bartolo es escenario de una gran pelea que es adversa a los villistas, quienes después casi tienen en sus manos el triunfo en las barrancas de Calvillito; sin embargo, es roto el cerco por el vigoroso impulso de la infantería obregonista y el día 10 de julio de 1915 es tomada Aguascalientes y dispersados los villistas a los cuales todavía alcanza Murguía en Chicalote, impidiendo el paso de los trenes y proporcionándole otro golpe. Ésta puede ser considerada la última gran batalla formal de la División del Norte. A partir de ahí la historia es otra historia, la trágica desbandada de Sonora, el enorme sacrificio de la travesía por la Sierra Madre Occidental, las derrotas y la dispersión final del flamante ejército popular que estuvo a un paso de la conquista total del territorio de México.

Villa pasa sus últimos años en la Hacienda de Canutillo, donde es confinado por el gobierno con algunos de sus hombres y donde de alguna manera se hace realidad su sueño confiado alguna vez a John Reed. Y el final, la clásica celada, la trampa tendida con la consabida sorpresa del gobierno de Obregón que causa la muerte de uno de los hombres más populares de la historia de México y cuya memoria es todavía motivo de leyenda, de corridos, de historias



contadas por los pocos viejos que aún quedan de aquella turbulenta etapa de nuestra historia.

Villa fue capaz de crear un gran ejército popular debido a que en Chihuahua, con el asesinato de Abraham González, no hubo intermediarios entre la clase política y el pueblo por crear un ejército, por ello encumbran a uno de los suyos, al que más reúne en su persona todas las frustraciones, las amarguras, los odios, la valentía, los sentimientos, la crueldad de un pueblo tan largamente oprimido. Pero también pudo hacerlo por las características propias de la población del norte, constituida por una base criolla, forjada con las armas en la mano en la defensa contra los bárbaros y por una población con mucha movilidad por ser fuerza de trabajo de las minas, de las haciendas ganaderas, de los ferrocarriles, de los campos algodoneros. Pura mano de obra asalariada, sin intereses fijos en algún lugar en especial.

Es ésta, un poco, la historia de un hombre y de un ejército que cruzan la historia de México como un vendaval, fugaz si se quiere, pero que dejó huellas muy profundas en la conciencia de un pueblo que en ciertos momentos se ha propuesto construir y ser protagonista de su propia historia.



## “Zona sagrada”. Entre la realidad y el mito<sup>1</sup>

“Zona Sagrada”, es quizás una de las mejores creaciones de Carlos Fuentes, tal vez por ser de las primeras, de las cortas, junto con “Aura” y “La muerte de Artemio Cruz”, escritas cuando aún no se sumergía en aquel afán totalizador, muralista y enciclopédico del “boom”, movimiento que marcó una época, definitiva y única en la Literatura Hispanoamericana.

En esta novela, como lo pretenden los formalistas rusos, el motivo, el tema y el argumento están perfectamente determinados por la estructura del texto, lo que nos permite intentar una somera aproximación a ella, utilizando algunas de las categorías descubiertas por los teóricos de la literatura, sobre todo los del Formalismo, el Estructuralismo y el Psicoanálisis. Aunque dudo mucho que a un escritor le agrade en lo más mínimo que a su obra, hecha con la emoción por delante, se le someta a un análisis parecido al de la ciencia médica, o de la genética y menos aún por un principiante.

De cualquier forma, el texto se presta formidablemente para la intención que nos ocupa y entonces, la ten-

---

<sup>1</sup>Este texto es, hasta ahora, inédito. Fue escrito en septiembre de 1996.



tación es mucha aunque no caminemos más allá del mero intento. Se facilita porque es una obra escrita con rigor, se percibe de inmediato que el autor tiene acopio de herramientas. Fuentes no deja nunca nada al azar cuando escribe: "Porque sé lo que es el genio, sé que yo no lo tengo. Yo tengo disciplina; yo me siento y trabajo... Siempre he dicho que la disciplina es el nombre cotidiano de la creación".

El *motivo* de la novela, para intentar el análisis formalista de la misma, es la existencia de una actriz mexicana, superestrella, un mito nacional, quien tiene un hijo al que secuestra del hogar del padre al principio de la novela: "Me apretó contra ella y me dijo que era mi madre y yo levanté la mirada y encontré, más entonces por ser la primera vez, mi propio rostro de niño convertido en otra cosa".

El *tema*, el que Fuentes hilvana bien, haciendo acopio de una serie de elementos estructuralistas, recién puestos de moda en Francia durante los años 60, sobre todo el estudio del mito, combinados admirablemente con categorías del Psicoanálisis, y desde luego, con los enormes recursos de creador literario que nuestro autor posee. El tema es la historia de un incesto no consumado entre Claudia Nervo, la actriz y Guillermo, Guiller mito, su hijo.

La *estructura* de la novela a partir del mito es fundamental: El Mito de Circe, la tentación de Ulises, el mito autóctono, pero moderno de la superestrella, Edipo, Electra, etc. Es bastante clara la influencia de las ideas francesas sobre antropología y luego sobre lenguaje, que se bosquejaron a partir del descubrimiento y la presencia de los mitos en cualquier forma de civilización moderna, señalada con toda claridad por Claude Levi-Strauss.

Los mitos, esa parte de nuestra realidad diseñada por la ciencia oficial, pero siempre omnipresentes en la civi-



lización mundial de todas las latitudes, de todas las culturas, el mito que es esa presencia pura como la llama Octavio Paz. El mito, tan necesario para el conocimiento y la supervivencia de la comunidad y del hombre. Por ellos nuestra existencia oscila entre el mito y la realidad.

Por otro lado, desde 1972, cuando leí la novela, hace ya 24 años, me pareció una obra narrativa bastante cercana a la poesía, por la gran cantidad de metáforas y de figuras poéticas que emplea, por el ahorro del lenguaje para decir lo esencial en muchos de los casos, pero ni modo, nuestro escritor ante la imposibilidad de poder prolongar la imagen, la metáfora, cede y no le queda otro remedio que refugiarse en los recursos de la prosa, de la narrativa, de la novela que es su mundo natural. Él mismo lo reconoce cuando un día afirmó que “cambiaría todas sus novelas por un solo verso de Octavio Paz”. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, la novela buscaba y desde luego obtuvo lo que los formalistas rusos llamaban literaturidad (*literaturnost*) es decir, lo que hace de una obra dada una obra literaria.

Veamos:

“Quiero que conozcas la casa... Es un jardín de hojas amarillas, muertas... Los geranios secos... Ven. No te detengas. No hay tiempo... Tú y yo desde el jardín, permaneceremos mirando las estatuas decapitadas de la terraza... Tú gritas... Te incorporas riendo y haces un paso de baile... Siento otra vez la torpeza de mis movimientos, la inconfesable tortura de la comu-



nicación, el anhelo desgraciado de la soledad... Toda mi negación está en tu manera de caminar. En tu manera de estar... Afirmé con la cabeza y me tendiste la mano. Querías conducirme a otro lugar, lo sentí en la urgencia de tu mano... La oscuridad empieza a tomar cuerpo dentro de la oscuridad... Te espío... No toques nada Guglielmo... Quiero durar, Guglielmo. Estoy buscando la manera única que conozco. Júrame que mientras esté aquí no tocarás nada... Desea, ruega, sirve, besa, pero no dejes que se consuma. Sólo eso es tocar. Consumir... Gira este carrusel de estatuas decapitadas y muñecas de trapo, molduras cancerosas y actrices de rotograbado; hay una rotación de objetos lunares, tambores y banderas, de cabezas de marrano y crestas de gallo, hay una nueva estatuaria, una nueva decoración... Te doy la cara. No estás. O estás en la noche que nos separa: tu rostro es la noche. ¿Cómo voy a recompensar tu compasión, tu abandono de ese juguete de color caramelo, qué premio voy a darle a un cuerpo convertido en la mitad de la jornada, en la presencia desaparecida que me contiene y me invita a salir de mi propia piel?... Siento hambre... Y en seguida re-



chazo la satisfacción prometida. No sé si entiendo bien. Consumir es consumir, es tocar es pecar. Sigo tus pasos sin tocarte, sin saber que me precedes... Yo también quiero durar... Ésta es la única manera: una transformación y otra y luego otra... Si te captura el tiempo te mata... Mira hacia la playa nocturna de Positano. Me pides, riendo, que no me deje fascinar por este mar, en él se han ahogado poetas que no querían ser amados, sino recordados... Te digo que no miro al mar, sino a la playa. Es cierto: esa muchacha cabalga, ahora de noche, idéntica a la noche, sobre la arena... Dices que me cuide las ventanas que dan sobre el infinito... Sollozo lamentablemente. Tú a mis espaldas, esa visión femenina frente a mí, yo desgarrado, empalado, adolorido y con unas ganas desesperadas de estar solo y vestirme y salir a caminar por la playa y, acaso, distinguir el rostro de la muchacha que todos los días, a horas imprevistas, monta a caballo y mira hacia la isla de las sirenas. Adivinas, te burlas de mí: dices que necesitas mediadores...Te ofrezco el rostro con el enojo que cree responder a tu burla. Quisiera reírme de tu estupidez y sólo puedo balbucear que no entien-



des nada, que siempre los necesitaré a ti o a esa muchacha, que cabalga por la playa frente al Tirreno... Camaradas Guglielmo? ¿Hermanos? Aunque sea temporales, caro. Hermanos nacidos de una misma madre. Apolo y Dionisios, que sólo durante el invierno compartían su oráculo. Adelphoi. Gemelos, Guglielmo: Apolo dios del sol y su cuate antagonista. Dionisios, el conductor de almas. Me asomo y la muchacha a caballo se ha ido.

Además de las enormes posibilidades poéticas de los extractos anteriores, Fuentes utiliza un elemento nuevo llamado *dialogía*, en el que se pierde el sentido unilateral del emisor-receptor, establecidos por los primeros teóricos del lenguaje, (Saussure) y se convierte en una especie de diálogo entre el escritor, el lector, el personaje, los personajes, es más, se diluye de pronto el sentido inicial del texto, y en el caso que nos ocupa, no sabemos si Guillermo habla con Bela, su amante en este caso, o con su madre, o con él mismo, o con todos a la vez.

## II

Utilizando el enfoque estructuralista, el texto, cualquier texto que tenga *literaturnost*, se compone en principio de *fondo y forma*. En el primero encontramos el contenido, estructurado por un asunto, un tema y un argumento y en la segunda nos encontramos con el estilo y el ritmo de la obra.



La novela que hoy ocupa nuestra atención, en su aspecto formal se compone de tres partes. La primera de un solo capítulo, la segunda de diecisiete y la tercera de dos. Desde luego que esta estructura (porque como señala Levi- Strauss, la estructura es el contenido de la forma) tiene como finalidad el ritmo que el autor quiere imprimir a su obra. El monólogo es la técnica privilegiada por Carlos Fuentes en sus mejores textos, ya que permite utilizar el carácter dialógico y a veces hasta polifónico del lenguaje.

El primero y el último capítulo se refieren con toda claridad a dos mitos muy conocidos de la civilización occidental, el primero, el de Odiseo-Circe del canto de las sirenas y el segundo a la tragedia de Edipo.

La trama, el argumento se desarrolla en los capítulos interiores, que es la forma muy personal y estética, creativa, de tejer los distintos aspectos que integran el relato, es decir, el desarrollo actual de los mitos, el volverlos contemporáneos.

Leemos en el primer capítulo: "Laborioso, prudente, astuto Odiseo, amarrado al palo mayor, escuchando sin peligro. No escuchó nada, esa es la verdad. Las sirenas no le cantaron. El jefe, amarrado dijo haber escuchado y resistido. Mintió. Cuestión de prestigio. Las sirenas esta vez, sólo esta vez no cantaron.

Con este planteamiento se inicia un proceso de desmitificación que culmina al final de la novela.

Y luego la otra imagen, la poética...

"Un caballo ocre sale cabalgando de una caverna, lo monta una muchacha rubia, la crin del caballo y la melena de la muchacha son del mismo color, los lomos y la piel son del mismo color, la muchacha cabalga y levanta nubes



de arena del mismo color, el mar es ocre como ellos [...] un hermoso veloz espectro corre lejos de nosotros, a caballo, a la orilla del mar: mira hacia la isla de las sirenas, la caballera revuelta impide reconocer su rostro: el pantalón estrecho, la blusa mojada [...] Cabalgará todas las mañanas, desde ahora, en la playa de Positano “.

Queda planteada así la unión de los dos mitos, el de todos: el de Ulises y el de Guillermo, Guillermito, que es sólo suyo, el que sólo a él le pertenece: el de la muchacha de la playa. La imagen sólo a él le pertenece y constituye desde ese momento parte de su zona sagrada, y para Fuentes, uno de los pilares (mitos) de su historia. Los dos elementos del juego, la escritura, un Ulises tramposo y la imagen de la muchacha que en toda la novela se aparece, inclusive muerta con el caballo al final.

Son también las dos puntas de un tejido, textual en este caso, de alejamiento-acercamiento, de amor-odio, de fantasía, de hedonismo, de alegría y de dolor entre dos seres que se repudian y sin embargo se buscan, la madre y el hijo, al que no le queda otra que refugiarse en su gruta encantada. Ante el desprecio y la indiferencia aparente de la madre, el placer insustituible de la cultura, de los libros, de la música, de sus perros, de sus libros y ¿por qué no? de la compañía de una amante. “Me arrojé sobre Bela, me detengo ante su mirada alegre y sin misericordia, levanto la mano y la dejo caer sobre las costras de la falsa pintura y si grita o llora o cae de rodillas, no lo sé, no me entero. Corro a mi casa, cruzo mi umbral y sé lo que es: la frontera de mi país privado, mi zona sagrada [...] Se traza un círculo y la epidemia no lo penetra. La zona sagrada me aísla y me continúa: afuera quedó lo profano”.



Pero hablemos de las comparsas, de los personajes secundarios, de los que sirven de relleno para poder desarrollar la trama, el argumento, por los que forman parte importante del escenario y del texto. Bela, la italiana, del séquito de mamá, Ruth la secretaria, Gudelia la sirvienta y Jesús su amante, y sus perros, sobre todo Faraón, el favorito, a fin de cuentas su transformación final, evasión absoluta de su pecado por desear tan fervorosamente a su propia madre como Edipo.

A Bela y a Ruth, tan cercanas a Claudia, Guillermito las utiliza como pretexto para compensar su misoginia, pero sobre todo para llamar su atención, ya que el amor y la pasión verdadera son por ella, por Claudia, no por esos fetiches que se inventó y que sin embargo Carlos Fuentes les dedica varias de las páginas más poéticas y hermosas de su libro.

“(A Bela) la veo sin ser visto [...]  
la apropio sin que ella lo sepa [...] La invito a subir; mueve la cabeza y me pide que caminemos: la lluvia es menuda [...] le agradecí que me librara de esa tarde solitaria [...] Bela me hablará de esas infancias perdidas, de niñas pulcras y pálidas [...] Cae la llovizna, casi un plumaje sobre Paseo de la Reforma [...] huele a geranio y a polvo apaciguado [...] Ahora cruzamos el Paseo y yo quisiera vernos a los dos, de lejos, detenidos en el camellón. La lluvia arrecia [...] Estoy pensando que hubiera sido



maravilloso estar sentado aquí mismo, solo y verla entrar a ella, verla sentarse en otra mesa y primero estudiarla de lejos e imaginar en nuestra posible amistad [...] Bela se recoge el pelo húmedo en una trenza provisional y exagera los gestos [...] O ella acompañada de otro. Escuchar las tonterías que ese hombre le estaría diciendo [...] Nos sirven los cafés y Bela hablará y yo la escucharé sin escucharla [...] ¿quién me ha regalado este momento? [...] Vámonos [...] Quise desarrollar una escena [...] la música suave [...] el wisky. El nudo de la corbata suelto. Fuera los zapatos. Los cigarrillos en la penumbra. Todo el mundo se prepara igual [...] El acto final divide para siempre nuestras vidas [...] Y después; ese horroroso momento de la ropa recogida del suelo, los calcetines aún húmedos, los calzoncillos fríos, los pantalones arrugados [...] No hemos muerto [...] Hundo mi rostro entre tus piernas y ahora sí quiero comunicarte mi obsesión: entiende que debes ser inalcanzable Bela; que sólo te seguiré queriendo si sé que poseerte es imposible; que necesito saberte lejos para que nada se interponga entre mi deseo y tú [...] Te necesito lejos de mí esta noche para que sea impensa-



ble un mañana sin ti [...] Otra vez la ciudad, la misma ciudad convertida ahora en un fogonazo de magnesio [...] Bela se mantiene alejada y tampoco me mira. La adivino recogida, gatita, abrazada a sí misma. Dañada. Gastada, no sé si por un acto o por un olvido. No sé [...] Freno frente a la casa de mi madre [...] Me atrevo a mirar a Bela [...] Sólo entonces la figura de mi madre [...] Yo meto las manos por las aberturas de las mangas de Bela [...] la protesta gemida de su cuerpo insatisfecho [...] aun no emerge del caos de mi cachondeo vergonzoso [...] Claudia inmóvil nos observa... Bela me araña mis manos y muerde mis labios y yo le grito, pero no para que ella me escuche [...] ¡No me te acerques! ¡Ofrecida! [...] corre hacia la casa [...] Arranco sin voltear a verlas o si las veo, es en el espectro de polvo que el limpiavidrios se empeña inútilmente en borrar: perfume, brillo en movimiento, piel como papel de seda, mujeres pálidas ahogadas en el satín: tubo de excrecencias, mucosas blandas, pulmones teñidos de tabaco, pus agarrado en el fondo del paladar, ostras podridas, pezones supurantes, coágulos de sangre menstrual, náusea de la carroña eternamente abierta, heridas



sin cicatriz, intestinos hinchados, gases verdes, bilis espesa, largo túnel de mierda y huevecillos infestados y placentas amenazantes: quisiera amarlas desolladas, como corrupciones, depósitos de semen inútil. Caguen putas”.

Algún día intentaremos con todas las imágenes, desde luego las primeras, construir el poema que ha dejado inconcluso Carlos Fuentes, pero que ya está ahí, medio dibujado, insinuante, en espera de la mano redentora. Sobre la última parte del capítulo confieso no haber escuchado ni leído nunca toda esa retahíla de elogios para el sexo femenino. Un himno misógino nunca antes escuchado, inédito.

### III

La manifestación del *yo* (para utilizar las categorías freudianas de los componentes de la personalidad) en Guillermo, es la de junior, hijo de la supermamá, con departamento y carro deportivo del año, pulcro, afeitado, bien peinado, pero en la otra esfera, la del inconsciente, en donde se almacena todo el material reprimido, en donde se anida lo instintivo, el principio del placer, se encuentra congestionado con la imagen y el deseo insatisfecho por la madre. Lo que genera angustia, depresión, frustración “Disuélvete Claudia linda, Claudia de mi alma, disuélvete en todos los espejos de mi soledad, yo soy, yo seré siempre el ángel caído de tu creación. Yo filmaré para ti y para mí la escena que falta, la escena prohibida, la que en verdad nos quita el alma”. Él siente que es el ángel caído, expulsado del paraíso, porque



Claudia lo expulsó de su vientre y de su vida. La represión y la frustración generan angustia y tratan desesperadamente de rebasar las barreras del ego, creando una especie de tragicomedia que hoy analizamos en esta historia.

Tal vez por eso Lukács afirmaba que “el deber ser mata la vida, y el héroe dramático se ciñe la cintura con los atributos simbólicos de la apariencia sensible de la vida precisamente para poder realizar materialmente la ceremonia simbólica de la muerte, como materialización de la trascendencia existente; en cambio los hombres de la épica tienen que vivir [...] acaso también por eso la filosofía del arte es mucho más adecuada para la tragedia que para la épica [...] un héroe de la epopeya que se haya construido con base en un ser-debido no será nunca más que una sombra del hombre vivo y de la realidad histórica; su sombra nunca su prototipo”, por ello la tragedia griega es la síntesis de una cultura clásica, de lo apolíneo y lo dionsíaco y por ello también Freud encuentra en ella su mejor fuente de investigación.

Ante la imposibilidad de poder satisfacer su deseo instintivo, prohibido, los impulsos irracionales se quedan contenidos en el ID (zona en la que guardamos momentos fundamentales de nuestra vida) la zona sagrada que cada uno posee y que defendemos contra todo, Guillermo se evade y busca en los mecanismos de defensa su satisfacción inmediata. Mediante la simbolización, la compensación y la sublimación, crea un espacio en el que ya no hay diferencia entre el sueño, la realidad y el deseo. Su zona sagrada.

Una zona sagrada en la que existe o se imagina todo aquello que le permite soportar la angustia que le sofoca, que intenta evadir el yo, en el que se desenvuelve socialmente como un junior feliz, el hijo de Claudia superstar.



Sin embargo, en ocasiones se propone prolongar su zona sagrada, de repente hace incursiones a la realidad, sólo para regresar con una mayor carga de frustración que acelera su paso inevitable hacia su propia destrucción, porque Mito es un castrado por el desprecio y la lejanía en que vive del verdadero objeto amado.

Y entonces el testigo, el escritor, se da vuelo creando una serie de imágenes y de metáforas, de textos dialógicos que le conforman el espinazo estético a la novela.

“Ruth estaba sentada en la barra de Sanborns de la calle Niza... hay un lugar libre al lado de ella, lo tomo... Por fin ríe, finge atragantarse con un buche de café... hablamos... Claudia ya no siente la necesidad de imponerse a mí... No sé a quién pueda interesarle mi historia, es común y corriente... es un desengaño cualquiera... Lo que aprendí de Claudia es que uno puede librarse del ser amado y seguir viviendo... Claudia casi me pega, casi me arrastra... ¿Quieres ser una monjita pecaminosa y devota?... En mi casa no hay celdas... Esta jaula es de puro aire... nunca vas a creer que nunca más vas a ser todo lo que fuiste cuando te enamoraste... Conmigo no hay pasados. A veces se me ocurre que por eso la tildan de in-



moral, porque no trata de justificar las cosas pasadas... Para mí tu madre es fuerza... Yo sola sería muy débil. Vivir a través de tu madre es todo... Me imagino de taquimecanógrafa en una oficina o de vendedora en un Minimax y me da alferecía... Tu madre ha demostrado que en México una mujer puede vivir de acuerdo con su propia moral y sus propias fantasías... No la busques Guillermo, Claudia aparecerá cuando menos la esperes. Conoce su juego”.

Luego la correspondencia, una carta extraña pero siempre esperada, la del padre, el tótem, el súper yo que tan poca influencia ha tenido en Guillermo. La carta es común pero es bonita.

Luego otra carta, de Bela, desde su país, Italia.

“Tú no entendiste nada, nada, nada, creíste que quería quitarte algo, beato tú que no entiendes nada, yo quería darte algo a ti, a ti, a ti, tú no me entendiste tonto, tú eres una amenaza asquerosa, te lo digo yo, tú eres estúpido y monstruoso porque ya no tienes nada que ver con la vida, tú ya no puedes darle tu atención a todo lo que somos los demás, los hombres y las mujeres que no entramos en tu horrible juego solitario, tú eres tan orgulloso como tonto, tú no te mereces que yo te



dé mis besos y mi cuerpo y mi alegría toda para ti [...] tú me hiciste creer esa tarde que dos personas podían vivir unidas sin sacrificar sus propias fantasías, tú me hiciste creer que podíamos estar juntos sin confundirnos, cada uno separado y completo, pero los dos unidos [...] tú me humedeciste para nada, tú eres un monstruo [...] tú eres como una palabras bonitas que no sirven para nada, tú eres una horrible noche llena de luz o un horrible día lleno de oscuridad, tú me seguirás amenazando mientras yo viva [...] tú eres el crimen estúpido, tú eres el crimen que no matas [...] yo no soy un espejo, yo no sé contemplarme en los espejos, en los espejos no vive nadie...yo sé estar abrazada y quieta y temblorosa en los brazos de un hombre, yo sé acariciar y esperar y sonreír y agradecer, yo estoy llena de verbos, no tengo nombres o ideas duras, tengo sentidos, eran para ti, a ti te hubiera seguido en tus mentiras, a ti, sino fueras tan tonto, si tú supieras que hay mentiras que se acercan a la verdad, tú no, sólo quieres las mentiras que te alejen, yo no te entiendo, sólo te deseo, tú no me mereces y yo te sigo deseando a ti, antes de que sea muy tarde, antes de que inventes



algo que nos separe para siempre [...] te prefiero así, ahora, cuando sólo empiezas a hacerme sufrir y no después, cuando seas peor que ahora, cuando no puedas darme ni siquiera sufrimiento”.

A partir de aquí comienza la evasión total...

“Estoy bebiendo un Campari soda en el hotel María Isabel” Avanza lenta pero inevitablemente a su propia inmolación hacia su propio y voluntario sacrificio.

“Avanzo, el salón de la casa de mi madre, desnudo y tan arbitrario”. Guillermo penetra ahora la otra zona sagrada, la de Claudia. Avanza contemplando a

“las seis mujeres disueltas por la luz blanca, me dan la espalda [...] Claudia se detiene muy lejos, riendo en el jardín, desaparece... (la espiaré por la cerradura. Claudia se pasea frente a los espejos pintados de negro [...] mi ojo quisiera contemplarse a sí mismo [...] quiero ser dos, tú y yo ) ...No sé si es el octavo o noveno Martini [...] Todas han bailado y bailan [...] el galán (de Bela) cae de rodillas. Las cinco locas bailan enfurecidas alrededor de él [...] Unas manos me confunden, empujan y hacen caer [...] si pudiese ver, sabría que las seis vuelan sobre mí: unen las cabezas en círculo sobre mí [...] Me cu-



bro el sexo con las dos manos, pero no importa, ellas me paran de cabeza, me abren las piernas en una 'y', me meten la cabeza en la jarra de Martini, me introducen flores por el ano, en medio de sus aullidos y cánticos y veo invertida la imagen del tríptico, los hombres expuestos en las copas de los árboles, picoteados por las aves y mi madre, otra vez joven y desnuda, recibe de un muchacho dorado una flor blanca con raíz negra, cierro los ojos. Seré la pareja. La primera pareja Madre e Hijo. Detrás de la pareja, desconsoladas aúllan las mujeres con cabellera de serpiente”.

La gran orgía bacanal, el culto secreto a Dionisios. A Fuentes en su novela no se le escapó detalle. Aparece la imagen omnipresente de Claudia, las reprende severamente y les pregunta “¿dónde está ese tonto?”

#### IV

Pero toda historia debe tener un final, Claudia se va, como siempre, al extranjero y Guillermo se queda con la duda de cómo terminar y para siempre con su historia.

“Quiero decirme que en mi abstención ha habido respeto, debo advertir que acercarme a ella verdaderamente, hubiese significado perder mi fatalidad querida”.

Y luego entonces, no hubiese habido frustración, deseo reprimido, angustia, odio, insatisfacción, es decir, no



habría material para la novela ni motivo para crear una zona sagrada.

El último diálogo con la madre “yo quiero vivir contigo [...] debes regresar. Y para regresar antes debes irte [...] No quiero que te saques los ojos”.

Pero el castigo es necesario, mejor dicho, el auto-castigo inevitable y tal vez la autodestrucción total.

“Me ha quedado sin ojos, yo soy los leones de *stucco*, y las estatuas decapitadas, el jardín de higueras moribundas y geranios secos [...] me he convertido en decorado sin dejar de ser yo mismo”. Con la conciencia plena de lo que le sucede.

“Pero uno se acostumbra a todo. A la soledad. Al amor. A la muerte. A la indiferencia”.

¿A dónde podía ir al regresar a México, sino a su casa abandonada? Tenía una llave...”el guardarropa que también abro, también olfateo, al fin acaricio, al fin rozo con mi mejilla, al fin beso [...] voluptuosamente, hundiéndome en los vestidos, en los abrigos, en los zorros, en los armiños, que todavía tienen su perfume, el mismo de mi rapto, el mismo de mi infancia [...] Entiendo, rodeado de sus objetos, ella me permite verme como ella”.

Es tanta la pasión contenida que hace un último esfuerzo para convertirse en ella.

“Hurgaré en la cómoda, ahí está todo lo que quiero, el brassière que engancho a mi espalda, las pantaletas de encaje, las medias negras, los aretes de aguamarina, las pulseras de plata, otro collar de topacio, hielo sobre



mi garganta mal afeitada, frío sobre mi pecho, mis muñecas, deformo las pantaletas, el portabustos me cuelga [...] el vello creciente de mis piernas se abre paso entre las mallas de seda. Su peluca. Su lápiz de cejas [...] Sus pestañas postizas. El lunar en el pómulos. El carmín en los labios. El brazalete hindú, la serpiente de oro”.

Y luego la transformación definitiva:

“De bruces contemplo al ratón que me contempla desde un tubo de cristal [...] Gruño [...] para protestar [...] Jesús me patea el hocico [...] Aún no me acostumbro [...] Bebo rápidamente, lengüeteo, me lamo los belfos [...] No es tan mala la vida después de todo. Si sólo recordaran que tengo hambre [...] No quiero dormir. Nosotros sabemos que el sueño es la fotografía de la muerte. Cuando sueño sólo veo una muchacha muerta al lado de mi caballo muerto en una playa muerta [...] Pero yo no me quejaré. Hasta un perro sabe que el placer puede divorciarse de la conciencia, pero no del destino [...] Y entonces un día, quizá ellos vengan a esta casa y decidan hacer el amor frente a mí. Los animales siempre hemos sido fieles testigos del sexo



[...] Sus cuerpos unidos sobre mi cama resonarán como dos copas de cristal. Y mi gemelo querrá advertirme que el verdadero mito, el que recoge los hilos de todos los demás, advierte que los Adelphoi, Apolo y Dionisos, nacidos juntos también participan de la muerte común [...] Y él. Ahora, en brazos de ella, no querrá abandonar la vida, querrá permanecer enterrado en ella y temerá la muerte como los dos antes de nacer temimos la vida [...] Yo no [...] Ésta es mi victoria. Un perro sabe morir sin sorpresa”.

Hasta aquí la novela de Carlos Fuentes, la que se encuentra plagada de metáforas y de imágenes poéticas, la que se construye y se destruye mediante el mito y desde luego, la que encabronó de manera muy especial a la actriz María Félix cuando le preguntaron su opinión.



## La corte de los ilusos<sup>1</sup>

-A propósito de alternancia en el poder-

Hace tres años, Rosa Beltrán publicó su primera novela –“La corte de los Ilusos”- con la que obtuvo el Premio Planeta 1995 convocado por la Editorial Joaquín Mortiz.

Además de ser una buena novela histórica, la cual reúne muchos de los atributos señalados por los especialistas para este género, como que viene al caso por los tiempos políticos que vivimos, en los que con mucha facilidad se derrumban dinastías y se entronizan otras nuevas.

El tema de la novela es el ascenso de Iturbide al trono imperial de la nueva nación liberada de sus aferrados opresores y todo aquello que provoca la caída de un antiguo régimen y la formación de otro nuevo.

El motivo que desencadena el discurso narrativo son los problemas que tiene que afrontar una vieja costurera francesa para confeccionar y probar todos los trajes que habrá de lucir la flamante corte el día de la coronación. A esta hija de la ilustración, que había pasado gran parte de

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocalido” el 4 de Octubre de 1998.



su vida con la familia Iturbide, “eso de andar organizando una monarquía le parecía una verdadera zaranjada” aunque sin embargo, “a partir de el día en que Agustín decidió ser Emperador de México, ya no tuvo sosiego alguno”.

Para tal ocasión Madam Harriet “diseñó unas túnicas aztecas con aplicaciones plumarias y teñidas de cochinilla” –muy mexicanas–. La hija de la Revolución Francesa, que tanto se divertía con aquella ridícula nobleza, estaba decidida a vestir al emperador de huehuenche, sólo que la futura emperatriz, Doña Ana Huarte, puso el grito en el cielo: “Dele gracias a Dios que el Dragón se anda dando un abrazo en Acatempan, confiando en que su marido andaba en donde otros decían que andaba”.

Las reuniones para probarse el atuendo para la coronación degeneraron en sendos sainetes. Entre libación y libación de la futura nobleza y el alto clero, surgían los comentarios obligados. Eso de haberse aliado con los insurgentes para declarar la independencia no auguraba nada nuevo. Los partidarios de Guerrero andaban pregonando aquello de la igualdad, señalada en una de las tres garantías, “lo cual quería decir que la plebe y la gente de bien tendrían que vivir como iguales”. Un próximo miembro de la corte imperial se apresura a aclarar: “Lo que el varón de Dios había promulgado era la promesa de que todos gozarían de los mismos derechos ante la ley, lo que bien visto, no tenía que implicar igualdad ninguna”. Sabia solución que había de perdurar por los siglos de los siglos.

Tampoco faltó quien propusiera que deberían restablecerse los impuestos, para equilibrar las raquílicas finanzas del paupérrimo imperio, a lo que alguien oportunamente replicó: “Pero hombre de Dios, si el haberlo abolido fue lo que le dio tanta popularidad al movimiento”.



La aristocracia, descendiente directa del antiguo régimen derrocado y el populux, no cabían en sí de entusiasmo. Muy pronto habían de tener su propio emperador, faltaba más, como en la mismísima Europa. Además, el mismísimo Virrey O'Donojú, último representante oficial del viejo régimen, había colaborado admirablemente para que aquella alternancia en el poder se diera sin tantos sobresaltos.

“Pero una sombra oscurecía aquel límpido brillo de la corte. Era el padre Mier (Fray Servando), envuelto en su negra sotana, cuya mirada astuta dividida por la nariz de ave de mal agüero sobrevolaba el imperio. [...] Los invitados recordaron las recientes palabras del fraile dominico... Nada había conseguido la independencia si no se tenía un gobierno libre, y para muestra, ahí estaban los turcos y los moros que eran independientes y no por eso dejaban de ser esclavos de su señor”.

Las premoniciones y ríspidas sentencias de Fray Servando, así como las ambiciones del brigadier Santa Anna –que despechado por los aires del Dragón se desquitaba enamorando a la vetusta y desquiciada princesa Nicolasa– fueron formando las dos tenazas con las que había de estrangularse poco a poco el recién nacido imperio.

Mientras tanto “con los vientres hinchados y los ánimos descompuestos se llevaba a cabo la prueba definitiva de la vestimenta imperial”.

Y ya el día de la coronación “todo México estaba en la Catedral. La familia del Emperador, la Corte, las familias acaudaladas y las no tanto: el Congreso en pleno, las órdenes religiosas, los curas de ciudad, de arrabal... y claro, la plebe... La turbamulta, fuera de la iglesia, de pie y sin poder enterarse de lo que ocurría”.



Durante el sermón el Obispo Cabañas expresó “hermanos míos: bien veis al que ha elegido el Señor, que no tiene semejante en todo el pueblo [...] Había pasado horas en la búsqueda de citas y proverbios, y por fin había hallado ésta en el Libro Primero de los Reyes, a propósito de la elección de Saúl”. (Tratando de subsanar un poco mi ignorancia respecto al Antiguo Testamento me puse a buscar dicha referencia sin poder hallarla, pero me encontré con los dos libros de Macabeos, que por supuesto devoré).

Terminada la ceremonia, el obispo, con el pretexto de dar la bendición a la pareja imperial susurra al oído de Iturbide: “Que no se le caiga la corona, Señor Emperador”... “Descuide, señor obispo –respondió el Dragón creyendo que Cabañas lo decía de mala leche– Yo cuidaré de que no se me caiga”.

Luego en el besamanos, hubo quien pretendió ser original en sus deseos diciendo, “nuestros votos se dirigen al cielo, pidiéndole un genio que disipe de su derredor la pestilente nube de adulación”... “Muy agradecido –dijo Agustín y suspiró al ver la hilera bastante larga todavía–” y medita, suspirando “debía hablarles de usted, como si nunca los hubiera visto, y hacer como si creyera todo lo que venían a decirle. No era tan viejo ni el poder lo había cegado tanto como para tomarse al pie de la letra las lisonjas”.

Mientras tanto, unos pliegos irónicos eran colocados en los lugares más visibles:

Un obispo presidente,  
dos payasos secretarios,  
cien cuervos estafalarios  
es la junta instituyente.



Tan ruin y villana gente  
cierto es que legislarán  
a gusto del gran sultán,  
y un magnífico sermón  
será la Constitución  
que estos brutos formarán.

El autor anónimo era de sobra conocido, “un ave en-sotanaada, escurridiza, presta a confundirse con la oscuridad del cielo imperial. [...] Cuando menos se lo esperaba ¡zas! El moscardón aparecía envuelto en su sotana. Revoloteaba sobre el imperio echando pestes en las plazas, las tertulias y las calles. No desaprovechaba la ocasión de marear a los ingenuos, ni ellos de seguirle dando alas. Y lo peor: Servando hablaba con tan demoníaco encanto que al fin de los insultos la plebe no sabía si aplaudirle o santiguarse”.

El Dragón se desespera, “manda llamar a los íntimos de siempre, arguyendo que necesitaba tener noticias de cada acto y cada palabra dicha o insinuada a favor o en contra del Imperio”. Esperaba que sus súbditos le hablaran de las insidias de Miguel Ramos Arizpe, también quería pedirles su opinión sobre el proceder del brigadier Santa Anna.

Decide agarrar el toro por los cuernos y concede audiencia al dominico quien sin rodeo alguno le refiere, “reconozco en usted al libertador, pero el gobierno que conviene a estas tierras es el republicano. [...] La reunión con Fray Servando irritó profundamente al Emperador y lo dejó lleno de dudas. El tono de voz, las amenazas, las ínfulas del fraile, todo lo hacía convencerse de que la única alternativa era devolver al frailecito a una celda”.



Los síntomas del resquebrajamiento del reciente Imperio no tardaron en aparecer: “Se elucubraba en los paseos, en los jardines y calzadas. Se fraguaban planes en el confesionario lo mismo que en las reuniones de parientes. El aire rezumbaba murmullos; los bailes sabían a conspiración. Se hablaba en voz baja”... Iturbide “estaba al tanto de que fuera de palacio también conspiraban contra él los insurgentes, el Congreso, sus compañeros de campaña. [...] Había que pagar a más de diez mil soldados que apuntalaban el Imperio... Había que liquidar los embarques de grano y tabaco detenidos en Veracruz... había que solventar los gastos de la corte y pagar a la Iglesia... No había con qué. El fin se aproximaba”.

No había de otra: “Disolvería el Congreso y pondría en su lugar una Junta Instituyente. Daría al pueblo un reglamento provisional a modo de constitución y pasaría esa noche en casa de la Güera Rodríguez”. Ya era demasiado tarde, de tal manera que “ajustó en el manguillo la pluma de oro que guardaba para las grandes ocasiones. Se sentó, acercó la bujía, alisó un poco el papel y se aplicó a redactar la carta donde abdicaba al trono. [...] Desmontar un imperio puede tomar sólo un minuto. No hay más que oír al Congreso notificar que la elección del pueblo fue ilícita, que el aplauso del pueblo y las juras de la plebe son nulas y que por lo tanto no hay, ni hubo jamás Imperio”.

Pero eso no era todo, había que borrar todo vestigio de imperio. “Cuando se supo, en una nota final, que dejaba el mando por sentir que su tarea estaba concluida, Fray Servando dijo que el exemperador debía abandonar el país aunque su preferencia era que se le ahorcase. [...] Desde su cuarto, Iturbide oyó el murmullo aprobatorio, seguido del roce de las levitas contra los respaldos, las carcajadas, el



eco cómplice de las duelas del piso. Hizo entonces lo que tenía que hacer". El destierro, Italia, Alemania (y la Santa Alianza tras sus huesos), Inglaterra...

Al poco tiempo decide regresar "como se me asegura que sólo yo puedo calmar las pasiones exaltadas, parto amigo, parto de nuevo al terruño a defender el futuro de la independencia que tanto trabajo me ha tomado proclamar". Pero esa misma mañana le fue enviada una misiva cuyo contenido no pudo leer. La carta decía que había órdenes de ejecutarlo si ponía un pie en el país y que su hermana la princesa Nicolasa había vuelto a caer en el delirio".

El final de la novela no podía ser más literario "ese hombre abucheadado, ese traidor, ese réprobo de la patria que sin embargo no grita, no objeta, no se acobarda, no niega su culpa, su abolengo, ni la cruz de su parroquia, no era el Dragón de Hierro, no era el Varón de Dios sino el hombre desnudo de grandeza quien después de despedirse de su padre a través de su hermana y de su hermano, a través de su recuerdo se prepara y se siente el chorro de adrenalina y espera la frase que detone la carga, y sube a los cielos, y se sienta a la derecha del Padre, y se serena, y callado, valiente, cristiano, recibe la descarga mortal".

¿Murió de otra manera Hidalgo, el iniciador de la lucha por la Independencia?

Desde luego que la novela de Rosa Beltrán poco o nada tiene que ver con la sucesión que aquí se prepara. De cualquier forma la enseñanza de la historia no se puede desdeñar tan fácilmente. A menudo la historia nos hace recordar que nada hay nuevo bajo el sol, que todo lo que hoy sucede tiene de alguna manera un equivalente en el pasado. Aunque difícilmente el próximo gobernante de aquí, ten-



ga su equivalente en el Varón de Dios. Tampoco podríamos encontrar el equivalente a Fray Servando, a no ser que el diputado Alférez reúna algunas dotes como aquellas de “ave de mal agüero que sobrevolaba el Imperio”. Más difícil sería aún encontrar equivalente a la Güera Rodríguez, a la princesa Nicolasa o al inquieto, vanidoso y ambicioso Brigadier Santa Anna. Pero en fin, la historia, con su material inerte, nos ofrece la posibilidad de la recreación y la imaginación literaria encuentra en ella una de las fuentes más apasionantes de inspiración, con todos los agravantes del caso.

La Corte de los Ilusos es una buena novela, nos ilustra y nos divierte y nos hace recordar que cualquiera de las glorias de este mundo es, además de efímera, preludio de tragedias. Ojalá y no sea el caso.



## A cuarenta años de “La región más transparente”<sup>1</sup>

Carlos Fuentes sigue siendo referencia obligada en la literatura nacional y en la de otros hemisferios, a pesar de todo cuanto se diga y se especule al respecto. No resulta exagerado afirmar que su prolífica obra ha impedido que las letras autóctonas se pierdan en el anonimato universal después de la muerte de Octavio Paz.

Desde hace casi treinta años comencé a leer a Carlos Fuentes y se convirtió en santo de mi cabecera. Tal vez hoy todavía lo sea, a pesar que se ha puesto de moda criticar, aunque a veces grotescamente, su obra y la de Octavio Paz, quienes quiérase o no, son los dos maestros de la literatura mexicana de toda la segunda mitad de este siglo.

Las primeras obras de Carlos Fuentes me produjeron entonces una mezcla de admiración y envidia que me circulaba por el cuerpo. Lo deslumbrante de sus textos y ese afán hiperquinético de conocer todo tipo de manifestación humana, ciertamente daba en el blanco de aquella temprana inclinación de un muy pequeño grupo de amigos de la literatura.

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocálido”, el domingo 3 de enero de 1999.



Carlos Fuentes es todavía ahora uno de los contados escritores mexicanos que sí pueden vivir y bastante bien, de esa “actividad tan poco natural” que es escribir para ganarse el sustento. “Ni el buen Dios ni el Pitecantropus original nos designaron para sentarnos ante una página en blanco en una postura poco natural, jorobada, encorvada, a trazar patas de mosca en un papel en blanco” señala en aquella inolvidable entrevista con James Fortson en París en 1973; también dice con cierta soberbia que “Gano lo suficiente para poder financiar mi propia afición a escribir, comprarle dos vestidos a la Lemus al año, pero sobre todo, para no tener que ponchar tarjeta en una oficina burocrática y soportar a un jefe pendejo”. De cualquier forma desde entonces Carlos Fuentes es ya un espíritu cosmopolita en la tierra del tezontle y el nopal.

Ese temprano descubrimiento del Maese Fuentes, desde luego que tiene que ver con aquella primera e ingenua lectura de *La región más transparente*, en aquella edición del Fondo de Cultura Económica hace 30 años y ahora una reciente lectura en la edición conmemorativa, de lujo, de Alfaguara. ¡Faltaba más, el acontecimiento lo amerita!

Luego, como inevitable consecuencia, siguió aquella preciosa *nouvelle* llamada *Aura* y ese asombroso cuento titulado *Muñeca reina*, dos relatos que tanto nos recuerdan a la misteriosa narrativa de Edgar Allan Poe y hasta aquel enigmático y anacrónico cuento de Alfonso Reyes, *La Cena*, escrito en 1912.

Algunos consideran a *La muerte de Artemio Cruz* como su mejor novela, yo prefiero *Zona Sagrada*, será porque en ella Fuentes da rienda suelta al lenguaje, juega con



él, y la vena poética que tanto le aterroriza se expresa a plenitud. En alguna ocasión confesó que cambiaría con gusto toda su obra por un solo verso de Octavio Paz.

Luego vinieron, *Cantar de Ciegos*, *Los Cuentos de Agua Quemada*, *Gringo viejo*, y ese impresionante torrente verbal llamado *Terra nostra*, en la que desde El Escorial contempla “el pudridero de los Habsburgo” y nos recuerda nuestra ambigua relación con España.

Desde luego los ensayos son también importantes: *Tiempo mexicano*, *La nueva novela hispanoamericana* y *Cervantes o La crítica de la lectura* fueron toda una revelación para quienes no teníamos ni la más remota idea de lo que es la crítica literaria y el ensayo histórico político.

La región más transparente, que es la obra que hoy nos ocupa, es ya un clásico de la literatura mexicana. La acción central de la novela se desarrolla de 1946 a 1952, período que corresponde al sexenio de Miguel Alemán. No es casual, es la época en que se consolida la nueva burguesía nacional, esos cachorros de la Revolución, a los que sí les hizo justicia, pero también es el tiempo del surgimiento de los que no les trajo nada bueno ni nada nuevo. Es la época de las grandes inversiones norteamericanas, las que dan origen a una burguesía autóctona tan cursi como dependiente y que también se describe en las fiestas de Bobó del principio y fin de la novela.

Es la época también del hacinamiento en la capital de todos los tipos humanos que produce el implacable desarrollo del capitalismo mexicano. ¿Será por casualidad o por una mera ocurrencia del autor que su relato comienza y finaliza con las peripecias de una prostituta (Gladys García) para sobrevivir en la gran urbe?



En La región más transparente, confluye toda esa zoociología, como él mismo la bautiza, que es producto de la Revolución: el excombatiente del partido vencedor, las familias de rancio abolengo venidas a menos, que no les queda otra que asirse desesperadamente a los nuevos poderosos, y también “los satélites”, (juniors, estudiantes, artistas, intelectuales, arribistas, homosexuales, el organizador de fiestas para la gente nice...).

Pero nos habla también de los del otro lado, de los prófugos fusilados en la cárcel de Belén, zapatistas (un excelente cuento incrustado en la novela), los promotores huelguistas de Río Blanco, los maderistas, el ruletero, el obrero, la mecanógrafa, el desocupado, los vagos desmadrosos, el burócrata y hasta las soldaderas villistas. Pero desde luego, destaca en toda la novela la presencia omnipresente de los guardianes, Ixca Cienfuegos y Teódula Moctezuma, quienes parecen no resignarse nunca a la forma en que poco a poco se ha ido transformando el lugar del ombligo de la luna.

En la novela desfila un conjunto de seres que desfilan ante el caprichoso caleidoscopio del autor, que los hace a veces coincidir y a veces alejarse caprichosamente, un entretreído de fantasmas extraviados en esa región más transparente.

¿Por qué vivimos en esta ciudad tan horrible, donde se siente uno enfermo, donde falta el aire, donde sólo debían habitar águilas y serpientes?

Esta novela no solamente es la radiografía de la ciudad de México, sino de todo México, la historia de un país y de una ciudad que no han cambiado gran cosa después de cuarenta años de haberse publicado.

Pero su obsesión parece ser esa nueva burguesía mexicana que Fernández de Lizardi y Tomás de Cuéllar des-



de el siglo pasado atosigaron y ridiculizaron. Una burguesía nacional que representa fielmente Federico Robles, el ganón, el excombatiente vencedor de Villa, del lado de los aguaprietistas y convertido ahora en prominente banquero; el chingón, según la descripción hecha por Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*.

Ese nuevo dueño del país al que Fuentes fustiga a través de Ixca Cienfuegos, que es el guardián, brujo, chamán, poeta y alter ego del autor, el que con toda facilidad aparece y desaparece tanto con la gente fifí como con los de abajo, a lo largo de toda la novela.

“Dígame ¿qué se siente? Siempre he sentido curiosidad por estas transformaciones radicales. ¿Se sigue siendo pese a todo, el que se era en el origen? ¿O cuál es el elemento transformador? Todas esas cosas revueltas, el trabajo en una milpa, la batalla de Celaya, el tesón y la ambición y el colmillo para los negocios, ¿Cómo se compaginan? ¿Cuál es su punto de concentración? ¿Se siente uno igual que en el origen, o recuerda uno siquiera el origen?”.

Aunque Robles tiene también su propia versión del saldo que produjo la Revolución y que de alguna manera es la propia versión de Carlos Fuentes: ahí quedan todavía millones de analfabetos, de indios descalzos, de harapientos muertos de hambre, de ejidatarios con una miserable parcela de temporal, sin maquinaria, sin refacciones, de desocupados que huyen a los Estados Unidos. Pero también hay millones que pudieron ir a las escuelas que nosotros, la Revolución, les construimos, millones para quienes se acabó la tienda de raya y se abrió la industria urbana, millones que en 1910 hubieran sido peones y ahora son obreros calificados, que hubieran sido criadas y ahora son mecanógrafas con



buenos sueldos, millones que en treinta años han pasado del pueblo a la clase media, que tienen coches y usan pasta de dientes y pasan cinco días al año en Toluca o Acapulco.

Es el discurso que insistentemente, machaconamente hemos venido escuchando durante todo el período postrevolucionario. Aunque luego la venganza de la gleba se consuma en la posesión sexual que hace Ixca Cienfuegos de Norma Larragoiti, la burguesita, en Acapulco.

“Pero si algo podríamos cuestionar de esta novela sería esa insistencia permanente por volver prosa narrativa todo lo ya dicho por Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950) y por Samuel Ramos en *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) y que Fuentes lo hace a través del intelectual de la novela, Manuel Zamacona: Tomó el papel y una pluma. Miró hacia Reforma (...) Empezó a escribir: ‘México’, con alegría, ‘México’, con furia, ‘México’, con un odio y una compasión que le hervía desde el plexo solar (...) fijó los ojos en el sol, apretó las cuartillas y con todas sus fuerzas las arrojó hacia el centro del astro, seguro de que llegarían, de que se incendiarían en él (...) Búsqueda de una definición formal, jurídico política, frente a búsqueda de una filiación sustancial, histórico cultural. Afirmación de las definiciones formales en proyectos antihistóricos, fundados en la importación, en la imitación extra lógica de modelos prestigiosos. Negación del pasado como supuesto inicial de todo proyecto salvador”.

Tesis que aún tiene vigencia como también lo tiene la quiebra financiera de Robles y con ella el estrepitoso derumbe de todo el sistema político heredado de la Revolución.

La situación de quiebra de un banco, las aventuras audaces en que su gerente había comprometido, no sólo el



capital social, sino todos los depósitos también; el periódico vespertino, graduado, que daba la noticia con nombres; el día siguiente, lleno de manos agitadas frente al banco, la invasión gomosa de hombres y mujeres retirando su dinero, las operaciones costosas y los negocios apresurados para liquidar acciones, vender terrenos y casas, procurar crédito. Esto lo escribió Fuentes en 1958, cuando el sistema capitalista mexicano se encontraba apenas en plena conformación, cuarenta años antes del Fobaproa.

Pero junto a la narrativa realista del autor, se intercala también la poética fuentiana que salpica a toda la novela, sobre todo en la voz de Cienfuegos en la forma de iniciar... "Ciudad perro, ciudad famélica, suntuosa villa, ciudad lepra y cólera, hundida ciudad. Tuna incandescente. Águila sin alas. Serpiente de estrellas. Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer. zEn la región más transparente del aire".

...Y concluir la novela:

"Y sobre el puente de Nonoalco se detiene Gladys García, veloz también dentro del polvo, y enciende el último cigarro de la noche y deja caer el cerillo sobre los techos de lámina y respira la madrugada de la ciudad, el vapor de trenes, la somnolencia de la carne, los tufo de gasolina y alcohol y la voz de Ixca Cienfuegos, que corre, con el tumulto silencioso de todos los recuerdos, entre el polvo de la ciudad, quisiera tocar los dedos de Gladys García y decirle, sólo decirle: Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer. En la región más transparente del aire".



## “El Chilarillo”, una experiencia diferente<sup>1</sup>

Por varios motivos “El Chilarillo” es un lugar interesante. Se localiza en terrenos de lo que fue la hacienda de Cieneguilla, uno de los primeros asentamientos españoles, latifundio que comienza a perfilar desde el siglo XVI y que fue propiedad de “la aristocracia de la plata”, de Zacatecas, también de los jesuitas, quienes construyeron la imponente finca, por un tiempo propiedad del Conde de Regla y más tarde del famoso Conde Rul, un ilustre enemigo de los insurgentes, según refiere el maestro Alejandro Topete del Valle en su trabajo artesanal de historia, como bien lo califica Gómez Serrano (Hidrocalido 26 de marzo de 1999) que es su “Guía para visitar la ciudad y el estado”<sup>2</sup>

“El Chilarillo” es un lugar “rulfiano” como lo son el noventa y nueve por ciento de las comunidades rurales en México, donde el tiempo la vida y la muerte tienen un sentido diferente al que les asigna la modernidad. Donde el polvo, los mezquites, los nopales y la luna son elementos imprescindibles al paisaje que no parece moverse desde siglos. El

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocalido” el 28 de marzo de 1999.  
(Las siguientes notas son del autor.)

<sup>2</sup> La mejor manera de tener presente al maestro es leer sus obras y agradecerle siempre la oportuna enseñanza que nos dio. Este es mi humilde homenaje.



Río San Pedro parece una cicatriz, una pincelada verde en las grises hondonadas que se pierden en el horizonte.

Es un pequeño pueblo absurda y políticamente dividido por la mitad entre dos estados. La mitad de sus habitantes vive en Aguascalientes y la otra mitad en Jalisco. Estas fronteras imprecisas, caprichosas y volátiles de lo que alguna vez fue el reino de la Nueva Galicia y la intendencia de Zacatecas.

Pero hoy "El Chilarillo" es famoso por otra circunstancia, mucho más especial, al menos para quienes buscamos los pequeños detalles de la Historia. Un prestigio que nada tiene que ver con reinos, intendencias, jesuitas o condes. La cuestión es grande, pero sencilla a la vez. "El Chilarillo será desde ahora una ranchería diferente a las miles que hay en todo el país.

Resulta que doña Margarita, mujer campesina de cincuenta y seis años, habitante de siempre de este lugar y que actualmente cursa la secundaria, escribió un libro. Nada más que eso, escribió un libro en el fin de siglo caracterizado por un analfabetismo funcional en el que la inmensa mayoría de mexicanos y aún de profesionistas apenas si logramos escribir el nombre.

Por eso cuando Cristina Galván la delegada del CONAFE me invitó a participar en la presentación del libro, ni por un instante lo dudé, ni me hice del rogar. Esta era una oportunidad única e irrepetible para participar en un acontecimiento de tanta trascendencia, al menos para mí, a quien por motivos de la edad y los achaques ya comenzaban a fastidiarle las presentaciones editoriales con brindis de vino blanco y en lugares privilegiados de nuestra monótona geografía urbana.



Pero ¿qué se puede decir en un acto de tan simbólica magnitud? Desde luego tendríamos que evitar en principio cualquier tentación de pedantería a la que no se puede ser ajeno en este tipo de eventos. Nunca decir por ejemplo: agradezco la invitación que me ha hecho la UNESCO, el Gobierno de la República o del Estado a participar en este importante foro en el que desde luego se analizarán aspectos fundamentales para... Tampoco se podría aludir a “los retos del tercer milenio” ni a la “aldea global” de McLuhan, ni a los “acuerdos de Jomtien”. Eludir pues, en principio, los lugares comunes y el estilo tan particular que últimamente se ha puesto de moda en las presentaciones editoriales. Como nunca diría nada de eso, entonces decidí, bajo riesgo de hacer el ridículo, dejarme llevar por las circunstancias propias y naturales del evento: no escribir un texto para leerlo ahí fue la primera decisión.

Pero antes de relatar lo que esa noche balbuceé, debo decir que muy puntuales, a las seis en punto, en camioneta de lujo y elegantemente vestidas nos recogieron frente del CRENA las altas funcionarias del CONAFE. Me acompañaba Israel Barski, un maestro canadiense que ha trabajado en las reservaciones indias y que voluntariamente ha decidido asistir, con estoica paciencia, al tormento de mis clases de Literatura Mexicana del Siglo XIX.

El camino hasta “El Chilarillo” fue ameno y desde luego que no desaproveché la oportunidad para recitar mi consabida clase de geografía e historia de Aguascalientes: “El Cerro de Los Gallos” y la última gran batalla de la División del Norte del siempre presente Pancho Villa, la fundación de la Villa en el Valle de las Aguas Calientes que tan claramente se ve desde aquellos horizontes donde el crepúsculo es en



verdad impresionante, la importancia histórica nunca explorada de la hacienda de San José de Cieneguilla con el señorial edificio ante la vista que sin querer nos transporta a otra época. Y hasta tiempo tuvimos ¿por qué no? de “pitorrear-nos” un poco de una de las selectas alumnas del curso de Programación Neurolingüística que está por implantarse y a quien le insistimos que en lugar de disertar sobre el libro de Margarita, hiciera algunas demostraciones públicas de sus novedosos y asombrosos aprendizajes (algo he escuchado de caminar sobre brasas o levitar apenas sostenido por el respaldo de dos sillas y también de que se incluye una foto en el paquete del iniciado que dan fe de tan sorprendentes aprendizajes). Prometo investigar más al respecto, todavía mi ignorancia es mucha en ese terreno.

A ninguno de sus habitantes inmutó nuestra llegada a “El Chilarillo”. El clásico “buenas noches” y ya, acostumbrados como están a recibir por lustros a ocasionales visitantes que luego de soltar su rollo de pronto se retiran. Tengo la certeza de que aquella noche no era el motivo de la más mínima atención ni las camionetas de lujo que llegaban, ni los atuendos de visitantes, ni mucho menos los “ilustrados” ponentes que Cristina invitó.

No, en esta ocasión tampoco el motivo de su entusiasmo era el santo patrono, ni el señor obispo, ni los políticos que desde hace casi cien años los visitan; no, el motivo por el que se congregaban en el modesto patio de la escuela, llenos de entusiasmo y de expectativas extrañas, era que uno o una de las suyos había escrito un libro. Pero ¿qué era eso de la presentación de un libro en una comunidad de diecisiete familias? (el dato estadístico lo da Margarita en su libro).



Imagínese usted el brinco que hubieran dado Vasconcelos, Torres Bodet o Reyes Heróles, los más ilustres secretarios de la SEP, si hubieran tenido la oportunidad de atestiguar tan extraordinario acontecimiento. Un adulto alfabetizado y que además es capaz de escribir sus propias experiencias, sus propias emociones. “No es para tanto”, me dirían mis detractores y los muchos envidiosos que no pudieron asistir. Pero revisaremos un poco nuestra historia: en 1921 Vasconcelos fundó la SEP cuando el 80% de la población mexicana era analfabeta, distribuyó miles de libros clásicos por todo el país, pero luego por motivos políticos renunció. Torres Bodet en sus dos periodos de secretario pone en marcha la “cartilla alfabetizadora” y el “Plan de Once años” pero los resultados no fueron tan halagadores. Luego se suicidó. Reyes Heróles pone en marcha una “revolución educativa” que ya se comienza embarrar en los pesados engranajes de una obesa e insensible burocracia a la que muy poco le interesa cruzada educativa alguna. Tal vez por eso “el último ideólogo de la revolución” llamo a la SEP “elefante rumiento”, luego se murió, antes de ver que el tal elefante parió treinta y dos robustos elefantitos que muy pronto se desarrollaron y tomaron caminos distintos, que comenzaron a engullir cuanta “innovación” se les presentaba, pero que conservaban fielmente la carga genética de la madre.

La SEP es una dependencia que cuando menos en la última mitad del siglo se ha enredado en sus propias complicaciones y dinámicas internas, que desde luego tiene muy poco que ver con las verdaderas necesidades educativas de la sociedad. A veces da la impresión de que la administración y la educación son dos hechos ajenos, diferentes entre sí, que el primero es consecuencia y razón de



existir del segundo y no al revés. Estoy seguro que ninguno de esos ilustres secretarios que menciono pudo ver nunca cristalizado el impulso “evangelizador” con el que nació la SEP en un hecho tan simple y tan concreto como el que ahora relatamos.

Pero volviendo al tema que hoy nos ocupa. Había una mesa modesta, una tarima de cemento como las que existen desde hace más de cincuenta años en las escuelas rurales y que sirve como escenario para todo, había un pueblo congregado a la expectativa de algo que nunca había sucedido, también un presidente municipal, algunos ex-presidentes (de Villa Hidalgo) y otras autoridades invitadas, quienes fueron muy discretos y tomaron su lugar en el modesto pero pulcro auditorio. En esa ocasión no eran todos ellos el centro de atención y tal vez también se impresionaron de la solemnidad del evento y decidieron pasar desapercibidos.

Sólo se hizo notar una persona angustiada por la tardanza de la delegada de CONAFE, me imagino que su jefa, que instruía tajantemente a Elisa, quien moderaría la presentación y a quien yo me deleitaba presionando para comenzar, puesto que el personaje central o sea la autora del libro, ya tenía buen rato compartiendo amablemente con sus familiares y vecinos.

Por fin llegó Cristy “patinando” y dio inicio el evento que a todos inquietaba. Elisa comienza muy en su papel decimonónico que en México se le asigna al maestro ceremonias. Lee un breve texto sobre la labor del CONAFE y su programa de educación pos-primaria para adultos, luego nos presenta a los “comentadores del libro” y desde luego a la autora, pero no presenta a las autoridades, perversamente



asesorada por quien esto escribe, hasta que discretamente alguien le llama la atención como se estila en estos casos.

Marielena Verdín lee y comenta sus experiencias como lectora del libro y la importancia que ella le concede, yo confieso me distraje un poco y por un rato me evadí pensando en que verdaderamente hay muchas Margaritas célebres en este mundo. Me acordé por ejemplo de Margarita del *Fausto* de Goethe, de Margarita Gautier de *La Dama de las Camelias*, de Margarita Duras, de *El Amante*, de Margarita Yourcenar de las *Memorias de Adriano* y luego no sé por qué llegué hasta Aguascalientes y me acordé de Margarita Guillé que hace tiempo dirigía el único programa cultural que he conocido en esta tierra y quien le ha dado duro a eso de los derechos femeninos. Y luego mucho menos sé por qué, me acordé también de una tal Margarita que durante los últimos seis años se convirtió en persona muy principal y protagonista de la educación en el estado y desde luego de Doña Margarita que sonreía nerviosa a mi lado... En fin, digresiones de las que regresé cuando Elisa mencionó mi nombre.

Más o menos dije que a mí me daba gusto estar en este lugar y en un acto tan importante, porque significaba muchas cosas... importante porque era muy distinto a las presentaciones de libros a las que antes había asistido y porque éste no era cualquier libro, ni la reunión en la que participamos esa noche era cualquier reunión, era algo muy especial y algo diferente [...]. Luego creo que dije que en este mundo mucha gente aprende a leer pero muy poca aprende realmente a escribir algo, sus emociones, sus recuerdos, sus experiencias por ejemplo, es decir, que muy poca gente aprende a escribir su palabra como dijera un educador brasileño que se llama Paulo Freire y quien dijo que ese era el



principal y verdadero objetivo de la alfabetización (sí ya sé que me había comprometido a no citar autores y a bajar el tono del discurso, pero luego recordé que tampoco hay que tratar a los campesinos como bobos o como niños, incapaces de comprender lo que se dice. La Historia tiene muchos ejemplos importantes al respecto). También dije que me había interesado mucho lo que escribió sobre su tierra, sobre su historia y sus costumbres, “La Cristiada” que tuvo en esa región un lugar privilegiado, los bandidos que todavía hasta mitad de este siglo rondaban los caminos y que eran descendientes del más famoso de todos ellos por estos rumbos: Juan Chávez. Las bodas, los paseos al río, los juegos, pero sobre todo, las representaciones del teatro en las que tuvo mucho que ver “la mamá de Margarita”. También nos hace una bella descripción de lo que era “la escuela de antes”, con sus clases mañana y tarde, sus maestros estrictos, los pasalones y hasta los viciosos; la memorización de las lecciones de “La cartilla nacional”, el recreo, en fin, una escuela que muchos también recordamos y que nunca volverá.

Luego ya un tanto emocionado, me atreví a citar al poeta mexicano más famoso de todos, al que le dieron un premio muy importante para todo el mundo y que hace casi cincuenta años escribió en su primer libro conocido que: *“Quien ha visto la Esperanza, no la olvida. La busca bajo todos los cielos y entre todos los hombres. Y sueña que un día va a encontrarla de nuevo, no sabe dónde, acaso entre los suyos...”*<sup>3</sup> yo estoy seguro, dije, que ya Margarita se encontró con la esperanza, aquí entre los suyos y va hacer difícil que la suelte y que muy pronto nos va a seguir regalando sus escritos.

---

<sup>3</sup>Octavio Paz, “El Laberinto de la Soledad”. FCE, pág.31



Mientras Sergio, el tercer y último ponente, disertaba sobre el poder de la palabra con un acento sacerdotal que yo hubiera querido utilizar pero que no me salió, me volví a meter en mis cavilaciones: ¿Por qué la educación en nuestro país perdió su rumbo? ¿Por qué se volvió más un asunto burocrático que una verdadera tarea redentora? ¿Qué nos pasó? ¿A qué hora se nos fue de las manos? ¿No sería mejor continuar estimulando estos detalles tan sencillos pero tan significativos que echar las campanas al vuelo por creernos primera potencia educadora? ¿Cómo poder vanagloriarnos de ser una vanguardia educativa cuando un tercio de la población en nuestro estado, Aguascalientes, no ha logrado terminar siquiera su educación básica? ¿Dónde estamos y hacia dónde vamos? Luego para colmo, un doctor en ciencia política hace unos días en la UAA, nos recordó aquello de “la catástrofe silenciosa” que desde hace años pronosticó Guevara Niebla y luego para colmo remarcó los principales obstáculos que impiden un desarrollo educativo pleno en el país. Por lo pronto ya Cristina amenazó con invitarnos a un taller literario en lo más alto de la Sierra Fría, a que les hablemos un poco a los muchachos de aquellos rumbos del ensayo, el cuento y la poesía. Armando Quiroz, Jaime Arteaga, Aranda y yo ya estamos puestos, es una buena forma de que “*La Cofradía*” se sacuda la polilla.

Margarita cerró con broche de oro aquel evento, con palabras normales y sencillas agradeció a quienes le habíamos motivado y orientado a escribir, que por cierto dice que le gusta mucho y contestó emocionada las preguntas que el público le hizo. La solemnidad del auditorio era manifiesta, hasta los niños, ejemplo más irreverente que conozco, estuvieron atentos en aquel raro y extraño evento que nunca ja-



más habían visto. El ramo de flores y un pequeño regalo del presidente municipal fue también un acto sencillo, natural, sin cámaras ni poses y donde luego, en la firma de los libros, Margarita no se daba abasto.

Un tanto relajados por todas esas emociones abandonamos el recinto y mientras Sergio hacía gala de sus conocimientos de Astronomía nombrando estrellas describiendo constelaciones, mientras Israel Barsky desentrañaba los misterios esotéricos de un tamal me preguntaba: "*Why mexicans always are asking about the time*" ... Y yo le contestaba con las ínfulas del maestro que no quiere ceder terreno entre su alumno: "será porque tenemos una concepción cíclica del tiempo, porque sentimos que está vivo y nos ahoga, por eso nos angustia." Dos jóvenes campesinos comentaban mientras se perdían en la oscuridad, "cruzar la frontera no es fácil, pero lo hacemos, robarnos una muchacha, participar en un pleito y hasta matar a algún cristiano no es fácil tampoco, pero muchos lo hacemos, pero eso de escribir un libro compa, sí que está de la chi..."

Cerca de las diez de la noche, la camioneta comenzó a rodar de nuevo sobre el camino, dejando una gruesa capa de polvo sobre del pueblo y sobre Margarita, un polvo que es tan semejante al del olvido...



## El Pancho Villa “casi definitivo” de Friedrich Katz<sup>1</sup>

Para mi amigo Octavio quien cree, como Villa,  
que repartir “maíz” es sinónimo de justicia social.

Muy pocos libros han producido tantas expectativas antes de su publicación, un libro que Friedrich Katz concibió desde su primera estancia en nuestro país en 1968, mientras revisaba la edición de su ya clásico “La guerra secreta en México”.

Un libro sobre Villa que se propuso escribir como homenaje a su padre Leo Katz (austríaco, de origen judío, comunista, perseguido por los nazis, infatigable militar de la izquierda, admirador de las luchas campesinas, refugiado en México hacia 1940), por lo que Friedrich “creció entre ires y venires, empapado de política marxista e historia”. (J. Womack Jr. Letras Libres, marzo 1999)

Un libro que muchos esperábamos con ansia y acerca del cual ya se han publicado algunos comentarios. Carlos Monsiváis dice que “es una extraordinaria biografía del mexi-

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocálido” el 13 de junio de 1999.



cano más famoso del siglo". (Hidrocálido, 7 mar. 1999). Lo cual es parcialmente cierto porque el trabajo de Katz no es solamente biográfico, sino un exhaustivo análisis, tanto de la figura del mítico personaje, como de todos los vericuetos de la Revolución Mexicana. Tal vez por eso lo tituló en inglés: "Thelifeand times of Pancho Villa".

Adolfo Gilly dice que "Después de leer de corrido, como la novela verídica que es, el extraordinario Pancho Villa de Katz, me fui otra vez a buscar a mi general Ángeles, paso a paso y capítulo a capítulo, entre su millar de páginas". (Letras libres, abril, 1999). Efectivamente, a Gilly le ha deslumbrado más la "figura solitaria y triste" de Felipe Ángeles, que la del propio Centauro del Norte.

Aunque con las expectativas, también me surgieron algunas dudas: ¿Se podrá realmente decir algo nuevo sobre "el mexicano más famoso del siglo" como lo llama Monsiváis? ¿Dirá algo nuevo o diferente el mismo Katz a lo ya dicho en "La guerra secreta en México" y en otros artículos? ¿Encontraríamos algo distinto a lo ya escrito por Martín Luis Guzmán, Rafael F. Muñoz, Calzadís Becerra, Nelly Campobello, Blanco Moheno, Marte R. Gómez, Langle Ramírez, José C. Valadés, etc.?

Contra mi escepticismo, debo confesar que sí hay mucho de nuevo y de sorprendente en esta acuciosa investigación, porque eso es, una meticulosa investigación de muchos años realizada por el autor en "cincuenta archivos públicos y diez archivos privados, en nueve países y cuatro idiomas (por lo que) este libro gigantesco y magistral, la biografía de Pancho Villa por Friedrich Katz, es una obra abarcadora de enorme autoridad" (Womack, 1999).

Como texto surgido de una investigación profesional, tiende a ser objetiva y a dejar a un lado el apasionamiento.



to y la subjetividad que suele darse siempre que se aborda a un personaje de tantas dimensiones y desde luego que la figura mítica pierde peso específico ante la evidencia de la prueba histórica. El texto de Katz nos recuerda que el mito y la historia no se llevan.

Sobre el “Villa pre-revolucionario” no adopta tampoco un criterio parcial y mucho menos romántico. Sus investigaciones lo conducen a “la leyenda negra y la leyenda épica” del personaje, las cuales tienen cada una sus propios defensores, dejando en el lector la responsabilidad de sus propias conclusiones.

Acerca de la relación de Villa con Madero, Katz concluye que fue “un amor no correspondido” y “una relación ambigua”. Nos recuerda el conflicto de Ciudad Juárez, cuando junto con Pascual Orozco intenta ejecutar al “chaparrito”, la aceptación de una buena cantidad de dinero (diez mil pesos) para que deje las armas y se dedique al comercio, porque tal parece que a Madero le urgía deshacerse de él, ya que todo indicaba que era el único que se oponía a los tratados de paz con el viejo régimen.

Pero por otro lado también lo necesitaba y tuvo que confiar en él. Cuando se trató de someter a los radicales magonistas, Orozco se niega y Villa lo hace, hasta con alarde, quedando así definida la guerra civil que un año más tarde estallaría en Chihuahua: los radicales magonistas (“coloraos”) apoyando al “reaccionario” Orozco y el “revolucionario” Pancho Villa apoyando a los federales del gobierno. Por esos antecedentes “Villa se volvió una figura detestable para el Partido Liberal Mexicano y para la IWW” (Internacional Workersofthe World), los maestros de los Flores Magón.



No concentra el autor demasiado su atención en las famosas batallas ya tan comentadas y cuando lo hace, es más bien severo en sus conclusiones. Hasta antes de unirse a Madero, Villa no había podido tomar ni una sola plaza. Tampoco el “genio militar” aparece por ningún lado cuando se enfrenta a su más grande enemigo: Álvaro Obregón, o cuando discute, sin ceder, con Felipe Ángeles, quien sí tiene un conocimiento riguroso y científico del arte de la guerra pero que nunca lo pudo convencer de no fragmentar la División del Norte, ni de echar a Carranza al mar en Veracruz, ni de enfrentar a Obregón tan cerca de la capital, sino lo más al Norte posible, en Aguascalientes o Zacatecas cuando menos.

A pesar de la gran admiración que siente por el Centauro no deja de cuestionar sus errores: “En términos militares, mientras libró una guerra regular, Pancho Villa reaccionó más que actuó. Fue el ejército federal el que determinó dónde tendrían lugar las grandes batallas de la División del Norte. Cuando estalló la guerra de facciones revolucionarias, Villa encontró por primera vez que podía actuar y decidir dónde iba a combatir” (pág. 57).

Por eso ordena a Felipe Ángeles marchar a la línea Torreón- Saltillo, a Fierro y a Rodríguez a Jalisco, a su compadre Urbina y a Chao a los campos petroleros de La Huasteca, para él esperar con pasividad fatalista, parecida a la de los aztecas a la llegada de Cortés, la reorganización y el avance de su verdugo, por el centro de México, en la trágica Celaya.

Tampoco su apreciación del “villismo agrario” es del todo favorable. Hace un detallado análisis de todos los posibles motivos que pudo haber tenido para no realizar reforma



agraria alguna, sino por el contrario, convertirse en uno más de la clase social a la que tanto aborrecía: los hacendados. Primero su compadre Urbina y luego él personalmente, se convirtieron en dueños de gran parte del norte de Durango. De tal forma que Pancho Villa solamente repartía “máiz” y billetes pero jamás las grandes haciendas de Chihuahua. Tal vez por eso, “durante un breve período, muchos hacendados y miembros de la oligarquía tradicional esperaban que Villa llegara a ser su hombre” (pág. 27).

Sus relaciones con Estados Unidos fueron al principio toda una luna de miel. Los impresionó la impecable disciplina de sus tropas, la prohibición de los saqueos en Torreón y sobre todo, el que haya respetado escrupulosamente todas las propiedades de norteamericanos. Esto le permitió comprar armas con toda libertad, vender el ganado de las haciendas confiscadas, recibir honores de los principales jefes militares. Durante la ocupación del puerto de Veracruz emitió siempre opiniones favorables de los gringos, por lo que se ganó las primeras amonestaciones del Primer Jefe, quien era nominalmente su superior.

La popularidad de Villa alcanza el más alto nivel cuando la Mutual Film Company firma un contrato con él para filmar las batallas y su propia vida.

Todo habría de cambiar en la segunda mitad de 1915, después de sus estrepitosas derrotas en el Bajío y en Aguascalientes (abril-junio, 1915) y cuando los Estados Unidos deciden reconocer a Carranza, a pesar de su terco e incómodo nacionalismo.

Pancho Villa nunca había tomado represalias contra los estadounidenses (sólo contra españoles y chinos) ni contra los pobres, pero la seguridad que sentía de haber sido



traicionado lo convierte en una fiera. Primero “El Orejón”, Maclovio Herrera, luego los Arrieta, los Aguirre Benavides, Isabel Robles, Chalío Hernández y para el colmo, su compadre Urbina. Todos lo abandonan y cambian de bando.

Después del fracaso de la expedición a Sonora, de los reflectores norteamericanos sobre sus hombres y del paso de tropas carrancistas a Naco y Agua Prieta, plazas defendidas por Calles, con amargura y frustración advierte: “Dedicaré mi vida a matar cada gringo en que pueda poner las manos y a destruir todas sus propiedades” (pág.110). La matanza de gente humilde en San Pedro de las Cuevas, de mineros norteamericanos en Santa Isabel y la expedición a Columbus, son la prueba de que hablaba en serio.

Sobre “la única invasión” que ha tenido Estados Unidos (en el continente) hay muchas y variadas hipótesis: la venganza contra un judío que le vendió balas de salva para los combates de Celaya, un posible pacto con los alemanes, después del fracaso del telegrama Zimmermann, que querían provocar un frente al sur de los Estados Unidos que los distrajera para que no intervinieran en la guerra europea. La hipótesis de Katz es que Villa quería provocar una intervención norteamericana en México que produjera una reacción nacionalista para engrosar sus filas, aún con generales carrancistas, para revertir las cosas a su favor.

El 9 de Marzo de 1916 a las 4:45 hrs. fue atacado Columbus, con “neovillistas” forzados de Namiquipa, en una escaramuza en la que los atacantes pierden mucho más hombres que el enemigo, a pesar de la sorpresa. Katz está convencido, de acuerdo a sus investigaciones, de que Villa no encabezó esa expedición, sino que la encomendó al más consentido de sus “Dorados”, Martín López.



El autor reconoce la enorme capacidad de Villa para recuperarse de las derrotas, su inquebrantable voluntad para pelear contra Carranza y contra la Expedición Punitiva al mismo tiempo, la demostración de sus enormes dotes de guerrillero, y sobre todo, su decisión de no huir del país a pesar de los tentadores ofrecimientos que se le hacían. Decide quedarse a pelear hasta el fin.

A pesar de ser perseguido por diez mil carrancistas y diez mil norteamericanos, de haber sido herido en una pierna, de haber casi muerto en una cueva, de haber perdido a sus mejores hombres (Pablo López, Candelario Cervantes, José Rodríguez) logra tomar la capital de Chihuahua, pésimamente defendida por el inepto y corrupto Treviño, comandante del “ejército de ocupación carrancista”. Luego toma Parral y Torreón, aunque fracasa después en Durango y Ciudad Juárez.

Ante lo incierto de su campaña, decide jugar su última carta. Cruza el Bolsón de Mapimí con un pequeño ejército en harapos, diezmado por el hambre, la sed y las deserciones, con el que invade Coahuila. El presidente interino De la Huerta se encontró ante un dilema: la férrea oposición de Calles y Obregón para pactar con “el bandolero Villa” y la presión de los Estados Unidos para evitar un conflicto en la frontera.

“La ocupación de Sabinas fue la cosa más inteligente que Villa pudo haber hecho” (pág. 323). Está listo para negociar con ventajas su rendición al gobierno. “Sólo pide una hacienda para sus muchachitos”. Le otorgan Canutillo, en Durango, nada en Chihuahua, donde ya tiene muchos enemigos... sin embargo muy cerca de Parral.



Nadie sabe, ni Katz, si realmente “El Centauro del Norte” deseaba llevar las cosas en paz, pero todo indica que sí, al menos por un tiempo.

Por lo pronto, decide reconciliarse con Obregón, su mortal enemigo, ahora presidente y le escribe varias cartas con un tono raro en nuestro personaje: “Si usted se avergüenza de ser mi amigo porque yo no valgo nada, espero que sea tan bondadoso para decirme ‘no quiero ser su amigo’. Un hermano de su raza que le habla con el corazón”. A Obregón le llevó dos meses responder: “Me había abstenido de contestar sus dos cartas anteriores, porque dudaba de la sinceridad con que usted proponía deponer las armas para dedicarse en lo absoluto a una vida de trabajo, y hasta creí que el gobierno obraba con ingenuidad [...] He querido escribirle estos renglones para expresarle con toda claridad que puede usted estar seguro de que al verificarse el cambio de gobierno, usted continuará gozando de todas las garantías que el actual gobierno provisional le ha otorgado” (pág. 325).

“De guerrillero a hacendado” o “Pancho Villa en Canutillo” (pág. 317) fueron para mí los capítulos más reveladores. Pancho construyendo su propia utopía. Reconstruye la hacienda, (algo así como 60 000 hectáreas), reparte a sus muchachitos solamente un tercio de las tierras, naturalmente como medieros: en las otras dos partes decidió pagar jornales para probar el uso de maquinaria moderna y el sistema antiguo de cultivo con animales.

Su pasión era la escuela. Trescientos muchachos asistían en el día y él y sus dorados por la noche. Cinco maestros y un director, a quien con respeto pedía permiso para entrar con sus invitados (Hernández Llergo). Los profes



le leían buenos libros por la noche y él era generoso con sus sueldos.

Su vida personal no era tan placentera. Doña Luz Corral exigiendo su derecho de esposa legítima, Austreberta Rentería apersonada ya en la hacienda, Soledad Seañez viviendo en un rancho cercano y Manuela Rentería administrando el hotel de Parral, además de varios hijos que llevó a vivir a Canutillo, como a la de Juana Torres, quien había ya muerto en Torreón, le produjeron verdaderos dolores de cabeza. Más tarde, al Presidente Álvaro Obregón le tocó enfrentar “La guerra de las viudas” (pág. 385).

Sobre el asesinato de “El Centauro”, Katz aporta datos objetivos sobre lo que todo mundo ya sabía, que fue un complot urdido por el propio gobierno.

Según sus indagaciones, después de un tiempo de permanecer verdaderamente al margen de la política, poco a poco se fue nuevamente involucrando. Defiende de ser repartida una hacienda administrada por sus guerrilleros, se opone a la venta de todas las haciendas de los Terrazas a un capitalista norteamericano que ya tenía el permiso del gobierno para fraccionarlas en pequeños ranchos productivos, interviene para que a un amigo se le regrese su hacienda en Durango, apoya a una comunidad de los acosos de los terratenientes y del gobernador de Chihuahua. Villa se estaba ya convirtiendo en un poder autónomo y en una de sus cartas melosas a Obregón dejó ver claro que si no se accede a sus peticiones “se vendrán de nuevo los balazos” (pág. 354). Katz sostiene que a Villa le ganó el exceso de confianza por esos pequeños triunfos y su total ausencia de autocrítica. Y cuando el gobierno necesita saber con claridad su postura



ante la sucesión presidencial de 1924, tiene lugar la famosa y larga entrevista de Hernández Llergo en Canutillo.

Villa dejaba ver que no solamente aspiraba a una diputación y a la gubernatura de Durango y que “luego ya se vería”, sino que además baladroneaba: “¡Tengo mucho pueblo señor! [...] yo tengo muchos amigos en todas las capas sociales, ricos, pobres, cultos, ignorantes. ¡Uh señor, si yo creo que nadie tiene ahora el partido que tiene Francisco Villa!... Por eso me temen los políticos, me tienen miedo, porque saben que el día que yo me lance a la lucha, ¡uh, señor!... ¡los aplastaría! (pág.356).

Luego para el colmo, una encuesta de opinión de El Universal (desde entonces se acostumbraban) sobre sus preferencias acerca del próximo presidente, lo incluye con la nada despreciable cantidad de 72,854 votos, muy cerca de Plutarco Elías Calles.

Francisco Villa fue asesinado el 20 de Julio de 1923 en una emboscada en Parral. La guarnición militar se encontraba en otro sitio el día del asesinato y días más tarde un diputado de Durango se confesó autor del crimen por lo que “cabén pocas dudas de que el gobierno no sólo estuvo implicado, sino que probablemente organizó el asesinato de Villa” (pág. 380). La acuciosa investigación de Katz, sobre todo en el Buró de Investigación de los Estados Unidos (FBI) concluye que “no es ilógico suponer que un requisito para reconocer el gobierno de Obregón fuera que éste pudiera garantizar la estabilidad de México, y ciertamente los estadounidenses percibían a Villa como una amenaza para dicha estabilidad” (pág. 382).

A pesar de lo académico, a Katz lo jalonea también lo lírico. Dice: “Villa fue enterrado al día siguiente [...] no fue



exactamente el funeral que él hubiera deseado aunque le hubiera complacido el espectáculo de los miles de habitantes de Parral que siguieron su ataúd, conducido por un carruaje tirado por dos caballos negros [...] y hubiera aprobado la identidad del hombre que hizo el discurso final en la ceremonia: el profesor Coello, director de la escuela de Canutillo” (pág. 367).

Y al principio de la obra escribe: “A él le hubiera encantado la escena. A pesar del frío que hacía aquel día ventoso de noviembre de 1923, el gentío colmaba las calles de la vieja ciudad de Parral. Habían oído que los restos de Pancho Villa, enterrados allí, iban a ser trasladados, por decreto presidencial, al Monumento a la Revolución, en la ciudad de México (...) muchos lanzaron el viejo grito de guerra ¡Viva Villa! Aunque casi nadie lo conoció nunca (pág. 15).



## Sin sombra, ni caudillo<sup>1</sup>

"Epopéya y novela,  
las dos objetivaciones  
de la épica grande".

George Lukács

En 1929 Martín Luis Guzmán publicó una novela que reflejaría fielmente y para siempre el sistema político surgido de la Revolución Mexicana. "La Sombra del Caudillo" fue, por mucho tiempo, un texto ignorado y hasta repudiado por la oligarquía surgida de "la primera revolución del siglo XX". La versión cinematográfica permaneció enlatada hasta hace algunos años.

Ningún texto literario ha reflejado tan bien al sistema político que se institucionalizó en 1929 y que ahora manifiesta, con patéticos y deprimentes estertores su agonía, como lo pudimos constatar este primero de septiembre. Un texto revelador que confirma el viejo apotegma de que "árbol que nace torcido...".

La historia que Guzmán nos cuenta es la del "joven Secretario de la Guerra, Ignacio Aguirre", quien poco a poco

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico "Hidrocalido" el 5 de Septiembre de 1999.



se va dejando envolver por los ambiciosos políticos quienes lo consideran un invencible candidato a la presidencia de la República. Aguirre instintivamente se niega a aceptar la candidatura. Su inseparable amigo, Axcaná González, un diputado que sí sabe leer y escribir, amante de los libros (una especie extinguida desde el siglo pasado, *alter ego* del autor y parecido al Ixca Cienfuegos de Carlos Fuentes en “La región más transparente”) lo convence de que lo más conveniente es no aceptar la postulación.

Sin embargo, Aguirre “se iba hundiendo en un estado de imaginación extraña y de voliciones confusas”. Esa voluptuosidad del poder y la imagen de Rosario, su joven amante, contrastan con la sombra trágica del Caudillo, quien ya había elegido a su sucesor (por selección, no por descarte, de acuerdo a las novedosas tesis de Jorge G. Castañeda). Su nombre: Hilario Jiménez, el Ministro de Gobernación; su equivalente histórico: Plutarco Elías Calles o Álvaro Obregón, según sea el juego que con las fechas históricas el autor nos quiere involucrar. En 1923, año de la rebelión delahuertista en que sitúa los acontecimientos o 1927 año de la ejecución de Francisco R. Serrano y sus partidarios en Huitzilac, quienes se opusieron al bloque monolítico de los sonorenses, referente real de la novela.

Confieso que por primera vez escuché completo el informe presidencial de este año de 1999; presentía -iluso de mí- que ahora sí habría reflexiones y planteamientos profundos, ya que la situación del país así lo amerita. Lápiz en mano escuché los desahogos de la oposición, en ese ritual que ya tiene muchos años, “mientras llega el presidente”. No me sorprendieron para nada los reproches directos, sin giros retóricos del Partido del Trabajo sobre los grandes frac-



sos de la tecnocracia en el poder, expresados casi a gritos y en un lenguaje de panfleto cuyo lapidario pronóstico, de que “la carcacha priísta no tiene compostura”, me provocó una leve carcajada.

Tampoco me entusiasmaron para nada los lugares comunes del orador del Partido Acción Nacional sobre los orígenes de su partido, el pensamiento y la acción incorruptible de Manuel Gómez Morín, su fundador, miembro de la Generación de los Siete Sabios. Tal vez ignora o se guarda para sí el orador, a quiénes entregó el partido su legendario fundador, después de que asqueado de la política prefiere volver a sus funciones académicas. Ni siquiera logré desmoldarme cuando utilizó el representante de partido, a quien se le hizo bolas el engrudo o el legajo de hojas, una frase de Octavio Paz sobre la corrupción de la palabra en manos del político.

Tampoco logró impresionarme gran cosa la participación de Pablo Gómez, una de “las leyendas de la izquierda mexicana”, quien es acusado ya de obtener algunos beneficios del poder. Las eternas recurrencias de la osificada izquierda mexicana hicieron presencia como siempre: el lamento por los pobres y los campesinos que se hace desde un cómodo y lucrativo asiento en el Congreso, una deuda con los que nada tienen, que desde luego es achacada al neoliberalismo, cuya economía “crece poco y promueve las desigualdades”. Afirma que el fisco se come toda renta petrolera, hace la crítica a la oligarquía dominante y una alusión directa a los gastos de campaña del ahora presidente, así como a la enorme preocupación por la reforma legal de los procedimientos electorales. Un giro radical de la izquierda mexicana hacia el centro-derecha que nos recuerda las



preocupaciones principales de Madero: primero la reforma política, luego ya veremos, como ha sucedido con las alternancias. El problema estriba en que la Historia ni se repite ni se equivoca.

Pero confieso que de veras sí ronqué cuando un diputado o senador con nombre de artista de televisa, Sami Davis o Daví o algo así, comenzó a disertar sobre el nuevo milenio, los avances de la modernidad, su inconformidad por la ignorancia y la inmadurez para no reconocer todo lo logrado con el incuestionable liderazgo del presidente de la República y sobre lo imposible que es resolver problemas ancestrales que se han venido acumulando desde hace casi 500 años. Mis ronquidos se confundieron con una que otra irreverente carcajada.

Aunque ese monótono discurso me recordó el texto que venimos comentando: los tacos de guacamole, frijoles y barbacoa (sólo uno de cada uno de los acarreados) con que el gobernador del Estado de México coronó la convención a la que acudió su compañero y hermano de mil batallas durante la inmortal gesta revolucionaria: Ignacio Aguirre, un precandidato al que no quería para nada a pesar de haber sido su compañero y amigo, el verdadero dueño de las canicas.

Pero el tiempo apremiaba y el joven general no daba chispa. Emilio Olivier, "el más extraordinario de los agitadores políticos de aquel momento: era líder del Bloque Radical Progresista de la Cámara de Diputados, fundador y jefe de su partido, exalcalde de la ciudad de México, exgobernador y otras muchas prendas más, se desespera, Aguirre no daba color por lo que conociendo su afición a beber y a otras diversiones, lo lleva a la casa de citas más elegante de la ciu-



dad, para que entre los “relaxes” a los que la clase política ha sido tan afecta, suelte prenda y acepte la candidatura. Ni así lo logra. El joven Ministro de la Guerra sabe a lo que le tira; enfrentar a Hilario Jiménez es enfrentar al propio Caudillo. Mejor decide entrevistar a sus supuestos contrincantes (al caudillo y a su candidato), dos entrevistas de las que sólo recibe la frialdad y la determinación de quienes tienen el poder y una decisión tomada ya desde hacía mucho tiempo. Aguirre porfía, ya no le queda de otra, y poco a poco enfrenta, con atávica fatalidad, su inevitable destino.

En el capítulo titulado “El complot” nuestro autor pone la voz en el verdugo del caudillo: “¡Qué le vamos a hacer! Cada dos años, cada tres, cada cuatro, se impone el sacrificio de descabezar a dos o tres docenas de traidores para que la continuidad revolucionaria no se interrumpa”. La consigna de eliminar “a nueve o diez diputadillos discursadores” fracasa de momento. En la Cámara de Diputados se forma un caos, los sicarios del Caudillo no logran su cometido, pero sí asesinan a un destacado militante del partido de los “aguirristas”.

Luego viene la Convención de Toluca, con su hermano Catarino Ibáñez, quien profundamente confundido entre “hilaristas” y “aguirristas” mejor opta por enseñarle sus preciosas vacas al precandidato y a sus acompañantes y cuyo aspecto, dice Guzmán, es “el de tantos otros soldados de la Revolución convertidos, como por magia, en gobernadores o ministros analfabetas”.

Todo ese capítulo de la Convención de Toluca está impregnado de la fina ironía del autor, quien se nota que disfrutó de lo lindo al escribirlo. Las grotescas confusiones entre “hilaristas” y “aguirristas”; el banquete que no recuerda



para nada el de Platón; las vacas del gobernador que ha adquirido con “mucho sacrificio”. Una ironía política que me recordó el “Animal Farm” de George Orwell y los “Relámpagos de agosto” de Jorge Ibarguengoitia.

Mis expectativas mejoraron cuando el actual presidente Zedillo ofrece no una síntesis de su informe, sino “algunas consideraciones”. Entendí que sería un mensaje, una reflexión más o menos a fondo sobre los “grandes problemas nacionales”, como los llamó otro diputado en el siglo pasado.

Pero “el gozo se vino al pozo” cuando el presidente actual se suelta hablando en términos estadísticos sobre los logros educativos del sexenio. Las cifras y los porcentajes me obligaron a pensar que el trabajo en el aula y en la escuela, que es donde deben impactar todas las inversiones y reformas, no ha variado mucho desde hace más de cincuenta años, que todo permanece casi igual, aunque se gasten “veinticinco pesos de cada cien en materia educativa”.

Luego la misma tónica cuando habla de “Solidaridad” o de “Progresía” o como se llame ahora. Se conmueve, lo mismo que los izquierdistas, de “los niños que no pueden concluir su primaria por tener que contribuir al sustento familiar”. Pero ahí está el antídoto infalible de la becas escolares.

Se muestra un poco crítico cuando habla de la inseguridad a la que le achaca errores y descuidos de muchos años, incongruencias jurídicas y la omnipresente corrupción. Luego siguió el clásico elogio a las Fuerzas Armadas y el mecánico aplauso de todos los presentes, de todos, desde que recuerdo en esta ceremonia, “porque donde hay miedo, ni coraje da”.



Las frases sobre la moral, la convivencia y el respeto a los pobres del régimen republicano las podemos encontrar en cualquier manual que trata el tema desde el Siglo de La Ilustración, que es el XVIII. Sólo que mi admirado Bonaparte se las pasó por el arco del triunfo (de París) para ejemplo nunca superado de nuestras autóctonas democracias.

Luego ya no supe de mí, las metafísicas reflexiones y el calor que desprenden estas tierras próximas a convertirse en desierto, me doblegaron, hasta que escuché, con sorpresa, a un presidente del Congreso que decía con voz de político enjundioso: “esta soberanía (o algo así) recibe el documento que dice contener el estado que guarda la Administración Pública Federal” y entonces sí que desperté. Los gritos y los manotazos de los priístas, así como los arañazos y gruñidos de “La Tigresa”, me mantuvieron en vigilia, recordando una vez más a “La sombra del Caudillo”.

A Ignacio Aguirre ya no le quedaba de otra. El Caudillo había dictado su sentencia. Total, así habían llegado al poder Iturbide, Santa Anna, Comonfort, Porfirio Díaz y hasta el mismo Caudillo. Ni modo, el todo por el todo. Su única salida es Toluca, donde el comandante en jefe es “su hermano en las mil batallas de la Revolución” y desde donde todavía hace la última reflexión a sus partidarios: “Nos consta a nosotros que en México el sufragio no existe: existe la disputa violenta de los grupos que ambicionan el poder, apoyados a veces por la simpatía pública. Esa es la verdadera Constitución Mexicana, lo demás, pura farsa”.

Ignacio Aguirre fue ejecutado en algún lugar de la carretera México–Toluca, junto con sus partidarios. Axcaná pudo escapar, (el cronista siempre se salva). Medina Plascencia nunca pudo terminar su ríspido discurso, las turbas



prístas se lo impidieron, pero es casi seguro que su "rating" televisivo ascendió considerablemente y que es necesario que Vicente Fox se cuide, como el Caudillo, de sus propios correligionarios o como Ignacio Aguirre, de sus "hermanos y compañeros de lucha", porque en México y en política, dice el Caudillo frustrado "no hay más guía que el instinto" y "la regla es una sola: en México si no le madruga usted a su contrario, su contrario le madruga a usted".

Adolfo de la Huerta, Fito, como le llamaba Pancho Villa, el posible Aguirre o Caudillo en 1923, terminó enseñando música en San Diego California. Era casi un santo, por lo que es casi imposible que sea el personaje principal de Martín Luis Guzmán. Serrano sí era "crápula", era corrupto y le gustaba el coñac, por lo que es más parecido al héroe de la novela.

Por eso la Literatura es, en muchos casos, superior a la misma Historia, como afirma Alfonso Reyes: "La literatura con asunto histórico puede acertar con una verdad más profunda que los inventarios y calendarios históricos".

Todo lo anterior sin querer aludir a nadie.



## “El gesticulador”, una referencia inevitable<sup>1</sup>

“El presente y lo inmediato no hallan eco sino por semejanzas en el pasado y por indicio del futuro”.

Agustín Yáñez en “Al filo del agua”

Volver a leer “El Gesticulador”, *pieza en tres actos para demagogos*, como lo subtítulo el autor, en estos tiempos de trifulcas electoreras, resulta una verdadera delicia, porque todo cuanto sucede en el presente tiene forzosamente una referencia, casi siempre dolorosa en el pasado, es decir, en la Historia y muchas veces también en la Literatura.

Rodolfo Usigli terminó de escribir esta obra de teatro en 1938, pero seguro de que “los guardianes del espíritu revolucionario” del sexenio de Lázaro Cárdenas la censurarían, no fue ni publicada ni representada en ese momento. En 1943 aparece en tres números de la revista “El Hijo Pródigo” y en 1944 se publicó completa en una edición de “Letras de México”, ya en el sexenio de Ávila Camacho.

Usigli regresa de Francia en 1946, “cuando se inauguraba un régimen fabricante y vendedor de esperanzas al

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocálido” el 24 de octubre de 1999.



por mayor, todas cotizables en la bolsa de valores políticos”, es decir, el sexenio de Miguel Alemán.

Desde luego que la obra chocó con la indiferencia de la burocracia de la cultura que desde entonces nos acosa, ya que “ni el director general del INBA ni sus colaboradores habían leído la pieza, fieles a esa típica práctica mexicana de conservar despectivamente, sin abrir, los libros del coterráneo”.

Cuando por fin se logra presentar, recibe injuriosos calificativos de un naciente régimen que se ve fielmente representado en esa obra. Se dijo que era “un bajo e indignante ataque a la revolución”, que era una traición a “los sagrados principios revolucionarios”. La burocracia cultural, servilmente interpreta el pensamiento del jefe supremo, el Presidente de la República y decretan “la muerte civil del autor” y el retiro de la obra a la segunda semana de representación. Para coronar tan épica labor, el autor recibe una golpiza en la escalinata de Bellas Artes.

Pero ¿por qué digo que es una obra de enorme actualidad? Veamos:

La obra nos narra la historia de un modesto profesor que decide regresar al pueblo donde nació, decepcionado, frustrado y amargado por sus escasos logros como maestro de la Universidad Nacional. Sus dos hijos y su esposa, poco comparten la descabellada idea de vivir el resto de sus vidas en un polvoriento pueblo del norte de México.

Cesar Rubio es “un profesor de universidad con cuatro pesos diarios, que nunca pagan a tiempo, en una universidad en descomposición, en la que nadie enseñaba ni nadie aprendía ya... una universidad sin clases (de aula). Un hijo que pasó seis años en huelgas, quemando cohetes y gritando, sin estudiar nunca”.



El profesor tiene fe en comenzar de nuevo, aún en contra de la ironía y el desprecio de sus hijos. Habrá elecciones para gobernador del estado y conoce al candidato "oficial", como ahora llama Madrazo a Labastida. "Es un bandido, pero es el que tiene mayores posibilidades". Hasta sueña con fundar una universidad y ser el rector. Ante el escepticismo de su familia, César insiste en que "se le ocurrió que podemos salvarnos todos volviendo al pueblo en que nací".

Su confianza es absoluta. "Nadie sabe lo que yo sé de la Revolución" a lo que su hijo le increpa: "Y de qué te ha servido. Hubiera sido mejor que supieras menos de la Revolución como los generales y fueras general".

La llegada, por accidente, de un gringo, cambia radicalmente la vida de la familia Rubio. Oliver Bolton es profesor de Historia en Harvard y viene a México a investigar a personajes interesantes de la Revolución. Primero menciona a Ambrose Bierce de quien César da una muy solvente explicación mediante datos muy precisos y de quien también ya Carlos Fuentes, recientemente galardonado con una medalla que premia no sé qué aspecto metafísico y acosado ahora con las pretensiones intelectuales del Presidente, quien lo ha designado "crítico oficial del sistema", ya nos dio cuenta en su "Gringo Viejo".

Pero sobre todo Bolton quiere investigar sobre "un hombre extraordinario. Un general mexicano joven, el más grande revolucionario que inició la revolución en el norte, que a los veintitrés años era general y que también desapareció una noche..." como Bierce, a quien dicen, incluido Carlos Fuentes, lo fusiló Pancho Villa.

-¿Se refiere a César Rubio?- pregunta el profesor César al profesor Bolton. Luego le da senda cátedra sobre "el



más extraordinario de todos los revolucionarios". Quien "se apartó de la Revolución completamente desilusionado y pobre". Pero, ¿vive? cuestiona Bolton y... ¿dónde está?

"Suponga usted que escogió una profesión humilde, oscura [...] llevar la Revolución al terreno mental, pedagógico [...] que ha sido olvidado, traicionado y que ve que la Revolución se ha vuelto mentira, un negocio. ¿Qué quiere usted decir? Ser en apariencia un hombre cualquiera... un hombre como usted y como yo... un profesor de historia de la Revolución, por ejemplo".

Luego el profesor César Rubio le vendió documentos originales a Bolton y se va convencido de haber encontrado al general César Rubio, quien le pide ingenuamente, que guarde el secreto.

La transformación del profesor en general es inevitable. Si todo mundo vive de apariencias, de gestos y de máscaras ¿por qué él no? "Los que llevan águila de general sin haber estado nunca en una batalla, los que se dicen amigos del pueblo y lo roban, los demagogos que agitan a los obreros y los llaman camaradas sin haber trabajado nunca, los profesores que no enseñan, los estudiantes que no estudian. Ellos sí hacen daño y viven de sus mentiras".

¿Será porque en México todo mundo vive atrás de una máscara, o "a medio tono"?, como explicaba hace casi cien años Pedro Henríquez Ureña a sus discípulos del Ateneo de la Juventud: a media riqueza, a media democracia, a media cultura, a media autenticidad. Tesis que después argumentarían ampliamente Samuel Ramos en "El perfil del hombre y la cultura en México" (1934) y Octavio Paz en "El Laberinto de la Soledad" (1950).



Es una necesidad de afianzarse en este mundo, aunque la máscara ha tomado diferentes representaciones y a veces se confunde con el rostro mismo de quien la porta: el teléfono celular, la tarjeta de presentación, la corbata, la Suburban, el desayuno en Sanborns, el abrazo efusivo del político fiel a la clase a que pertenece, la reunión de cuates ilustrados o ya de perdido bohemios, el viaje a Disneylandia, y si se pudiera a Europa, cuando menos una vez en la vida, el colegio en el extranjero, etc., etc...

Pero volvamos a la realidad, o sea a la literatura, o sea al destino del profesor Cesar Rubio.

Resulta que el tal Bolton, faltando a su promesa, como buen norteamericano, publica una serie de artículos en el New York Times acerca de su importante descubrimiento: "algo que transformará de raíz la historia de México". Entonces "Las fuerzas vivas" no se dejan esperar. Saben que ahí puede estar el futuro de México, o el propio, que es más inmediato: Epigmenio el presidente municipal, el licenciado Estrella delegado del partido de la región, Salinas y Garza Treviño (apellidos muy norteños, pero uno de muy triste memoria) quienes son diputados locales. Todos ellos hablan siempre un mismo lenguaje que hasta la fecha se conserva: "a nombre del señor Presidente quien se encuentra profundamente interesado en este extraordinario acontecimiento". Luego se refiere a los altos intereses de la Patria, al futuro de México, al fin de milenio, a la "aldea global". En fin, a todos los lugares comunes que se dicen cuando se tiene una alta encomienda en nombre de la Patria.

"Compañero diputado, me permito recordarle que tengo la representación del Partido para tratar de este asunto [...] El señor Presidente de la República y el Partido Revolu-



cionario de la Nación me han instruido para que investigue las revelaciones del profesor Bolton y establezca la identidad del informe". Discuten entre ellos, entrevistando sus futuras posiciones en el gabinete.

Pero el peso de la realidad es inevitable. El general Navarro es el "candidato oficial" y se presenta con toda la brutalidad encima. "¿Dónde está el maestrillo ese? No sé cómo has tenido el descaro... el valor de meterte en esa farsa ... Tú no conoces de política, César. Esto no es la Universidad de México. Aquí rompemos algo más que vidrios y quemamos algo más que cohetes". El general Rubio ni se inmuta. Le saca todos los trapos al sol que se sabe de memoria: "eres tan poco general como yo o como cualquiera. César Rubio te hizo teniente porque sabías robar caballos... y el viejo caudillo, ya sabes cuál, te hizo general porque ayudaste a matar a todos los católicos que aprehendían... no sólo eso. Le conseguías mujeres. Ésa es tu hoja de servicios".

"Todas las noches te tomabas una botella de coñac para poder matar personalmente a los detenidos... y si nada más hubiera sido coñac [...] Pueda que yo no sea el gran César Rubio. Pero ¿Quién eres tú? ¿Quién es cada uno en México? Dondequiera se encuentran impostores, simuladores, asesinos disfrazados de héroes, burgueses disfrazados de diputados (ahora hasta ministros de algún culto), ministros disfrazados de sabios, caciques disfrazados de demócratas (...) charlatanes disfrazados de licenciados, demagogos disfrazados de hombres ¿quién les pide cuentas? Todos son unos simuladores hipócritas (...) Sé que puedo hacer bien a mi país impidiendo que lo gobiernen los ladrones y los asesinos como tú... que tengo en un solo día más idea de gobierno que tú en toda tu vida. Tú y los tuyos están probados



ya y no sirven... están podridos; no sirven para nada más que fomentar la vergüenza y la hipocresía en México”.

Luego le demuestra con datos muy precisos que él es el asesino del general Cesar Rubio. “Se tomó una botella de coñac para que no le temblara el pulso [...] dejaste ciego al asistente Canales... está vivo, yo sé dónde está. Por ese crimen te hicieron coronel. (...) ¿Qué dijiste? Le daré un susto primero y un hueso después. Porque no lo niegues: venías a ofrecerme la Universidad regional: yo siento no poder ofrecértela a ti, que no sabes ni escribir ni sumar. Ahora vamos a los plebiscitos pase lo que pase”.

Navarro, tembloroso, desencajado, todavía alcanza a balbucear: “puede costarte la vida...pero estás a tiempo... hasta para la Universidad, mira. Podemos arreglarnos. Déjame pasar esta vez...después gobernarás tú”.

Pero esta vez no hubo acuerdo, ni concertaciones como se dice ahora, ni reparto de utilidades, ni siquiera se pudo repartir equitativamente el asco de la gente, por lo que una vez más el crimen político era inevitable.

\*\*\*

Los diálogos que siguen son los apropiados para una puesta en escena, pero son impresionantes; “por qué habrías de arriesgar tu vida por una mentira... es que ya no es mentira... ya me he vuelto verdadero...haré todo lo él hubiera podido hacer... estoy viviendo como había soñado siempre... no haré más daño que otro... siento que el muerto no es César Rubio, sino yo, el que era yo... Todo aquel lastre... aquella inercia, aquel fracasado que era yo”. (La abraza y la besa y se cala el sombrero como quien empuña con firmeza un celular).



Luego, como siempre, la voz discordante a la que nada le gusta en este mundo: “cuando regrese empezaré a dejar de vivir... se lo oí decir a otro enemigo de mi padre... al peor, a él mismo. Tu padre no perjudica a nadie. El otro hombre ha muerto y él puede hacer mucho bien en su nombre. Es honrado. No, no es honrado y eso es lo que me lastima. En la miseria yo le hubiera ayudado... primero contra la mediocridad. Toda mi infancia gastada, gastada en mantener una apariencia... luego en la Universidad, mientras él defendía el cascarón, la mentira... ha llegado a representar a la perfección las mentiras que odio... nunca podré ya oír el nombre de César Rubio sin enrojecer de vergüenza”.

Mientras tanto, el general y profesor César Rubio es asesinado en un acto de campaña. Guzmán informa: “Zapenas acabábamos de llegar, el general iba a sentarse cuando... en el corazón. ¿Dice usted que mataron al hombre que disparó? El pueblo lo hizo pedazos señora”.

Más tarde Navarro, el maloso se presenta a dar el pésame: “señora permítame presentarle mis condolencias más sinceras. Su marido ha sido víctima de un cobarde asesinato. El asesino de César Rubio fue un fanático católico, en su cuerpo se encontró un crucifijo y varios escapularios. Váyase usted general Navarro. No sé cómo se atreve a presentarse aquí, después de...” Luego un tumulto creciente afuera. La voz de Navarro: “César Rubio ha caído a manos de la reacción en defensa de los ideales revolucionarios. Yo lo admiraba. Iba a declinar a su favor. Pero si soy electo, haré de la memoria de César Rubio, mártir de la revolución, víctima de la conspiración de los fanáticos y de los reaccionarios, la más venerada de todas, la capital del estado llevará su nombre, le levantaremos una universidad, un monumento



que le recuerde a las futuras generaciones...” Un clamor de aprobación.

Luego voces que se alejan gritando: ¡Viva Navarro!

\*\*\*

Hasta aquí la historia que os relato escrita hace sesenta años, pero le encontré tanta semejanza con lo que vivimos en estos tiempos milenarios que no me resistí a compartirla con vosotros, mis muy escasos y a veces irritados lectores a quienes les recuerdo lo escrito por el “Pensador mexicano” hace casi doscientos años: “pero no por esto juzgue ninguno que yo lo retrato, hagan cuenta enhorabuena que no ha pasado nada de cuanto digo, y que todo es ficción de mi fantasía; yo les perdonaré de buena gana que duden de mi verdad, con tal que no me calumnien de un satírico mordaz”.



## Tres mil investigadores educativos en Aguascalientes<sup>1</sup>

"Por lo pronto soy extraño al lenguaje que aquí se habla".

(Sócrates ante el tribunal que lo condenó a muerte)

Nuestra en otro tiempo pacífica villa, se saturó recientemente de investigadores (de la educación). ¡Imagínese usted! Casi tres mil investigadores educativos reunidos. Era pa' que ya ni nos preocupáramos de esa observación que tenían por la educación los pensadores de la Ilustración francesa y los próceres del inimitable siglo XIX mexicano (Mora, Gómez Farías, Ramírez, Altamirano, Sierra, etc.)

Aclaro que el término "investigadores" lo utilizo genéricamente ya que el más del 90% de los asistentes éramos simplemente aficionados, quienes nunca hemos hecho una investigación educativa en nuestra vida, también hubo "investigadores coyunturales" como definieron los expertos a quienes a veces y casi por obligación, intentan medio de investigar, así como los infaltables "cacha constancias", quie-

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico "Hidrocalido" el 7 de noviembre de 1999.



nes son verdadera plaga en cuanto evento académico se presenta.

[...]

Sin pensarlo demasiado, me dispuse a atestiguar tan extraordinario acontecimiento, algo nunca visto en estas “tierras flacas”, del que ya la Coordinadora Estatal nos había advertido a los autóctonos y neófitos en la materia que “dejemos de ver a la investigación como una situación de flojera o relacionada con la policía”.

Asimilada la advertencia, grabadora y libreta en mano me apersoné en el casi lleno teatro principal de la ciudad. En principio me llamaron la atención los morrales rojos, algo ridículos para mi gusto, con los que fueron dotados los participantes. Un accesorio que ya nada tiene que ver con los “dinosáuricos” portafolios de los burócratas. Faltaba más. Ésta es una clase intelectual, de atuendo diferente, ajena del todo a los usos y costumbres de los “servidores públicos” y de los políticos, a los que más bien hay que regañar y asesorar, y si se dejan, manipularlos de vez en cuando.

Después de quince minutos de espera, “la raza investigadora” se impacientó y comenzaron la rechifla y los aplausos tan acostumbrados en los eventos de “los nacos” para que iniciara ya tan trascendental evento.

Las letras que ornamentaban “el presidium” estaban tan mal hechas que apenas combinaban con lo desairado del mismo.

Ni el gobernador del Estado, ni el secretario de educación hicieron acto de presencia. ¿Pensarían que verdaderamente se trataba de una reunión de investigadores policíacos, como declaró la Coordinadora?

Por lo pronto, los tres “discursantes” de la ceremonia nos recetaron largas y monótonas disertaciones inaugura-



les, en las que no faltó ninguno de los lugares comunes que se citan en eventos intrascendentes, políticos, como los logros alcanzados, las enormes expectativas del evento, los años de trabajo compartido, la trascendencia de la labor solidaria, etc., etc.

Una de las principales muestras del fracaso educativo en nuestros países herederos de la burocracia española, ha sido precisamente ésta, la enorme dificultad para ir al grano, para ser concretos, precisos, para no ser tan barrocos; esa imposibilidad que ocurre en todos lados para poder distinguir lo verdaderamente importante de los intrascendente.

Tampoco faltó a los oradores citar uno por uno a los integrantes del "presidium", a los representantes de los representantes, y desde luego, tampoco faltó ese tono político que ni siquiera en los eventos académicos se ha podido evitar. Ni modo, es la tradición ceremonial de nuestros antepasados. Sobre todo en la izquierda aborígen, esa "diarrea verbal" es verdaderamente incontenible. Eso me lo confirmó Pablo Gómez del PRD y un discípulo del "Mosh", a quienes un entrevistador "barbicano" hace unos días no encontraba el modo de callarlos.

Una frase interesante logré captar entre tanto discurso intrascendente (debería legislarse, sugiero, para que solamente hubiera un orador por evento). Alguien dijo, no recuerdo quién: "Todos tenemos que volver la mirada a las escuelas". Ese ente abstracto al que ni la legislación, ni la administración, ni la política, ni nadie ha hecho el menor caso. Todos sabemos que el Sistema Educativo Mexicano funciona como si la escuela no existiera. Afortunadamente no se mencionó por ahora ni el tercer milenio, ni la aldea global, ni los retos del futuro, aspectos tan socorridos en cualquier discurso milenario.



Un hecho insólito en la ceremonia (eso, ceremonia) fue que la Coordinadora Estatal no habló, algo por demás inusual, sería porque en esta ocasión no contó con los interlocutores precisos, lo que a todas luces esperaba.

Por lo tanto, me dispuse, con dolor de mi corazón y mi bolsillo, a pagar la apuesta hecha entre un grupo de expectantes colegas que aseguraron lo contrario. Ni modo, reglas de honor o de juego o algo así, dice la sentencia.

[...]

Ya en serio...

La conferencia magistral de inauguración estuvo a cargo de Fernando Reimers, investigador venezolano de la Universidad de Harvard, quien después de endilgarnos un tedioso discurso, no en "lectura rápida" de más de dos horas, nos habló de "las oportunidades educativas de los pobres" en América Latina.

Confieso que solamente pude captar, pese a mi paciente y esforzada concentración, algunos conceptos interesantes:

-América Latina es "la región" donde más injustamente se distribuye la riqueza, un liderazgo que supera también a las regiones pobres de África y Asia. México, junto con Brasil y Chile, son los países latinoamericanos en los que más claramente se distingue "la brecha educativa entre "los pobres" y los "no pobres".

Me desconcentré, aunque prometí hablar en serio, la manera en que muchos investigadores manipulaban sus grabadoras, los celulares y sus tarjetas de presentación. Mientras el conferencista magistral se refería a "los pobres". Un concepto que sonaba ajeno, lejano, en tan cómodo y elegante recinto. Muchos congresos que hablan de la pobreza



y la marginación en México, suelen realizarse en los principales centros turísticos entre “cocktails” y “shows” de lujo, aunque usted no lo crea.

Mientras tanto, el ponente magistral nos atiborraba de cifras, sobre unos supuestos “quintales” y porcentajes de los porcentajes que nunca entendí. Tal vez, porque no soy muy investigador que digamos (“colega” o “par” como a cada rato nos repetían los expertos).

Nuevamente en serio. El magistral sí dijo dos o tres interesantes cosas respecto a nuestra realidad educativa:

-Las subculturas de los “pobres” y de “no pobres” son dos cosmovisiones distintas, como del cielo a la tierra: “hay dos países distintos en cada país desde el punto de vista educativo”. Dos maneras distintas de educar a los autóctonos latinoamericanos. (¿Será?)

La ONU dijo hace cincuenta años que la educación es uno de los derechos humanos fundamentales y hasta recomendó un cierto porcentaje del Producto Interno Bruto para su cumplimiento, al que seguido citan los aspirantes a intelectuales y “críticos” del sistema. Pero, ¿por qué no se ha cumplido cabalmente con tan importante mandato? Porque cumplir con tan universal tarea, según el ponente magistral, implica cuando menos tres problemas de fondo:

-Primero: Para resolver el problema educativo de “los pobres” implica necesariamente una revisión a fondo de la situación de “los no pobres” y ahí sí que está de la ingada, como afirma el filósofo Catón (el de Saltillo). Es decir, no se trata de dádivas, ni de repartir los saldos del progreso en el sentido católico de la caridad, sino de la búsqueda de una equidad en serio y ésta no necesariamente educativa.



-Segundo: El financiamiento para atender el rezago educativo forzosamente proviene de la deuda externa, la que tendrá que ser pagada después por los “beneficiarios” de tan evangelizadora y lucrativa tarea, desde el punto de vista político, de los gobiernos latinoamericanos.

-Tercero: El problema no es ya de recursos económicos, sino de la manera en que éstos han sido y se están utilizando en los gobiernos modernizadores. Un análisis verdaderamente objetivo al respecto nos arrojaría muchas sorpresas.

El ponente magistral concluyó en que hoy en día nadie duda de las bondades de la educación y que por lo tanto ya se observa un acceso universal a la educación básica: ya hay más escuelas, más maestros, y hasta computadoras en algunos casos. El problema de la equidad está casi superado en cuanto a acceso se refiere.

Pero en seguida, el ponente magistral da al traste con nuestro optimismo: la mecánica de las desigualdades se ha recorrido hacia arriba, a la educación media y a la superior, en donde la brecha de las oportunidades de acceso y permanencia, se agudizan entre “los pobres” y los “no pobres”, además, y lo que es más grave, un gran porcentaje de todos “los accesados” originalmente a la educación básica se van quedando en el camino. A este respecto las cifras son escalofriantes. Por tal motivo, ningún gobierno puede soltar las campanas al vuelo, ni presumir de ser vanguardia educativa, si antes no se resuelve el problema fundamental que desde el siglo pasado está claramente planteado: la educación universal, sin exclusivismos de ningún tipo. La calidad por lo tanto, seguirá durmiendo el sueño de los justos, una agenda bien pendiente y oculta.



Ya más "light", también el ponente afirmó que en las escuelas privadas se han obtenido hasta ahora mejores niveles de aprovechamiento, lo que no necesariamente implica la aplicación de prácticas pedagógicas superiores. Obvio, son más bien otros factores "del entorno" los que producen estos resultados.

En concreto: el círculo vicioso de "a mayor pobreza, menores oportunidades educativas y a menor escolaridad mayor pobreza" es un dilema que es hoy insalvable y por muchos años más por los doscientos millones de "pobres" en América Latina.

Es cuanto pude comprender, después de tres horas de investigadora paciencia de esa magistral ponencia, que según los más observadores, estaba contenida entre "sesenta y setenta cuartillas". Un frío y estadístico análisis "Harvardiano" al que nos hemos estado acostumbrando en los últimos veinte años.

[...]

Una de las mesas más concurridas fue la coordinada por Justa Ezpeleta y Sylvia Schmelkes en la que se trató un tema central del sistema educativo: el impacto de la "descentralización o federalización educativa" como la llaman algunos. (Es decir, cuando el elefantote rumiento al que se refería Reyes Heróles dio a luz a los treinta y un robustos y rozagantes elefantitos).

La conclusión de los investigadores fue terminante: no se percibe aún en ninguna entidad federativa un impacto relevante en el que se manifiesten cambios de fondo en la práctica educativa y en la gestión escolar desde que fue firmado por todos los gobernadores el Acuerdo Nacional para la Modernización Educativa hace siete años.



También fue una constante la afirmación de que el sindicato de maestros no se ha caracterizado por colaborar para proponer e impulsar reformas educativas verdaderamente importantes, sino todo lo contrario.

Llamó mucho la atención la presencia de algunos directores generales de educación en sus estados quienes escuchaban pacientemente, sentados en el piso, los duros cuestionamientos de los investigadores.

[...]

En una interesante sesión organizada por el CONAFE, Pablo Latapí (el abuelo de los investigadores como lo bautizó la Coordinadora Estatal) fue verdaderamente crítico, confieso que en contra de mis expectativas.

Afirmó que “la ineficiencia del sistema educativo pretende hacer funcionar lo que no funciona”, que es un sistema burocratizado, que sólo produce marginados, excluidos de la educación, tanto en las zonas rurales como en las barriadas de las grandes ciudades. Dijo también que a muchos investigadores les sienta bien el gusto por la disidencia y la heterodoxia a quienes “el sistema tolera, no porque le gusten, sino porque los sabe necesarios”.

Sostuvo que el conocimiento producido por la investigación educativa y las decisiones políticas no han podido encontrarse en ninguna parte y que cualquier proyecto de educación comunitaria necesariamente marcha en contra de la modernidad y la globalización, así como de burócratas simplistas y de “junios modernizadores”, (aplausos y risas de los concurrentes).

Uno de los eventos más interesantes fue sin duda la conferencia de Guy Brousseau, que es considerado hoy como el más grande investigador del proceso didáctico en



la matemática, quien sostiene que la enseñanza debe hacerse con las herramientas de la ciencia y no las de la intuición, la imaginación o la charlatanería. Que la investigación y la enseñanza son dos disciplinas y procesos diferentes que requieren de una especialización en cada campo y que la idea del docente investigador es sólo un mito.

Estas ideas fundamentan el nuevo plan de estudios para la formación de maestros en México, después de constatar que la investigación como metodología se volvió solamente un discurso aprendido de memoria, pero nunca aplicado en la práctica.

[...]

A algunos nos extrañó la ausencia de investigadores de dimensión nacional e internacional como Emilia Ferreiro, María de Ibarrola y otros que nunca vimos. También nos extrañó la participación tan discreta y marginada de algunos investigadores de verdadero renombre como Eduardo Weiss, presidente fundador del COMIE (Consejo Mexicano de Investigación Educativa) quien no participó como ponente y andaba pidiendo "aventón" en el estacionamiento del lugar del evento inaugural.

También fue notoria la participación sólo como ponente, como los otros trescientos y pico, de Elsie Rockwell, quien con todo y sus altas prendas académicas, se paseaba sin tener atención especial de nadie (será porque no la necesitaba) por los verdes campos de la UAA. Esta investigadora participó en uno de los salones comunes y corrientes, no en un aula isóptica como la mesa anteriormente mencionada, pero que sin embargo se atiborró de participantes que nunca cupieron y por las ventanas solamente pudieron escuchar su magistral ponencia. De las mejores del congreso, incluidas las magistrales.



No sé, como que estos detalles me hicieron pensar también en esas dimensiones en que la inmortalidad campea y a la que los mortales nunca llegan, existen también grupos, grupillos y grupúsculos que se disputan el poder (aunque suene raro, vaya que existen). ¿Será que también se da en esos cenáculos la “grilla”, esa despreciable actividad que hacen más de diez millones de “profes” y que muchos de ellos tanto menosprecian). Quién sabe, es sólo una hipótesis que valdría la pena comprobar.

A propósito, la participación de los investigadores hidrocálidos como ponentes fue verdaderamente raquítica, creo que no llegó a diez, entre los que se colaron, según tengo entendido hasta hoy, solamente dos profes normalistas.

Lo que si me quedó muy claro es que hay dos tipos de investigadores. Los que gustan de las cámaras, las declaraciones, los aplausos, los protagonismos pues y ¿por qué no? hasta del poder, o por lo menos compartirlo con los políticos. Y los otros, los que prefieren realizar discretamente su trabajo, sin aspavientos (“soflamerías” dicen mis colegas), con una modestia que los engrandece, aunque muy pocos los valoren.

Aunque ese entre híbrido y anfibio del político-investigador, muy pocas veces sobrevive y puede sostenerse en una postura respetable en nuestras susceptibles comunidades. Los dos directores generales de la SEP que presentaron ponencias fueron fácilmente vapuleados por los expertos. Es muy difícil sostener posturas teóricas desde posiciones de poder. Por eso es tan rara la permanencia de Olac Fuentes en la Subsecretaría de Educación Básica y Normal.

[...]

La conferencia magistral de clausura fue francamente decepcionante. Estuvo a cargo de Sylvia Schmelkes,



quien debió haber llegado agotada después de que unas horas antes había dictado otra conferencia, de haber coordinado varias mesas y presentaciones de libros. Sin lugar a duda que fue “la estrella” del congreso, esperamos que haya sido sin intención alguna de alguien en especial.

Quienes asistimos con mucha expectativa a la conferencia nos fuimos para atrás al detectar que el tono del discurso ya no era académico sino político. La magistral se refirió a “el mejor congreso nunca visto”. Luego hizo una larga relación de los valores que un investigador debe poseer, con lo cual estamos totalmente de acuerdo: humildad, curiosidad, respeto, honestidad, objetividad, justicia, libertad, además de capacidad para compartir, dialogar, abrirse a la crítica (lo que me tranquiliza enormemente). Una impecable lista, que ojalá todos los asistentes y aspirantes a investigadores la tengan siempre en la memoria.

Aunque luego afirmó que al investigador no le son ajenos los acontecimientos de “la polis” y que se involucran en ella, porque la “neutralidad” del investigador es sólo un mito.

Aquí es donde resultaría interesante saber a detalle cuánto le ha costado al Instituto de Educación y a la Universidad Autónoma tan “ilustres contactos”.

Luego dedicó un buen rato a exaltar la figura de Pablo Latapí “el abuelo de los investigadores” quien, según se dijo, acababa de presenciar el nacimiento de una nueva generación de profesionales en este escabroso terreno. Terminó la ponente magistral con una enorme lista de agradecimientos y reconocimientos al por mayor, como lo hacen los políticos. En fin, gajes del oficio.



Pero para mi tranquilidad y recuperación de mi buen humor, la coordinadora estatal no resistió la tentación y nos obsequió con un emotivo discurso, ante un presidium desierto, en el que solamente las botellas de “Electropura” figuraban, también repartió agradecimientos y reconocimientos al por mayor, a un montón de instituciones locales que francamente brillaron por su ausencia durante todo el evento.

No importa, tan extraordinario acontecimiento (al menos para mí) me liberó de pagar una apuesta a mis escépticos colegas.



## Los amores de mi General<sup>1</sup>

"El novelista no es ni un historiador ni un profeta:  
es un explorador de la existencia"

Milán Kundera (El arte de la novela)

Hasta hace algunos días estaba convencido de que ya nadie se atrevería a escribir algo más sobre Pancho Villa. El acucioso trabajo de Friedrich Katz sobre el célebre caudillo desanima a cualquiera (Edit. Era, 1998).

Por eso sorprende que Rosa Helia Villa se arriesgara a novelar una de las facetas más conocidas y celebradas del general: sus mujeres, en un libro recién publicado al que tituló "Itinerario de una pasión. Los amores de mi general" (Plaza & Janés, 1999).

Es difícil escribir algo nuevo y diferente sobre el más famoso guerrillero mexicano. La historiografía villista está plagada de nombres célebres: Martín Luis Guzmán, Rafael F. Muñoz, John Reed, Nelly Campobello y sobre todo, ese deslumbrante texto al que me atreví a llamar: "El Pancho Villa casi definitivo de Friedrich Katz" (Hidrocálido 13 jun. 1999).

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico "Hidrocálido" el 26 de marzo de 2000.



Aunque presentí que este nuevo producto del “marketing” editorial poco aportaría, no quise quedarme con la duda y me dispuse a leerlo. Confieso que no encontré nada digno de destacar, ni desde el punto de vista histórico, ni mucho menos desde el punto de vista literario, aunque algunas aseveraciones quedan como interesantes pistas para investigar.

De entrada, el título y el subtítulo de esta biografía sentimental son francamente desafortunados. El segundo es propio del cine mexicano de los cuarenta y el primero es sinceramente cursi.

La autora, por cierto, nieta del famoso general, muestra una parcialidad absoluta hacia su personaje central. Hace una apología tediosa e innecesaria de sus virtudes personales y revolucionarias. Una práctica que ya está deserrada desde hace mucho tiempo de las nuevas novelas históricas.

Fernando del Paso, Carlos Fuentes, Enrique Serna, Ignacio Solares y Brianda Domecq, por ejemplo, han utilizado recursos narrativos más novedosos. Se trata más bien ahora de perfilar la verdadera condición humana y la vida plena, en todas sus facetas, de los personajes históricos, con todos sus aciertos y desaciertos, sus virtudes y defectos.

El recurso literario utilizado en este caso es simple, por no decir simplón. Tres de las viudas del general: Luz Corral, Austreberta Rentería y Manuela Casas, merced a un aromático té, de pétalos de una rara flor que produce un estado soporífero, durante la noche del velorio de su famoso marido, se sumergen en un aletargamiento que las lleva a recordar su relación con Pancho Villa.

Eso es todo. No utiliza otros recursos que le den más vigor y actualidad al texto. El discurso narrativo es plano,



monótono y carente de tensiones y contrastes. El ritmo y la armonía, condiciones indispensables de una buena novela brillan por su ausencia.

La utilización de notas de pie de página es de mal gusto en una novela (sólo a Borges se le disculpa); a los epígrafes (lugares privilegiados del texto) no les encontré sentido, disculpada sea mi ignorancia. Nunca supe qué tenían que ver los poemas de Jaime Sabines y de López Velarde con “los amores de mi general”.

Yo espero, como “villófilo” empedernido, que no se haya pretendido lucrar solamente con el parentesco y la imagen de mi general, aunque el prólogo, desangelado y hecho de mala gana, de Friedrich Katz, así me lo hace sospechar.

[...]

El recuento de los célebres amores se narra a través del recuerdo aturdido por el té ofrecido a Luz Corral “la mera mera patrona y si me lo permiten, pos la esposa verdadera”, dice Luisito, el fiel secretario de Villa hasta el resquebrajamiento de la División del Norte en 1915, quien utiliza un lenguaje francamente inverosímil. Luis Aguirre Benavides fue un personaje culto y, además, para esa memorable fecha, ya hacía varios años que había abandonado al general, como lo señala en el prólogo el escéptico Friedrich Katz.

El recuento de los nombres femeninos se hace en la novela mediante otro recurso burdo e ingenuo a la vez: con una vieja libreta que se sacó del bolsillo, Luisito ilustra a sus oyentes de esa noche sobre la famosa nómina (porque a todas había que mandarles “chivo”) aunque según él, no es tan larga como se cree: “la lista de mi general Obregón por ahí le anda parejeando, sólo que, como les digo, su vida es



muy poco interesante, los tiranos a nadie le interesan. La de Carranza habría que buscarla en la prehistoria". Señaló con erudita voz.

Luego dio inicio a su exposición: dos mujeres y dos hijos antes de contraer matrimonio con Luz Corral, la que ha sido considerada la esposa legítima, aunque eso habría que verlo. El matrimonio civil se realizó en 1915, cuando no había un gobierno legal establecido, cuando andaban de la greña carrancistas, convencionistas o sea villistas, zapatistas y demás, por lo que las autoridades locales no contaban en ese momento con el reconocimiento oficial correspondiente.

Además, había contraído matrimonio civil desde 1913 con Guadalupe Coss, Piedad Nevárez y Juana Torres. Recordemos que Villa invariablemente se casaba al civil, "para poner el buen ejemplo a sus muchachitos". Siempre los amonestaba para que no secuestraran ni violaran mujeres en las plazas conquistadas.

Guadalupe Coss fue ganada en una partida de conquián a su padre, por el ya famoso coronel Villa; los casó el mero obispo de Chihuahua y su madre se volvió loca de vergüenza y abandonó la religión católica; Juana Torres fue la esposa a quien le encarceló a su madre y a su hermana por haber robado los fondos de la División del Norte y a quien obligó a leerle la carta que había escrito, llena de ofensas hacia su marido; Piedad Nevárez, una guapa amazona, moderna e inteligente, a quien Victoriano Huerta le echó el ojo, aunque ella ya se lo había echado a Villa. Por eso lo de aquel fusilamiento frustrado en Jiménez, afirma la autora en voz de uno de sus personajes.

La autora sostiene que todas las mujeres de Villa lo buscaron, lo acosaron, hasta que no le quedó otro remedio



que sacrificarse. Pancho era permanentemente asediado por las féminas pero eran más grandes sus ideales revolucionarios, por eso Luz Corral llegó a decir: “las mujeres no somos importantes en su vida. Había legiones de ofrecidas que pululaban a su alrededor”.

[...]

Luz Corral recuerda, adormilada, que tuvo que refugiarse en Cuba durante los años del acoso carrancista a su marido en Chihuahua (1915–1920). Pero cuando regresó ya lo encontró en Canutillo, la hacienda que el gobierno le regaló para pacificarlo, a donde el incansable enamorado llevó una nueva patrona: Austreberta Rentería, la que durante mucho tiempo fuera costurera, parte de la servidumbre al mando de la dueña de la Quinta Luz.

“La Güera salió para siempre de Canutillo y de la vida de su señor. [...] Se fue porque no estaba dispuesta a vivir bajo el mismo techo con la inesperada rival, cuya presencia le dio muy mala espina en cuanto Villa le dijo: Aquí le traigo esta muchacha para que le ayude con las costuras. Austreberta supo en ese momento que tenía ya la situación controlada; con el pie adentro, era cosa nomás que la Güera reventara. Y reventó”.

Manuela Casas fue “la mujer que amó a Villa más que ninguna otra, porque nada le había pedido y nada esperó de él que no fuera su amor, que ya había sido suyo...”. Cuando Villa se sentía “hasta la coronilla” con sus dos mujeres en Canutillo, se refugiaba en Parral con Manuela, a quien le regaló el hotel Hidalgo, que le habían regalado a él los mineros del lugar por defenderlos de los “carranclanes”.

Soledad Seañez fue la más culta, era profesora y Villa la acosaba con preguntas sobre Picasso y el impresionismo,



nombres que había escuchado de su amigo Elder Joseph Durrant, el jerarca mormón de la Colonia Dublán. Soledad le leía rimas de Bécquer, poemas de Rubén Darío y San Juan de la Cruz, de quien Villa exclamó azorado: “¡Ah que místicos estos, tan pasionales y cachondos!” Soledad se fue a Estados Unidos a tener su hijo y años después se instaló en una casa cercana a Canutillo.

La lista de la libreta de Luisito seguía arrojando nombres: Esther Cardona: nunca se casaron, tuvo hijos gemelos; Asunción Villaescusa: mató a su marido por conspirar contra los villistas; Guadalupe Coss: abuela de la autora; Librada Peña a quien conoció en la colonia mormona, cerca de Casas Grandes, donde Villa se protegió de sus perseguidores durante dos años y donde escuchó de su amigo, el jerarca mayor, un hombre de amplia cultura, que “no siempre debía considerarse un crimen, un pecado, o un delito tener más de una mujer [...] El matrimonio múltiple como inaplazable necesidad de proteger a las mujeres de la comunidad, pero se requiere de la actitud responsable del hombre que proteja a la mujer y la respete, que le de su nombre, así como a los hijos que procreen y provea de casa y sustento a la familia”.

“¿Cómo la ve compadre?” Cuestionaba a Tomás Urbina, su viejo compañero de correrías en la etapa de bandidos. “Así que eso se vale...” se repetía una y otra vez el sorprendido Pancho Villa.

Luisito tomó un respiro y luego continuó: María Dominga Barraza quien murió misteriosamente por no querer entregar a su hijo a los Dorados para llevarlo a Canutillo; Francisca Carrillo, nunca más se supo de ella y de su hijo; María Issac Reyes, sin pena ni gloria; Cristina Vázquez, *idem*.



La lista queda ahí sin ninguna trascendencia histórica, únicamente como anécdota útil, solamente para el esparcimiento del imaginario popular.

Luego la muerte del general provocó todo un enredo de intereses sobre la considerable fortuna que Villa dejó. “La guerra de las viudas” tuvo que solventarla el mismo presidente Obregón, según la meticulosa investigación que ocupa todo un capítulo de la obra de Friedrich Katz.

[...]

La apología que se hace en la novela de la figura de Francisco Villa durante la noche de su velorio, además de absurda, desde el punto de vista histórico, es inverosímil y está plagada de elogios innecesarios, los que la sólida e indiscutible personalidad ya consagrada de Francisco Villa, no necesita para nada: Luisito hablando como campesino, un coronel villista hablando como historiador y repitiendo los lugares comunes ya cientos de veces repetidos sobre el villismo, un hijo adoptivo del general expresando frases artificiosas que no convencen para nada al lector...

El autor de una buena novela debe ser capaz de crear un “lenguaje verosímil”, aunque el tema que trate sea ficticio o real, es decir, debe convencer al lector, involucrarlo realmente en el mundo de la realidad y el de los sueños. Debe tener la maestría suficiente para lograr diluir las fronteras entre lo real y lo ficticio. Algo muy distante de haberse logrado en esta novela.

[...]

Existen eso sí, algunas afirmaciones sobre algunos acontecimientos que de poder demostrarse, serían auténticas revelaciones históricas.

Doña Luz, en su letargo, recuerda que Carranza tardó varios días en reconocer a Victoriano Huerta y lo que es más,



un diputado interceptó un “arrastrado” telegrama de subordinación y elogios al chacal. A Don Venus no le quedó de otra, tuvo que obedecer la decisión tomada por el Congreso de Coahuila y entonces proclamó, sin querer, su consabido Plan de Guadalupe. De ser cierto lo anterior, la política no tiene remedio.

Durante buena parte de esa noche, doña Luz recuerda, junto con Trillo y con Aguirre, la “luna de miel” de su marido con los gringos y el todavía inexplicable rompimiento, la traición del judío Rabel que le vendió el parque para los combates de Celaya, el intento de los japoneses y los alemanes para crearle un frente al sur a los norteamericanos y el reconocimiento de Carranza por el gobierno de los Estados Unidos. “Pinche Wilson traidor, no podía esperarse otra cosa de él; yo no sé como Pancho llegó a estimarlo y a creer en sus mentiras” se queja, con profunda decepción, la más reconocida de las viudas del general.

Pero sobre todo, Columbus, que de ser cierto, lo que se afirma en la novela, se derrumbaría todo el mito del que presumimos los mexicanos: “Villa es el único que ha invadido territorio norteamericano”.

Los argumentos que se exponen tienen lógica hasta cierto punto. Habría que verlo. La manifiesta simpatía de Carranza por los Alemanes, la presencia de oficiales germanos en el ejército de Operaciones de Obregón, por lo que concluyen los dolientes: “con el reconocimiento al Primer Jefe, los gringos le cortaron las alas a los alemanes”. Eso explica el reconocimiento a quien ya varias veces los había pateado en el trasero. Puede ser, La Primera Guerra Mundial fue fundamental en la caída del villismo.

Pero eso no es todo, la autora o Luz Corral sostienen que el asesinato de los ingenieros norteamericanos en



Santa Isabel y el ataque a Columbus fue obra de un agente alemán que contrató a Pablo López y a José Rodríguez para ejecutar las órdenes de su gobierno. “Los ataques fueron aprobados por Carranza y atribuidos a Villa pero el General andaba muy lejos de Columbus”. Luther Wertz, el agente alemán fue aprehendido en Nogales, Arizona y llevado a Texas para someterlo a juicio en el que se declaró culpable. Fue ahorcado, pero antes de cumplirse la sentencia, exculpó a Villa de la matanza de Santa Isabel y del ataque a Columbus.

López y Rodríguez murieron con el orgullo de ser villistas de corazón. Pablo pidió, el día de su ejecución en Chihuahua, que ningún gringo estuviera presente y todo el pueblo lo lloró.

Vaya usted a saber. El mito no fácilmente se destruye. Lo que sí es cierto, que la novelista debería mejor dedicarse a seguir y a fundamentar estas interesantes hipótesis y no enredarse en el suplicio eterno que desde Homero nos persigue para poder deslindar la Historia de la Literatura.

Lo del comando organizado y dirigido por el propio Villa para llegar hasta la capital y asesinar a Carranza, y el tener que recular desde Aguascalientes para el norte ante el fracaso de la expedición, es un tema verdaderamente interesante de documentar.

El papel que la autora le asigna a nuestro admirado Vasconcelos es francamente repugnante, quien se apersonó en el sepelio “a presentarle respetos y condolencias en nombre propio, del presidente Obregón y del pueblo de México. El señor presidente me ordenó vía telefónica, trasladarme aquí a expresarle las seguridades de que el crimen será investigado hasta sus últimas consecuencias y no quedará impune, caiga quien caiga”. Sí pues –dijo Luz para sí



mientras esbozaba una mueca que no llegó a ser sonrisa. Ya muchas veces hemos escuchado eso. El rollo que recita Vasconcelos en el panteón es deprimente, yo espero que solamente haya sido un recurso literario el haber provocado la presencia del maestro en tan histórico funeral.

La imagen de los cincuenta aviones que en formación militar dejan caer sobre la solitaria y triste tumba de Parral diez mil orquídeas traídas de Hawai es extraordinaria, pero luego deja mucho que desear cuando se sobrepone la imagen, por común y trillada de “un jinete que cabalga hacia el norte y la gente grita eufórica: ¡Villa no ha muerto! Se fue a la sierra y pronto volverá triunfante, esta vez para siempre y juran que se les oye repetir: ¡Viva Villa!”.



## La otra biografía del Padre de la Patria<sup>1</sup>

Un auténtico *zorro* sin el apellido Fox

“Quiero morir y muero gustoso,  
porque ofendí a la majestad divina,  
a la humanidad y a mis prójimos”.

(Miguel Hidalgo, días antes de su ejecución)

### 1. El caudillo ilustrado

Jorge Ibargüengoitia nos describe en una de sus novelas históricas a un cura que “cuando una oportunidad se le presentaba –un puesto de secretario en la Mitra, una cátedra, una parroquia importante– no faltaba quien se la echara a perder recordando que era jugador, que empezaba haciendo una cosa y terminaba haciendo otra, que no pagaba deudas, etc. El tiempo pasó y muchos compañeros suyos bastante brutos llegaron a obispos, o directores de seminario, mientras Periñón seguía en el curato de Ajeteo, el pueblo al que siempre defendió.”<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocálido” el 17 de Septiembre de 2000.

(Las siguientes notas son del autor)

<sup>2</sup> Jorge Ibargüengoitia. “Los pasos de López”.



Hoy, que tan de moda están los próceres nacidos en el Bajío, recordamos que Miguel Gregorio Antonio Ignacio Hidalgo y Costilla Gallaga “hijo legítimo de legítimo matrimonio” nació el 8 de mayo de 1753 en el rancho San Vicente de la Hacienda de Corralejo, entre el margen oriental del río Turbio y Cuitzeo de los Naranjos, en esa región donde aquellos hijos de padres españoles habían alcanzado un envidiable nivel de desarrollo económico y sobre todo cultural que les permitía pensar en la posibilidad de ser independientes.

Aquel cura, del que habla Ibargüengoitia “era organizador de tertulias, enseñador de los indios en las artes y oficios, aunque pasaba buena parte del tiempo de viaje. De regreso a su curato, se dedicaba de lleno a las manías que le obsesionaron en la edad madura: criar gusanos de seda y cultivar vides (que aunque eran malas para el vino, el caso era hacerle la contra al monopolio virreinal) y a la que había de hacerlo famoso y costarle la vida; hacer una revolución.”

Miguel Hidalgo fue tal vez el personaje más ilustrado de su época, autodidacto por supuesto, ya que mucho desconfiaba de las instituciones educativas virreinales. A los doce años ingresó, junto con su hermano Joaquín, al colegio de San Nicolás, considerado como la institución de excelencia, tradición y abolengo entre los criollos pudientes de la época, una especie del Tec. de Monterrey actual, aunque con una tradición auténticamente humanista. Los Hidalgo y Costilla fueron inscritos “dando su información de legitimidad y limpieza de sangre, pagando el pupilaje de 100 pesos, los tercios adelantados y afianzándolo con el vestuario y demás presentes.”<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup>Carlos Herrejón Peredo. “Hidalgo: razones de la insurgencia y bibliografía documental”.



A los diecisiete años obtuvo el grado de bachiller en artes, a los veinte el certificado en teología escolástica moral ante la Real y Pontificia Universidad de México. Hasta allí llegaron sus grados académicos oficiales, nunca remontó el grado de bachiller. Lucas Alamán afirma, con la mala fe que luego le tuvo, que perdió en el juego el dinero que le otorgó la Mitra para continuar estudios superiores, otros señalan que realmente poco le interesaron las mediocres enseñanzas de la Universidad Nacional y eso que nuestro personaje nunca supo del papel que desempeñaría después la “máxima casa de estudios” como semillero de gobernantes priístas, trampolín para alcanzar altos puestos en el gobierno o en los partidos de izquierda, feudo de mafias intelectuales y burocráticas, así como territorio fértil para sembrar “revoluciones sociales” que nunca han podido traspasar los muros y el cobijo universitarios.

A los 25 años recibió las órdenes sacerdotales y presentó también, en un concurso de oposición sus “Disertaciones sobre el verdadero método de estudiar teología escolástica”, un estudio atrevido y profundo que puso en guardia a la jerarquía eclesiástica, pero que también produjo verdadera admiración entre sus compañeros y en algunos de sus maestros.

La mirada aguda, la agilidad mental, la rapidez de sus decisiones y otros atributos parecidos, hicieron que sus compañeros le adjudiquen el mote de “El zorro”. Aunque según Alamán el sobrenombre correspondía “perfectamente a su carácter taimado”.

A los 34 años decidió remitir su currículum a los “headhunters” de esa época para ver si por fin “le hacía justicia la revolución” hablando en términos de poder incrustarse



en la alta burocracia eclesiástica, que tan redituable era en ese tiempo (¿o es?).

“Miguel Hidalgo y Costilla, clérigo presbítero domiciliario de este obispado, colegial de posición y catedrático de prima de teología en San Nicolás Obispo, hace presentes a vuestra señoría ilustrísima sus cortos literarios ejercicios: Primeramente aprendió gramática y retórica. [...] Estudió filosofía en donde fue presidente de las academias de sus condiscípulos; tuvo un acto de física y lo premió su maestro con el primer lugar. [...] Después de graduado en esa facultad, siguió estudiando teología. [...] Ha hecho oposición de varias cátedras y becas de ese título, por lo que mereció vestir una de ellas. [...] Ha predicado varios sermones panegíricos morales y doctrinales. [...] Hizo dos disertaciones sobre el verdadero método de estudiar teología escolástica, una latina y otra castellana. [...] Tradujo la Epístola del Doctor máximo San Jerónimo y Nepociano, añadiendo algunas notas para su mayor inteligencia. [...] Ha sido examinador sinodal de confesores y ordenados. [...] Estos son, ilustrísimo señor, los cortos ejercicios del que relaciona, los que no llamara méritos, si vuestra señoría ilustrísima no se digna darles ese nombre”. Valladolid, noviembre 8 de 1787. Miguel Hidalgo y Costilla (Rúbrica).<sup>4</sup>

Como se ve, no era gran cosa para impresionar a nadie, vista desde nuestra globalizadora percepción actual. En esa época, en la que no se podía aún ir a Stanford, Harvard o Yale, sí pudo lograr el ambicioso cura la presidencia de academia, la titularidad de algunas cátedras y hasta la tesorería y rectoría de tan ilustre colegio y más tarde también

---

<sup>4</sup>*Ibid.* Todos los testimonios sobre el proceso de la Inquisición están tomados de esta obra.



la sacristía mayor de Santa Clara del Cobre y una capellanía asignada de puño y letra de otro ilustre clérigo: Manuel Abad y Queipo.

Luego adquirió los ranchos de Santa Rosa Xaripeo y San Nicolás y procreó dos hijos con Manuela Ramos Pichardo y uno en Guanajuato, con Viviana Lucero.

Pero para estas fechas comenzaron también sus grandes tribulaciones económicas: deudas incumplidas, pleitos legales por las haciendas, propiedad de su hermano Manuel, embargos y hasta desfalcos en la tesorería del colegio, unido todo esto a su afición por el juego de naipes, la charanda y las mujeres.

Se dice que le obligaron a aceptar el curato de Colima. Una especie de destierro voluntario que aceptó por resignación. Tenía 39 años.

## 2. “La Francia Chiquita”

Por su buen desempeño y digamos que por su discreta conducta en aquella lejana parroquia, pronto fue trasladado a San Felipe de los Herreros, hoy llamado Torres Mochas, ya en el Bajío, la tierra que tanto conocía y que tanto amaba.

Fue aquí donde el ya maduro Miguel pudo realizar su utopía intelectual. “Ahí, en la tranquilidad de los valles enormes y de cielo tan azul, profundiza en la erudición y despliega una intensa vida social. Se leían y discutían libros, temas de ciencia, artes e industrias [...] traduce obras de Moliere y Racine que se llevan a escena en teatros improvisados” y por supuesto nuestro infatigable héroe, procrea dos hijos más con la primera actriz de su pueblerino teatro, Josefa Quintero.<sup>5</sup>



Viajaba constantemente, nada podía detener su incansable actividad. A Valladolid con su amigo y admirado Abad y Queipo quien luego lo excomulgó; a Guanajuato con Lucas Alamán, quien más tarde intentó borrarlo de la Historia y con el Intendente Riaño, quien no le quiso entregar la ciudad ya en plena guerra y murió masacrado en la Alhóndiga de Granaditas por las turbas insurgentes. También asistió a San Luis donde ofició una misa y tuvo de rodillas ante él al futuro Mariscal Calleja, su verdugo en los campos de batalla de Aculco y Calderón. En la corrida de toros desfiló también el Regimiento de la Reina con su gallardo comandante Ignacio Allende.

En San Felipe estudió directamente del italiano la *Storia Antica de México* de Francisco Javier Clavijero quien ya no fue su maestro en San Nicolás por haber sido expulsada la compañía de Jesús en 1767 de todos los reinos españoles y que el casi niño Miguel presenció. Por mucho tiempo las enseñanzas de los ilustres padres jesuitas resonaron en los muros del colegio.

En San Felipe pudo tejer su utopía, pero también su mala fama de clérigo libertino. Un testigo inquisitorial en la causa que se le siguió después, declaró que "La vida que llevaba dicho señor cura, me aseguran que en lo general es una continua diversión o estudiando historia, a lo que se ha dedicado con empeño, o jugando o en músicas, pues tiene asalariada una completa orquesta cuyos oficiales son sus comensales y los tiene como de su familia. Otra declarante asentó que oyó que en la casa del dicho Hidalgo había una revoltura que era una Francia chiquita; pero esto lo entendió

---

<sup>5</sup>Roberto Carrillo Díaz. "Presencia del Padre Hidalgo".



la declarante por la igualdad con que se trataba a todos”.<sup>6</sup>  
Luego sucedió lo inevitable.

### 3. Ante el Santo Oficio.

Una semana santa en Tajimaroa, en casa de su colega el cura y ante dos espantados clérigos, el ilustre visitante párroco de San Felipe se dio vuelo planteando sus atrevidas tesis personales: “Que Dios no castiga en este mundo con penas temporales, que se reserva para la eterna, que la Iglesia está en manos de un puñado de ignorantes y rufianes, que no consta en el texto original de la Escritura que el Mesías haya venido, que Santa Teresa era una ilusa porque se azotaba y ayunaba mucho y no dormía, veía visiones y a esto le llamaban revelaciones, que la Eucaristía no se conoce en los términos que hoy enseña la Iglesia hasta mediados del siglo tercero, que la fornicación no es un pecado sino evacuación natural, que tiene más fundamento la religión de Mahoma que la cristiana y que no lo habían visto rezar en quince días el Oficio Divino”. Entre otras lindezas fue esto lo que declararon los demudados clérigos al comisario del Santo Oficio en Valladolid por el año de 1800.

Sin embargo, el reporte que hizo a sus superiores dicho comisario fue de un tono más mesurado: “el denunciado es hombre doctísimo, jugador, algo libre con el trato con mujeres y en hablar. Sí es cierto que no ha querido graduarse porque dice que la Universidad es una cuadrilla de ignorantes. La ciencia lo ha inflado y precipitado a leer libros que no debía y estos han volteado sus ideas y han pervertido

---

<sup>6</sup>*Ibid.*



su espíritu". Terminó diciendo que "El dolor de que un sujeto como el denunciado haya caído en tanto error, me ha arrancado del pecho lo que llevo dicho".

Aunque entre la gran cantidad de testimonios sobre el caso, muchos hablan bien del cura, otros de plano quisieran verlo ardiendo en la hoguera como a Juana de Arco. Uno de ellos señalaba en su declaración: "Tengo formado muy mal concepto del cura de San Felipe por lo que públicamente se dice de su vida escandalosa y de la comitiva de gente villana que come y bebe , baila y putea perpetuamente en su casa [...] muchas cosas malas se dicen de aquel mal cura tenido por sabio y aplaudido por aquella canalla que vive a sus expensas [...] ahí han bailado los vicarios con el Santo Óleo colgado al cuello y en la Noche Buena los ministros han escondido en el altar la hostia como si la hubieran robado y con esto hacer reír a la gente".

Sin embargo en el dictamen definitivo, el fiscal supernumerario del Santo Oficio sostuvo que las acusaciones carecen de prueba y que "es cierto que algunos informan mal del cura Hidalgo, pero también lo es que dicho comisario (el de San Miguel) dice que hoy en día se ha reformado y que el presbítero Díaz Barriga asegura que hace vida ejemplar y el doctor Palacios afirma que de esta cuaresma acá ha oído que ha mudado de conducta en términos que llegan hasta el escrúpulo".

O sea que por lo pronto se la perdonaron. Le salió barato el juicio, como a Macedonio, el diputado, a quien la maestra Amalia solamente lo castigó con el recreo y no salir a hacer pipí durante tres meses.

Algunos escépticos como el que esto escribe, más bien cree que a la Inquisición ya no le interesó mucho sen-



tenciar a un cura en quiebra total con sus propiedades, ya que tengo entendido era a fin de cuentas lo que más interesaba al Santo Oficio y en cambio se daría mucho que decir al sentenciar a tan ilustre personaje. Ya vendría otra oportunidad.

En 1803 fue cambiado al curato de Dolores, cuenta ya con 50 años. Es aquí donde emprendió la transformación de su utopía intelectual en aplicación práctica de redención social: liberar al indio de la opresión de siglos. Todo su empeño estaba inspirado ahora ya no por los escritores franceses sino por Vasco de Quiroga.

#### **4. La campaña**

Los acontecimientos se le vinieron encima al cura misionero, mientras plantaba vides y criaba moreras: la conspiración de Valladolid descubierta, la invasión de España por Napoleón y Fernando VII prisionero de los herejes franceses, el pronunciamiento de autonomía por el ayuntamiento de México con Primo Verdad y Melchor de Talamantes asesinados en sus celdas y desde luego sus tertulias en Querétaro en casa del corregidor y la inquieta corregidora.

Todo estaba listo ¿Qué faltaba? “‘El zorro’ estudiaba su presa, esperaba el momento”. Lo que siguió se encuentra en todos los libros de historia de México desde la primaria.

Al amanecer “aquella horda llena de excitación y entusiasmo se encaminó por la carretera que va a San Miguel, poco a poco sus gritos se perdieron a lo lejos, el pueblo de Dolores daba la impresión de haber quedado abandonado, había pasado a la historia”.<sup>7</sup>



Aquel 16 de Septiembre de 1810, una multitud de campesinos, de indios, mulatos y unos cuantos criollos, escuchaban, entre incrédulos y entusiasmados la arenga de aquel párroco ilustrado, no muy bien visto por la alta jerarquía eclesiástica, aquella madrugada cuando los convocó a la lucha por la independencia, a la defensa de la religión católica, al exterminio de los gachupines y al reconocimiento de Fernando VII. (De verdad que no conocemos en la historia de México otra proclama tan confusa, tan contradictoria y tan ambigua como ésta, incluyendo en nuestra aseveración algunos discursos políticos recientes).

Después del histórico grito de Dolores, siguió a Atotonilco, donde se agenció el estandarte de la virgen de Guadalupe, luego a San Miguel, Salamanca y Celaya, que no fueron defendidas, para apersonarse más tarde frente a Guanajuato, importante ciudad del reino, la que su amigo y anfitrión en sus continuas visitas, el Intendente Riaño, se negó a rendir sin defenderse, aunque por carta le advierte: "No hay remedio señor Intendente, el movimiento actual es grande y mucho más cuando se trata de recobrar derechos santos concedidos por Dios a los mejicanos". Siete días después insiste en "que resuelvan (los españoles) si se declaran por enemigos o convienen en quedar en calidad de prisioneros ". En otra carta le dice: "La estimación que siempre he manifestado a usted es sincera... La diferencia en el modo de pensar no la debe disminuir. Usted seguirá lo que le parezca más justo y prudente sin que esto acarree perjuicio a su familia... nos batiremos como enemigos, si así se determinare, pero desde luego ofrezco a la señora intendenta un asilo...".

---

<sup>7</sup>*Ibid.*



Desde luego que Riaño lo mandó al carajo, confiaba en que Calleja ya acudía en su auxilio desde San Luis. Por lo pronto le contestó: “No es incompatible el ejercicio de las armas con la sensibilidad: ésta exige de mi corazón la debida gratitud a las expresiones de usted en beneficio de mi familia, cuya suerte no me perturba en la presente ocasión”. Pasado el amargo trago de tan elegante respuesta el Generalísimo de América dio la orden de atacar Guanajuato.

Todos conocemos lo que ahí pasó, donde el ejército insurgente consumó la derrota, el saqueo y el exterminio de los españoles refugiados en La Alhóndiga. A partir de ese momento, Hidalgo se dejó envolver placenteramente en la marea de la revolución popular ya no tanto por la mera lucha por la independencia a la que aspiraban los criollos. Ello le comenzó a alejar y a enemistar con Allende, el otro caudillo.

Ignacio Allende, como criollo pudiente que era, desconfiaba instintivamente de la revolución popular, en la participación de masas en la lucha por la independencia. Prefería un ejército más profesional, pagado, despreciaba a la chusma indisciplinada e irredenta en los combates. Pero sobre todo, le preocupaba el giro que podría tomar el movimiento una vez consumada la hipotética victoria contra las fuerzas virreinales, que habría de derivar necesariamente en una lucha por la propiedad, la cual, casualmente, estaba en su mayoría en manos de los criollos.

Pero sigamos la ruta de la independencia...

Después de la toma de Guanajuato, el ejército insurgente se dirigió a Valladolid, contra la opinión de Allende, quien sugería la ruta natural de Querétaro, rumbo a la capital; sin embargo, Hidalgo prefirió ir a Valladolid por el gran



conocimiento que tenía de la región y de sus gentes y rehu-  
yendo un tanto la amenaza de Calleja, quien ya avanzaba  
taimadamente desde San Luis con una flamante y discipli-  
nada división en su búsqueda.

Sobre Félix María Calleja, en una reciente novela his-  
tórica de muy cortos alcances, el autor sostiene, mediante  
el sobado recurso literario de la autobiografía, que "Hidalgo  
y Allende le ofrecieron el mando militar de la insurrección"  
que aún dudaba qué partido tomar cuando Hidalgo ya es-  
taba sobre Guanajuato y se hizo el occiso a pesar de las  
súplicas de ayuda del Intendente Riaño. "Dejó que se per-  
diera Guanajuato deliberadamente" esperando la marcha  
de los acontecimientos, pero luego con horror se enteró de  
las atrocidades cometidas y decidió mejor combatir a una  
insurrección que se iniciaba de manera tan sanguinaria. La  
misma deducción de Allende, sólo que para uno era dema-  
siado tarde y para el otro aún era muy temprano.

Tampoco en Valladolid hubo resistencia.

El primer gran combate se dio en el Monte de las  
Cruces, entre Toluca y la Capital, más o menos donde se  
suicidó el alto funcionario de la SECOFI y operador directo  
de la concesión al RENAVE. Ahí obtuvo Hidalgo su segunda  
victoria pírrica, 500 muertos realistas y más de 3000 insur-  
gentes y el agotamiento total de sus suministros.

La capital estaba a la mano, pero sobrevinieron en-  
tonces las grandes vacilaciones y el ya inevitable conflicto  
entre Hidalgo y Allende. El supremo comandante ordenó la  
retirada, el desencanto se infiltró a un ejército victorioso en  
retirada. Uno de los grandes enigmas en la historia nacional.  
Desandar lo andado, convertir en derrota lo ganado, en fin...  
tantas especulaciones al respecto.



Aunque Hidalgo lo explica de manera sencilla en una carta: "Se agotaron la municiones en la batalla del Monte de las Cruces". Nada más.

Ya de regreso, hacia la zona del Bajío, sorpresivamente se encontraron el ejército insurgente y el de Calleja en Aculco, donde se libró una rápida batalla, trabada de manera no muy convincente por ambos ejércitos debido a la sorpresa. "Sólo se tuvo un fuego lento y a mucha distancia" escribió el comandante insurgente. De cualquier modo fue derrotado por primera vez Hidalgo y su ya no muy numeroso ni convencido y fiel ejército. El desencanto por no haber entrado a la ciudad de México y las grandes pérdidas en la batalla de Las Cruces comenzaban a hacer su efecto.

Aquí podría aplicarse lo que cien años después el General Felipe Ángeles predijera del ejército villista, otro de los grandes prodigios de la lucha popular: "El día que la División del Norte pierda la primera batalla, se acabó el villismo".

Eso mismo le pasó, con la rápida batalla de Aculco, al ejército insurgente.

Después de ese encuentro, Hidalgo y Allende tuvieron que separarse, aunque ya bastante distanciados estaban entre sí. El primero tomó el rumbo de Valladolid- Guadalajara y el segundo enfiló hacia Guanajuato, desde donde le escribió con rabia y desesperación dos cartas al generalísimo, bastante significativas, que demuestran el total distanciamiento que ya existía entre ambos caudillos.

En la primera le reprochaba entre otras cosas: "Nada sería más perjudicial a la nación y al logro de nuestras empresas que el que Vd. se retirara con sus tropas a Guadalajara porque sería tratar de la seguridad propia y no del bien común [...] El ejército de operaciones al mando de Flon y



Calleja entran por nuestros pueblos conquistados como por su casa [...] Todo esto va induciendo en los pueblos un desaliento universal, que dentro de breve puede convertirse en odio de nosotros y de nuestro gobierno [...] No debemos pues, desentendernos de la defensa de estas plazas tan importantes, ni de la destrucción de dicho ejército, que por todas partes esparce con harto dolor mío, que somos cobardes y hasta los mismos indios lo han censurado [...] De otro modo, abandonada esta preciosa ciudad, la más interesante del reino, o si somos derrotados en ella por el enemigo ¿qué será de Valladolid, Zacatecas, Potosí y de los pueblos cortos? ¿y qué será de Guadalajara misma...? Yo no soy capaz de apartarme del fin de nuestra conquista: más si empezamos a tratar de las seguridades personales, tomaré el separado partido que me convenga, lo que será imposible practique, siempre que Vd. se preste con vigor a nuestra empresa”.

Y un día después le insistía:

“Puse a Vd. tres oficios... con distintos mozos, pidiendo que en vista de dirigirse el ejército de Calleja hacia Guanajuato, fuese Vd. poniendo en camino a la tropa y a la artillería que tuviese, que a Iriarte le comunicaba lo mismo, para que a tres fuegos desbaratásemos la única espina que nos molesta. ¿Qué resultó de todo esto? Que tomase Vd. el partido de desentenderse de mis oficios y sólo tratarse de su seguridad personal... no hallo cómo hay en un corazón humano en quien quepa tanto egoísmo... Espero que a la mayor brevedad me ponga en marcha las tropas y cañones, o la declaración verdadera de su corazón. En inteligencia de que si es como sospecho, el que Vd. trata sólo de su se-



guridad y burlarse de mí, juro a Vd. por quien soy que me separaré de todo, menos de la justa venganza personal".<sup>8</sup>

Tal era la situación existente entre los dos caudillos insurgentes.

Las injustificadas matanzas de españoles en Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, la indisciplina y el saqueo que se hacía por sistema fueron las gotas que derramaron el vaso y Allende ve la posibilidad de envenenar al "cabrón cura", mientras éste se hace llamar ahora Alteza Serenísima en un delirio pleno de embriaguez que le producía la ciega sumisión de las masas en Guadalajara.

Allende fue derrotado por Calleja en Guanajuato, quien escapó rumbo al norte, en San Felipe donde se encontró con Iriarte, que parece ser que estaba en acuerdo con Calleja y que apenas venía a prestarle apoyo. Ambos se encaminaron rumbo a Aguascalientes.

Luego siguieron a Zacatecas, sin embargo en el camino violentamente Allende decidió marchar a Guadalajara, donde fue recibido con toda cordialidad por el Cura Hidalgo. Ambos se aprestan a dar la batalla decisiva contra las tropas del rey en Puente de Calderón, donde fueron nuevamente derrotados, no sin grandes trabajos por el infatigable Calleja.

A partir de ahí, sobrevino la dispersión y huída del ejército insurgente y comenzó también el martirio de un hombre que fue humillado por los militares criollos al retirarle todo el mando en la Hacienda de Pabellón, Aguascalientes.

Es la derrota total y la amargura de un hombre, que como señala Mora: "sus errores, sus equivocaciones, sus de-

---

<sup>8</sup>"México a través de los siglos". Tomo III.



bilidades y hasta la crueldad misma, desaparecen a la vista de sus desgracias y sobre todo del imponderable servicio de haber emprendido una revolución, perniciosa, destructora y desorganizada, es verdad pero indispensablemente necesaria".<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup>Enrique Krauze. "Siglo de Caudillos".



## La devaluada silla de Vasconcelos<sup>1</sup>

<< ¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Francisco de Quevedo: Epístola satírica...

El epíteto de “empresarios” que les cuelgan los desconsolados priístas a los nuevos secretarios o “encargados de despacho” no es motivo para descalificarlos y menos cuando es muy difícil distinguir, de Miguel Alemán a la fecha, dónde termina el político y dónde comienza el dueño de grandes empresas (económicas).

Creo que hay ángulos más interesantes para analizar ese flamante gabinete. Sobre todo por esas novedosas coordinaciones o “supersecretarías” de nombres tan estrambóticos, “orwellianos” les llama Silva Herzog (Márquez) como “Desarrollo humano”, “Crecimiento con equidad”, “Orden y respeto”. A fe mía que sólo faltó la de “Orden y progreso” el lema de los científicos porfiristas.

Aunque la consigna de tan anunciado cambio sea eficiencia y productividad, tan rimbombantes nombramien-

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocálido” el 17 de Diciembre de 2000.



tos no harán sino engrosar la ya de por sí abultada nómina de la alta burocracia (una herencia de la monarquía española muy difícil de sepultar) tan onerosa de por sí para el país al duplicar y multiplicar innecesariamente funciones, además de estorbarse y hasta maldecirse tarde que temprano, unos con otros.

Lo cierto es que los gabinetes se forman a imagen y semejanza de quien los crea. Si el jefe es un ser inteligente, culto, democrático y sensible, reunirá en torno a su persona a seres de la misma especie, pero si es ignorante, inepto y corrupto, procederá de igual manera. Esperemos que sea como el primer caso, "por el bien de México", como se dice ahora.

Pero particularmente hoy (para estar de moda con el grito de guerra foxiano) me llama la atención una dependencia en especial, por las implicaciones históricas que representa: la Secretaría de Educación Pública. Por eso me propuse rastrear a algunas de las figuras centrales que la han dirigido y que sí han dejado huella en esta importante dependencia, sin mencionar a algunos exsecretarios cuya mediocridad no les dejará asomar ni las narices en la Historia.

Un rápido repaso nos dará una idea de que esta secretaría a veces sí ha sido diferente a las demás. Casi siempre se buscaba para tan especial encargo a un intelectual, a alguien "léido y escrito" que destacara en el ámbito de la filosofía, las letras o la historia, cuyas prendas intelectuales y nivel cultural no dejarán mucha duda, que fuera alguien diferente a los demás miembros del gabinete.

¿A cuántos secretarios de Comercio, de Agricultura, de Transporte, usted recuerda? Seguramente a los de Go-



bernación, Hacienda y Programación sí tiene usted noticia, porque algunos fueron presidentes y tal vez hasta recuerde al último de Turismo, por el aprieto en que hoy se encuentra, a quien seguramente ya dejaron morir solo sus antiguos camaradas.

La mayoría de los Secretarios de Educación sí aparecían en las enciclopedias, hasta hace poco tiempo.

Los célebres momentos de la cultura en México han aportado su hombre a la Secretaría de Educación: "El Ateneo de la Juventud". La generación de los "Siete Sabios", "Los Contemporáneos" y la generación de los 50s.

Hasta el satanizado porfiriato tuvo su ministro estrella: Justo Sierra Méndez, fue hijo de un ilustrado escritor del siglo XIX, de aquellos que se ensañaban contra la Inquisición y con todo lo que le recordara a las instituciones coloniales. Toda la tradición y la cultura de ese siglo en que se forjó el nacionalismo, don Justo la abrevó.

Desde luego que fue periodista, la ocupación privilegiada de los intelectuales en el siglo XIX. Fue colaborador de "El Monitor Republicano", de "El Federalista" y otros. Como historiador escribió su "Evolución Política de México" y una buena biografía sobre Benito Juárez. Como novelista y poeta colaboró en las consagradas revistas "El Renacimiento", "La Revista Azul" y "La Revista Moderna", fue el refundador de la Universidad Nacional, aunque nunca supo en lo que paró después. Fue llamado "Maestro de América" y además promotor de las "Conferencias del Centenario" de donde surgió el "Ateneo de la Juventud". Es considerado también como el creador de los cimientos de la educación pública en México.

José Vasconcelos fue el fundador de la Secretaría de Educación Pública como hoy la conocemos, bueno, de lo



que queda. Una de las figuras de mayor renombre en la cultura mexicana, poseedor de profunda vocación humanista y universal. Miembro del "Ateneo de la Juventud", junto con Alfonso Reyes, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán y Henríquez Ureña, maestro dominicano de esa generación.

Estudioso de los clásicos, filósofo, ensayista, pero sobre todo, autor de la autobiografía literaria más honesta y profunda escrita por un mexicano, plasmada en esos cuatro libros fundamentales para entender mejor la historia de este país: "Ulises Criollo", "La Tormenta", "El Desastre" y "El Proconsulado".

Tal vez su frustración más amarga vino de su incursión en la política. Pero tampoco podía evitarlo, su energía espiritual era incontrolable. Como político nunca abandonó su devoción por Madero, quien es, en su concepto, el único político decente que ha existido en el país. "El único que pudo haber salvado a México". Tal vez por eso el lugar privilegiado en que algún asesor foxista puso su nombre en el discurso del primero de diciembre.

Despreciaba a Carranza, tanto como a Pancho Villa y a Zapata, pero sobre todo a los caudillos sonorenses (Calle y Obregón) porque los consideraba introductores del pochismo en México y autores de la entrega del país, sin recato alguno, a los intereses económicos de los gringos.

Luego aceptó colaborar con Obregón cuando fundó la Secretaría, que fue el momento cumbre de la educación mexicana ya que Vasconcelos impulsó una cruzada sin precedente, aunque sin despojarse de su espíritu mesiánico que tanto se le ha cuestionado.

Enrique Krauze dice que Cosío Villegas escribió que "[...] entonces sí hubo un ambiente evangélico para enseñar



a leer y a escribir al prójimo; entonces sí se sentía, en el pecho y el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como saciar la sed o matar el hambre". También Krauze recuerda que Octavio Paz le decía que "Vasconcelos era el mexicano mayor del siglo XX". (Letras Libres, diciembre).

Antes de concluir su período renunció al saber que la sucesión estaba inclinada hacia Calles. Sus candidaturas al gobierno de Oaxaca y a la presidencia de la República fracasaron ante la implacable maquinaria electoral que comenzaba a desarrollar el naciente régimen (el árbol hoy caído del que todos hacen leña). Fue la primera víctima del fraude cometido por el recién fundado Partido Nacional Revolucionario. Muchos de sus partidarios en aquella frustrada campaña de 1929, principalmente maestros y estudiantes, murieron asesinados.

Narciso Bassols, igual que Daniel Cosío Villegas pertenecieron a la generación de "Los Siete Sabios", aunque no propiamente contaban con la membresía. Esa generación que decidió hacer política desde la trinchera universitaria y creó las dos vertientes de la oposición, una de las cuales acaba de tumbar al "gobierno emanado de la Revolución". Vicente Lombardo Toledano a la izquierda, fundó el partido Popular Socialista y Manuel Gómez Morín a la derecha, fundó el Partido de Acción Nacional. Aunque hoy en día ya no se sabe si los de derecha son de izquierda o los de izquierda son de derecha.

Recordemos la confusión de los reporteros en Chile que afirmaban muy convencidos que el partido de izquierda Acción Nacional había derrotado al de derecha Revolucionario Institucional. A lo mejor no andaban tan errados.



Narciso Bassols pertenecía a la izquierda, a los 23 años ya era maestro universitario impartiendo materias filosóficas, más tarde fue director de la Escuela de Derecho. Redactó la Ley Agraria en el gobierno de Calles.

Como secretario de educación de Abelardo Rodríguez (1932–1934, por cierto uno de los primeros presidentes revolucionarios convertido en gran empresario) Bassols formuló su proyecto de “educación socialista”, la que no dejaba de ser una excentricidad en un país que arrancaba sin remedio su marcha hacia el capitalismo dependiente. Sin embargo, el gobierno de Lázaro Cárdenas ratificó esta política seis años más, provocando el inevitable enfrentamiento de los maestros rurales con los caciques y contra la Iglesia, dejando un saldo trágico de profesores que hicieron de la educación socialista todo un credo. Esta ha sido una lucha histórica que la derecha acaba de ganar con sus treinta o cuarenta santos recién canonizados cuyos nombres son difíciles de aprender.

Jaime Torres Bodet perteneció a la generación de “Los Contemporáneos”, la generación más brillante de poetas que se haya producido en México, aunque don Jaime era el menos poeta de todos. A esta generación pertenecieron Gorostiza, Villaurrutia, Novo, Cuesta, Owen, Pellicer. Una generación desencantada de los raquíticos logros de una revolución secuestrada y corrompida, que optó mejor por la soledad, la homosexualidad y la muerte aplicada por propia mano.

Torres Bodet fue Secretario particular del Maestro Vasconcelos en la Universidad y en la SEP a los veinte años de edad y es el único que ha ocupado la silla en dos ocasiones: con Ávila Camacho y con López Mateos.



Su labor ha sido una de las más celebradas en México y en el extranjero. Se propuso prolongar la labor misionera de su jefe y maestro. Vencer al analfabetismo fue la consigna, aunque todavía el día de hoy no se logre, en el significado más amplio de este término.

Redactó una ley que establecía que “Todos los mexicanos mayores de dieciocho años y menores de sesenta que supieran leer y escribir tienen la obligación de enseñar a quien no sepa” y que “Todos los mexicanos que no sepan leer y escribir tienen la obligación de aprender”, preceptos tan actuales y tan necesarios que deberían ponerse en vigencia nuevamente.

La Cartilla de escritura y sobre todo los libros de texto gratuito, tan cuestionados a lo largo de su existencia, fueron algunas de sus principales aportaciones. Los textos gratuitos han sido duramente debatidos a lo largo de sus cuarenta años de existencia. Primero los de Ciencias Naturales y Ciencias Sociales que fueron condenados a la infatigable hoguera en El Bajío.

Últimamente los de Historia de México, encargados por Salinas de Gortari al grupo de intelectuales anexados a Aguilar Camín, fueron repudiados por la mayoría del magisterio y hasta por el ejército y condenados a permanecer por los siglos de los siglos en las bodegas de la Secretaría de Educación Pública.

Agustín Yáñez (otro de los secretarios de educación) perteneció a una tradición cultural muy *sui generis* en México: Los escritores de Jalisco, un grupo que rivalizó seriamente por su calidad, con los intelectuales agrupados en el D.F. A este grupo pertenecen Mariano Azuela, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Elías Nandino, etc.



Yáñez antes de convertirse en secretario de educación con Díaz Ordaz, escribió un conjunto de novelas que rompieron con la tradición, ya estereotipada, de la Novela de la Revolución. La literatura mexicana le debe a Yáñez el haberla insertado en el lenguaje universal, dejando atrás los localismos y el lenguaje folklórico de lo exclusivamente mexicano.

Sobre todo “Al Filo del Agua” que es una de las tres novelas clave de la literatura mexicana. Su título significa eso: “La inminencia o el principio de un suceso importante”, como explica el propio autor.

Al frente de la SEP continuó con la obra iniciada por Vasconcelos y por Torres Bodet. No tuvo el renombre de sus antecesores, pero tampoco puede decirse que haya caído en el abismo de la mediocridad.

Porfirio Muñoz Ledo, a pesar de sus deslices políticos, también pertenece a una generación importante de la cultura mexicana: La generación de los 50 “que estudiaban en la facultad de Derecho, muy cerca de la de Filosofía y Letras de la UNAM”. Tránsfugas del socialismo ruso y admiradores, hasta cierto punto de la Revolución Cubana, aspirantes de la cultura universal, más allá de lo mexicano y de las ideologías totalitarias. Crecieron a la sombra de “El laberinto de la soledad” de Octavio Paz, de la “Revista mexicana de escritores” fundada por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballó y de “Cuadernos al viento”, la legendaria revista literaria de Huberto Bátiz.

Una generación harta del nacionalismo trasnochado y en búsqueda de formas expresivas contemporáneas, a la que también pertenecen Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Juan García Ponce, Elena Poniatowska, etc.



Muchos de esa generación nunca pudieron desprenderse de las inagotables arcas del presupuesto y de la cercanía con el poder, como es su propio caso, el de Moya Palencia, Flores Olea, etc. Pero es posible que algo se les haya pegado de esa legendaria generación que aún no ha podido ser superada ni sepultada por “los hijos de Octavio Paz”, agrupados en la revista “Letras Libres” ni por los fracasados redactores del libro de texto de Historia de México comandados por Aguilar Camín, aglutinados en la revista “Nexos”.

Muñoz Ledo fue secretario de Educación con López Portillo, aunque luego renunció para encargarse de una función especial en la ONU.

Jesús Reyes Heróles es la última figura legendaria de la cultura mexicana en la que se fusionaban casi sin esfuerzo, el personaje prominente de las letras y el de las funciones públicas.

Los hoy tan confundidos priístas lo encumbraron como el máximo ideólogo del sistema político mexicano, al menos del que existía hasta antes del dos de julio pasado.

Como político, en Gobernación con López Portillo, fue autor de la reforma que les dio participación a los partidos opositores al PRI, con lo que se abrió una nueva etapa de la política mexicana cuyas consecuencias están aún por verse.

Es un incuestionable legado a la historiografía política su obra “El liberalismo mexicano” tan citado por políticos, académicos y aspirantes a intelectuales.

Como responsable del sector educativo con Miguel de la Madrid, inició una Revolución Educativa que pretendía



transformar de raíz los enormes vicios del “elefante rumiento” como le llamaba a esa dependencia.

La muerte le sorprendió en ese intento que no sabemos hasta dónde hubiera llegado, por los enormes intereses creados, pero por lo pronto inició su gestión eliminando la eterna presencia de Jonguitud Barrios en el SNTE.

Pero la memoria ya me falló cuando fue nombrado secretario de educación un desconocido con título falso de doctor que tanto escándalo produjo o cuando fue trasladado un secretario de programación y un secretario de la Reforma Agraria a tan ilustre y respetada Secretaría de Educación Pública que fue inevitablemente contaminada por el virus de la “todología”.

El secretario de educación recientemente designado, es un biólogo, con especialidad en parasitología, que seguramente es el aspecto del perfil que tomaron muy en cuenta los *head hunters* para recomendar su nombramiento al nuevo inquilino de Los Pinos para ocupar la devaluada silla del Maestro Vasconcelos.



## Las metamorfosis del SNTE<sup>1</sup>

¿Cuántos Caciques quedan en México?  
¿Es el caciquismo la última Thule del autoritarismo  
que la democracia no podrá vencer en ese corto plazo  
que para cada generación hace las veces de larguísimo plazo?  
¿Es el cacique el dictador a escala?  
¿Qué son los líderes sindicales: Caudillos nonatos  
o caciques que son emblemas rurales en medios urbanos?

Carlos Monsiváis

1.- ¡Hágase la luz! y no se hizo. Todo permaneció en las tinieblas como el primer día. Ahora ya nos queda claro de que no era tan fácil como se pensaba.

También nos queda claro que no es lo mismo ganar una elección que dismantelar todo un sistema corporativo creado desde hace siglos, a pesar de las buenas intenciones o de los compromisos de campaña.

¿Cómo cree usted que funcionaba el Imperio Mexica?

Pues a base de caciques. Así llamaron los españoles a los dueños de tierras y gente de determinada región en aquel mundo que apenas comenzaban a explorar.

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico "Hidrocálido" el 7 de Enero de 2001.



El "Cacique gordo de Zempoala" es el primer ejemplar de esta especie con el que se encontraron los aventureros extranjeros, al que rápidamente encontraron la manera de incorporarlo (cooptarlo) al nuevo orden que ya se avecinaba.

Claramente comprendió este ilustre antecesor de los modernos "líderes espirituales o morales" que su poder sobre los demás, necesariamente tendría que depender de un poder superior y que éste lo representaban ahora los agentes del cambio o de la transición (los españoles) y ya no los temidos y odiados tenochcas, mexicas o priístas.

Ese poder lo irradiaba hasta hace poco el mero Presidente, un poder que le llegaba hasta al más insignificante caciquillo político o sindical. Por eso las inmensas mayorías los obedecían y los veneraban, no tanto por sus virtudes morales y mucho menos intelectuales.

¿Cómo cree que funcionaba el Virreinato? Casi igual, aunque con una extraña alianza entre encomenderos españoles y caciques indígenas. ¿Y después de la Independencia? A base de caudillos que se rebelaron desde abajo en contra del poder y no tardaron mucho en convertirse luego en nuevos caciques, en dictadores, y hasta en emperadores.

Después de la revolución ya ni le platico, porque es una historia tan conocida que aún no la podemos superar, y lo que es peor, hay serias amenazas de que ésta se repita.

2.- Esto viene al caso por lo sucedido en el Congreso Nacional del SNTE el que pisando las huellas del carruaje de Benito Juárez y de la caballería de Pancho Villa, tuvo que culminar su peregrinar en un desierto paraje del estado de Chihuahua para poder elegir a sus nuevos dirigentes o comité ejecutivo, mejor dicho, porque dirigentes ya los tiene, desde hace tiempo.



Se dice, tal vez de mala leche, que las enfurecidas huestes de Diódoro Carrasco, exgobernador de Oaxaca y exsecretario de Gobernación, de los perredistas y de la Coordinadora Nacional (CNTE, con C) que habían tomado el Congreso de la República y el edificio del SNTE (con S) ya les venía pisando los talones a los flamantes delegados como el Benemérito a los franceses en aquellos aciagos años de 1863–64, o Villa a los gringos en La Expedición punitiva en 1916.

Seguramente los asesores de los preclaros dirigentes de tan notable institución, recordaron aquella frase del presidente Lerdo de Tejada: “Entre los Estados Unidos y México, el desierto”. Sabia decisión del máximo comandante (¿o máxima?) de las tropas leales del “más grande sindicato de Latinoamérica” para salvaguardar las sacrosantas instituciones democráticas. Más vale que digan aquí corrió...

3.- Todo comenzó hace como cuatro años, cuando todas y todos los mexicanos estábamos tan en paz.

Cuando a un criollo y preclaro hijo del Bajío se le ocurrió que podríamos ser libres y soberanos. Cuando en su campaña en busca de la presidencia llamaba tepocatas y víboras prietas a todos quienes estuvieran coludidos con el viejo régimen.

Entonces vino lo bueno, muchos de esos ejemplares aludidos ya no encontraban su lugar y entre ellos andaba una tal maestra Esther. Su ágil inteligencia le aconsejó integrarse en un llamado grupo San Ángel, que no era filial de ningún arcángel San Miguel, por aquello de que algún expresidente anduviera también involucrado en la conspiración.



Luego emprendió una campaña, como debía de ser, con el candidato institucional. En un acto en León expresó que “para una maestra liberal, una madre de familia y una mujer íntegra, el candidato del PAN representaba el oscurantismo y la intolerancia del país”.

Esto dijo ante cientos de trabajadores de la educación en la misma tierra del ya incontenible candidato opositor. Al mismo tiempo juraba y perjuraba que nunca abandonaría su trinchera en el PRI, un partido del que forma parte en el mismo Comité Ejecutivo Nacional.

Más tarde publicó un artículo en La Jornada titulado: “¿Tiene remedio el PRI?” donde ella misma se contestaba que solamente si se democratizaba, si se abría a otras expresiones políticas, es decir, si sufría las mismas mutaciones que ella estaba experimentando.

Meses después, cuando fue proclamado el nuevo príncipe por el monarca saliente, la maestra ocupó un sinnúmero de titulares periodísticos y de columnas políticas. Cuando los reporteros la ¿sorprendieron? en una comida con el triunfador del 2 de julio, las respuestas fueron las de siempre: “Soy una enamorada de mi profesión”. “Me preocupa profundamente la educación de mi país y estoy dispuesta a colaborar en la trinchera que me toque”. “Estoy elaborando junto con mis compañeros una propuesta educativa para entregarla al presidente electo”, etc., etc.

Total que nunca negó su intención de ser llamada a ocupar la Secretaría de Educación Pública, sólo que los compromisos del presidente electo eran demasiados, y más que eso, el perfil empresarial que se estaba requiriendo a los nuevos “encargados de despacho” no correspondía al de la “aguerrida” profesora autocandidata para tan importante secretaría.



Aun así, en un documento apócrifo que menciona Carlos Ramírez en su columna diaria, transcribe que ella dijo que “su amigo el presidente Fox se disculpó por los compromisos que ya tenía, pero que le ofreció la dirección del ISSSTE. Yo le di las gracias (contestó) permitiéndome proponer a otro extraordinario amigo’. Entonces el Presidente Fox me dijo: Bueno, Elba, ¿Qué deseas? Quiero ayudarte, quiero servirte, conozco de sobra tus méritos, tú pide. Ella contestó con mucha dignidad y aplomo: Déjeme desde mi trinchera del SNTE, quiero ser la Secretaria General y servirle todo el sexenio. El presidente le contestó: Hecho Elba, prepara todo cuidadosamente, tienes carta blanca... a trabajar por México” (Hidrocálido, 14 dic. 2000).

También señala Carlos Ramírez que “el Cisen de Gobernación elaboró una lista de los supuestos y verdaderos donantes de la campaña presidencial del candidato panista Vicente Fox que se publicó en Excélsior. Uno de los nombres destacados fue el de la profesora Gordillo”; esto pudo haber sido entonces para procurarle votos al ya casi olvidado Labastida.

Cierto o no, lo que Ramírez transcribe de ese documento que circuló en vísperas del Congreso Nacional del SNTE, la verdad es que la maestra tuvo que emigrar, como el Presidente Juárez, con todo y sus delegados “efectivos y fraternales” a las ignotas tierras del norte, para poder sostener la “institucionalidad” que es algo que Federico Reyes Heróles define como “rendir loas a la estabilidad a cualquier costo” o “ser acrítico y antimoderno, porque ser ‘oficialista’ es contrario a la verdadera democracia” (Reforma, 19 dic. 2000).

4.- La maestra Esther es todo un personaje, muy semejante a los que describe George Orwell en su célebre



novela "Animal Farm" (1944) que es una parodia sobre los liderazgos, la democracia y la igualdad entre los seres humanos, aunque el autor prefiere utilizar animales en su relato. (A fairystory).

Es la historia de una granja en la que sus moradores animales, un día decidieron terminar con la tiranía del dueño y eligieron a su dirigente revolucionario, que muy pronto se vuelve tan tirano como el derrocado dictador y que también rápidamente entra en conflicto frontal con los miembros de su propio comité.

Nuestro personaje real arribó al Comité Ejecutivo Nacional desde una de las secciones sindicales del Estado de México más combativas, la sección 37, a la que también pertenece el nuevo Secretario General, Ochoa creo que se apellida y a la que perteneció también Misael Núñez Acosta antes de ser asesinado en 1981 cuando la CNTE daba sus primeros pasos en la disidencia magisterial. (La Jornada, 19 dic. 2000).

Entre las disputas por el poder en dicha sección, el mandamás del sindicato o líder vitalicio (el Napoleón de la novela de Orwell) ordenó a sus súbditos: "Tráiganme a esa güereja" (Snowball en el relato). Nunca supo lo que hizo, después se arrepintió, cuando el mundo se le vino encima y cuando por disposición de Salinas de Gortari en cuyo proyecto modernizador ya no cabían los dinosaurios, optó por ser portadora de "un nuevo sindicalismo" que bien a bien, nunca se ha sabido con certeza qué es lo que realmente significa.

Lo cierto es que Jonguitud y Elba Esther han dirigido -de hecho, no de derecho- al SNTE durante casi treinta años, para ser exactos desde 1974, cuando Echeverría im-



pulsó la corriente “Vanguardia revolucionaria” para desterrar a los viejos caciques, a los dinosaurios más anacrónicos por otros más modernos, cuando ya no le servían aquellos para su proyecto de “apertura democrática” que pretendía borrar, mediante el populismo, la tragedia del 68.

De tal manera que Echeverría intentó cambiar el rumbo del SNTE, para hacerlo más a tono con su política apoyando la llegada de Carlos Jonguitud y quince años más tarde, Salinas de Gortari impulsó el arribo de la maestra Gordillo para estar a tono con la modernización o globalización del país.

¿Y Fox? -como le dicen los chiquillos y las chiquillas de Tepito con los que volvió a desayunar-. Seguramente que ya se le hizo bolas el engrudo con estos enemigos irreconciliables de la modernidad y de la democracia. Es casi seguro que en los cien primeros días en que prometió resultados concretos del nuevo gobierno, no podrá caminar gran cosa en el desmantelamiento de las estructuras profundas del sistema heredado por el PRI. Ahí está Tabasco, los soldados apedreados en Chiapas, los ajustes en el presupuesto, la baja del precio del petróleo, hasta el Popo. Todos estos acontecimientos le han robado cámara a quien antes se daba el lujo de seleccionar a los medios de su preferencia.

5.- Hay que reconocer que la maestra ha tenido algunas intervenciones destacadas en la política educativa, como cuando obligó al Secretario de Educación Ernesto Zedillo a embodegar los millones de libros de texto gratuito de Historia de México. Aquellos libros encargados por Salinas a Héctor Aguilar Camín y su grupo “Nexos” que todos cuestionamos, con los que hasta el ejército se “encaboronó” porque le adjudicaban directamente la matanza del 68.



Aquellos famosos libros convertidos en alimento para ratas que también borrarán de la historia nacional el episodio de los Niños Héroes, cuando había que quedar bien a toda costa con los Estados Unidos.

La Fundación SNTE para la Cultura del Maestro fue uno de los pocos destellos en la oscuridad del sindicalismo oficial. La revista "Básica" y la publicación de textos de reconocidos intelectuales nacionales y extranjeros pusieron muy en alto el nombre de la dirigente magisterial mexicana, hasta llevarla a la presidencia de la Federación de Educadores Latinoamericanos, que también ha desplegado una importantísima labor editorial de la que pude agenciarme sus dos primeros títulos: uno de Fernando Savater y otro de Carlos Fuentes.

Sus eternos detractores, o sea los de la Coordinadora, dicen que la Fundación era solamente un maquillaje intelectual que la maestra necesitaba para poder codearse con los intelectuales de a de veras, como los del grupo San Ángel y que realmente la maestra pertenece a los miles de profesionistas que padecen de analfabetismo funcional.

Luego de repente desapareció tan prestigiada Fundación. Se dice que por elitista, que porque ya no respondía a los objetivos para los que fue creada o porque se volvió demasiado crítica del pesebre y hasta de plano se ha especulado de que la inteligencia y la reflexión son absolutamente incompatibles con el sindicato.

De su férrea oposición a la "desfederalización" educativa impulsada por Salinas y operada por Zedillo nos ocuparemos enseguida.

6.- La evolución histórica del sindicato de maestros corre paralela a la evolución del sistema político mexicano,



puesto que éste lo engendró. Desde luego que también es hermano siamés de la propia Secretaría de Educación Pública. Ambas instituciones engordaron al mismo ritmo y hasta son vecinas en el centro histórico de la Ciudad de México y en otras entidades del país.

Las primeras agrupaciones magisteriales, como la Asociación Nacional de Maestros (1911) tuvieron inspiración anarquista en el Partido Liberal Mexicano de Flores Magón. Hasta el gobierno de Lázaro Cárdenas proliferaron una gran cantidad de agrupaciones como la Federación Nacional del Magisterio (FNM), la Confederación Nacional de Organizaciones Magisteriales (CNOM), la Confederación Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), la Federación Mexicana de Trabajadores de la Educación (FMTE) que se aglutinaron en 1938 en el Sindicato de Trabajadores de la Educación de la República Mexicana (STERM).

Se trataba, hace sesenta años, de centralizar todo el poder de decisión en un solo espacio para no tener que negociar con agrupaciones tan especiales como la Rama Nacional de Maestros y Trabajadores de Internados de Primera Enseñanza, la Sección Nacional de Trabajadores Administrativos, Técnicos y Manuales de la SEP o la Federación Nacional de Maestros de los Estados. (Alberto Arnaut, "La federación educativa en México", 1889–1994).

Era menester para el sistema aglutinar en ese tiempo todo lo disperso, "federalizar" todos los servicios educativos, incorporar las grandes masas de trabajadores al paternal cobijo del Estado, tratar con un solo caudillo, como hasta la fecha, decisión de la que no ha podido sacudirse el patrimonialista Estado Mexicano desde el siglo XVI como lo ha explicado detalladamente Enrique Krauze.



La respuesta a esa política patriarcal fue la fundación del SNTE en 1943 cuando se forjó la cadena con el poder que tenía tan firmes eslabones que ahora ya no existen: SNTE, FSTSE, CNOP, PRI, etc. No había pierde. ¿Pero ahora?

Apenas quince años después ya nadie sabía qué hacer con ese monstruo (el de la SEP) ya se decía desde entonces que se había agigantado sin control y había engendrado una burocracia torpe e improductiva. Estamos hablando de 1958, cuando se presentó el primer proyecto de “desconcentración” el que rápidamente y sin consideración alguna, fue eliminado por el ya poderoso SNTE del Plan de Once años de Torres Bodet, a quien le tocó federalizar y luego tratar de “desfederalizar” la educación con Ávila Camacho y con López Mateos respectivamente.

Desde luego que el recién fundado SNTE se opuso terminantemente a la “desfederalización” de la enseñanza porque se afectaba directamente a sus ya enormes intereses y entonces se dijo que “se estaba haciendo el juego a los sinarquistas y al Partido Acción Nacional, lo que sería traicionar al pueblo y al gobierno del presidente López Mateos” (Arnaut).

Esto viene al caso porque en 1992, cuando Salinas de Gortari decidió dar el paso decisivo para regresarle a los Estados la bronca educativa, todo mundo entró en conflicto. Muchos gobernadores se oponían y desde luego que el Comité Ejecutivo del SNTE también, comandado ya por doña Esther, no pensaba permitir tamaña “agresión” a la unidad y a la fortaleza del más grande sindicato de Latinoamérica.

Por todos lados brotaron las inconformidades del magisterio. Aquí en Aguascalientes se produjo la mayor movilización de que se tenga noticia, en la que hasta los pro-



pios líderes oficiales participaron encabezando la marcha de protesta. La prensa decía: "diez mil maestros tomaron la calle" pero luego vino el reflujó, la quietud. Se dice que Salinas le hizo "manita de puerco" a la Doña y se aceptó ya sin chistar el archimencionado Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica y Normal de mayo de 1992.

Se dice también que el Gobernador Barberena fue el último en firmar, no del todo convencido, aunque Aguascalientes es de los Estados que nada tenía que perder y sí mucho que ganar, porque no contaba ni en sueños con un Sistema Educativo Estatal como Nuevo León, Guanajuato, Jalisco y el mismo Estado de México.

7.- Por lo pronto el nuevo y flamante Presidente ya apareció muy sonriente en el presidium del Congreso Magisterial, a un lado de la también sonriente Doña Esther, del secretario saliente (hoy Senador de la República) y del entrante secretario formal, por aquello de que hay que guardar las formas en el SNTE y en la República entera.

El nuevo Presidente se condujo idéntico a sus antecesores priístas. A los entusiastas delegados les despachó un discurso en el que les prometió mejorar sus condiciones de vida y de trabajo, a lo que los cientos de maestros corearon "¡hoy! ¡hoy! ¡hoy!". También fueron notorias las pancartas pidiéndole que ya jubilara a Esther Gordillo.

La incomprensión de los súbditos es a veces tan intolerante que raya en la ingratitud. Tantos sacrificios de sus dirigentes para procurar bienestar para que de pronto resulten con gritos como el de "¡bono sexenal!" y otras majaderías por el estilo. Debería restablecerse la Santa Inquisición para quemar con leña verde a los herejes.



Por cierto, que en una reciente novelita escrita por el célebre Nikito Nipongo, o sea Raúl Prieto, el mortal enemigo de la Real Academia Española y en quien, según un buen amigo, suelo abreviar cuando se me acaba la ponzoña, puso en boca de uno de sus personajes, un descarado político de los que ya casi no quedan, lo siguiente: “Vivo allá arriba de Reino Aventura, en Bosque de las Lomas. Soy vecino de la Chaparrita de Oro, la superbillonetalideresa de los maestros muertos de hambre [...] Fue colaboradora de Jonguitud quien la lanzó al estrellato aunque luego lo mandó al carajo”. (“Desenróllame tu rollo”, 1999). Hay palabras que se omiten para no perder el tono elegante y académico del presente escrito.

8.- Con todos estos antecedentes ¿cómo “ingaos”, como dice Catón, “se podrá regar el virus de la calidad total” que forma la columna vertebral del discurso de los políticos del cambio? ¿Cómo establecer el “benchmarking” establecido en Oregón, Estados Unidos, para medir los progresos de los objetivos trazados, si el SNTE se opone y se opondrá a todo lo que suene a autoevaluación?

De ahí el pobre futuro que le auguramos a ese nuevo engendro burocrático propuesto por la Coparmex llamado Instituto Nacional de Evaluación Educativa, como el IFE, se dice, el cual funcionará en la medida que cuente con el visto bueno y al ritmo que le marque la archimencionada maestra.

Siguiendo con el escepticismo “catoniano” nos seguimos preguntando ¿cómo reproducir a nivel nacional los criterios de la “pasión por un buen gobierno” y el “Modelo Estratégico de Reingeniería” establecidos por el coordinador de asesores de Fox en Guanajuato, en todo un país con-



trolado por caciques chichimecas? Aunque la Doña de que hablamos es de Chiapas, por lo que podría haber cierta esperanza.

Por lo tanto, quedarán pendientes por muchos años todavía las técnicas para la calidad total indispensables para la también archimencionada “aldea global” como el “downsizing” que consiste en reducir al máximo las plantillas de personal cuando se está haciendo exactamente lo contrario. ¿Dónde quedarán las “propuestas sindicales” y los compromisos políticos que lo mismo abarcan desde un intendente hasta un todopoderoso funcionario?

Ni que decir de la “reingeniería” que consiste en revisar y evaluar permanentemente y a fondo los procesos productivos con la aversión instintiva que el sistema siente por la autoevaluación. Ya ni hablar del “outsourcing” que consiste en pagar menos por las mismas utilidades, en disminuir el tamaño de las empresas por otras que no tengan enormes cargas sindicales y de prestaciones a trabajadores de base (como la SEP) mediante subcontrataciones temporales.

Aquí es donde la puerca va a torcer el rabo, porque este es el eje del discurso de defensa de los líderes eternos de los trabajadores en contra de los “neoliberales y globalizadores gobernantes”. Ya veremos.

Aunque luego se va uno pa'trás cuando ve las nuevas estructuras de los comités seccionales recién electos en los que se descentralizan totalmente las “carteras” mediante el nombramiento de “funcionarios sindicales” (así se les llamaba desde hace tiempo) en las regiones y en los municipios.

Pero por lo pronto ya marchó la primigenia intención, como dice mi amigo, de reclutar “servidores públicos



mediante procedimientos científicos y técnicos, honrados a toda prueba, competentes y contagiadores de entusiasmo, de reconocida solvencia moral, poco dados a los elogios, enemigos de la mediocridad y conocedores con profundidad del área de su desempeño”.

Mucho menos se podrá “declarar la guerra al abultado aparato burocrático, a las luchas palaciegas, a los grises resultados obtenidos, al desperdicio criminal de recursos, a la odiosa costumbre de improvisar funcionarios leales, al amiguismo, el compadrazgo y en fin, al castigo final en las urnas” (Proceso, 9 jul. 2000).



## “La Guerra Florida” del Subcomandante Marcos<sup>1</sup>

“Por qué no se castigaría con justicia  
al que se engaña si no se le ilustra”.

(Platón: Critias o de la Atlántida)

### 1. Las bolas en el engrudo

Si Dios, Televisión Azteca y Televisa lo permiten, amén de algunos iracundos conductores de noticieros de alto rating, hoy entrará al templo Mayor de la Gran Tenochtitlán la dirigencia del EZLN y vaya a saber usted cuántos simpatizantes más que los acompañen en este histórico suceso (11/III/2001).

Cualquiera que sea el desenlace de la marcha y de los epítetos despectivos que le quieran colgar, además de “encapuchado”, de “guerrillero de Internet” y de “ese señor” como le llaman algunos lectores de noticias a Marcos, éste ya le agrió la fiesta al “gobierno del cambio” y lo que es peor, ya le transformó radicalmente toda su agenda política.

La reforma fiscal, la privatización de PEMEX y de la industria eléctrica, la cacería de dinosaurios en el sureste y

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocalido” el 11 de marzo de 2001.



hasta la continuación de la emotiva relación con el compa Bush, tendrán que esperar mejores tiempos. Ahora urge eliminar, o cuando menos nulificar, el incontenible avance de la incómoda presencia de esos intrusos que ya se plantaron hoy (viernes) en las inmediaciones de la capital, como en su momento (1919) lo hizo Emiliano Zapata en Milpa Alta y Xochimilco.

¿Por qué no se quedaban donde estaban? Tan tranquilos que todas y todos estábamos, ellos y ellas en sus reservaciones y la gente bien de la capital en sus residencias y en sus centros comerciales. ¿A que salieron de sus cuevas? ¿Quién los invitó a modificar el paisaje urbano al que estábamos tan acostumbrados sin su incómoda presencia? Estos intrusos no estaban en el libreto de la Historia, al menos la que hasta hoy conocemos.

Pero ya están aquí, ya no se pudieron detener y ahora no queda de otra que “dialogar” con ellos. Por eso hasta el representante mayor de los actuales encomenderos virreinales, un tal Cevallos o Fernández o algo así, tuvo que doblar la cerviz y hacer a un lado su instintivo y orgulloso repudio para tener que ver de frente a “los de abajo”. “Que vengan y digan qué quieren” dijo con su típica altanería, como si no supiera qué es lo que realmente los zapatistas quieren ¿o de veras no lo sabrá? Caras vemos, dimensiones reales del cerebro las desconocemos.

Ni modo, en ese gobierno plural y democrático, incluyente y globalizador que hasta hace unos cuantos meses todavía se nos prometía, hay que dar cabida a todas las expresiones, así sean las más extravagantes, como esta extraña peregrinación en la que caben lo mismo indígenas famélicos que fanáticos y robustos izquierdistas italianos, in-



telectuales de la talla de José Saramago; que homosexuales y cholos, estudiantes postmodernos y burócratas resentidos.

Luego uno ya no puede sustraerse a entrarle al tema y a comentar algo sobre este complicado acontecimiento. Todo mundo opina, desde el chilango sabelotodo hasta los editorialistas de Reforma, Milenio y El Universal. Qué más quisiera uno que quedarse con las sabias y agrias reflexiones de Ferriz de Con, de López Dóriga o de Guillermo Ortega y hasta de mi admirado Catón, para poder desentrañar las verdaderas causas históricas de este acontecimiento que los nacidos a mitad de siglo nunca imaginamos ver.

Pero no, tales exabruptos a algunos no nos satisfacen, ni nos conformamos tampoco con las opiniones de tan controlados personajes y entonces le seguimos buscando y especulando tratando de encontrar una explicación posible a lo que es aparentemente inexplicable.

Pero por lo pronto ya se reconoce, por que está científicamente comprobado, que Emiliano Zapata Salazar le echó a perder la fiesta democrática a Madero y que Marcos (alias Sebastián Guillén) ya le agrió a los mexicanos y a las mexicanas, a los chiquillos y a las chiquillas toda la euforia de aquel memorable dos de Julio del año mencionado.

## **2. De La Realidad a la realidad**

Desde el 1° de diciembre de 2000, Vicente Fox les “chifló a las hormigas” o lo que es lo mismo, sin necesidad alguna, alborotó el avispero.

Marcos se encontraba “engallinao” con el embarazo de La Mar, leyendo poemas de Jaime Sabines, las novelas de Günter Grass e intercambiando *mails* con los globalifóbi-



cos europeos cuando de pronto llegó el inesperado aviso. El recién ungido presidente, en aquella interminable procesión de Tepito a la Basílica, de Chapultepec al Palacio de los Virreyes y por último a Los pinos, le urgía dialogar con los zapatistas porque ya hacía mucho que habían transcurrido los quince minutos prometidos para arreglar ese problema. Y desde luego que Marcos y su plana mayor le agarraron la palabra.

El campamento de La Realidad despertó de su letargo, los paliacates y las capuchas volvieron a ceñir los rostros aburridos, los improvisados combatientes se ajustaron nuevamente las cananas de utilería, para las fotos, porque no contienen parque alguno que pueda tronar con las armas automáticas que portan.

Tacho no se daba abasto repartiendo órdenes como en otro tiempo lo hizo Tiburcio Maya con los Dorados de Villa en la novela de Rafael F. Muñoz o “El Mantecas” con el desarrapado ejército de Demetrio Macías en “Los de abajo”, la célebre novela de Mariano Azuela.

Había que organizar la marcha a la que les convocaba el mero mero Presidente de toda la República, había que abandonar La Realidad para internarse en el sinuoso mundo de la otra realidad, la que ya los esperaba con vallas interminables de multitudes ávidas de encontrarse con un mesías posmoderno que les predicara desde la montaña y multiplicara cuando menos, los escasos panes de la rabia o de la esperanza.

Pero también los esperaba una jauría de encomenderos legislativos, de analistas políticos atrapados como siempre en las babas del poder, y sobre todo, esa brillante estrategia política, parida por algún genio o asesor del pre-



sidente, que intentó con su infinita sabiduría contrarrestar la fuerza incontenible de la marcha zapatista con un ridículo concierto, a base de monótonas voces chillonas de dos grupos musicales que todos creíamos que eran críticos e independientes, pero que sin remedio ya “chafiaron”.

Fue un evento organizado por el cuarto poder, al que todo mundo rinde culto, en el que no faltaron las caritas depositadas en los centros comerciales de moda y las lucecitas encendidas en cada uno de los hogares por la paz. Aunque luego uno ya no entiende si la paz que se pregona es de parte del gobierno y de los ricos hacia los indígenas o al revés.

Si ya con tan espectacular acontecimiento musical y epistolar no se doblegaba el intransigente comandante ¿qué más se podría hacer? Fue un acontecimiento histórico, superior tal vez al descubrimiento de la penicilina, cuando los dos monopolios televisivos unieron sus inocentes manos por la paz. Ya más no se podía pedir.

Pero la marcha prosiguió y los asistentes al concierto declararon, sin rubor, que solamente acudieron por el “reve” como tal vez lo estén haciendo también muchos de los curiosos “revolucionarios”, que abarrotan y acuden a atestiguar el paso de esa “caravana por la dignidad” o “por el color de la tierra” de la que ni remotamente comprenden su auténtico significado.

Pero la bronca está en que desde el centro del poder se les llamaba, como hace casi noventa años el gobierno de la Convención convocó a los zapatistas originales a invadir la capital, con el respectivo escándalo y repudio de las familias bien de ese tiempo, de la clase beneficiaria de la pasada revolución, que aunque no quiera reconocerlo, también surgió de la desesperanza y de la marginación.



Aunque con Marcos como quiera, él ya pertenece a la “highlife de petatiux chichimeca”. “Es tan culto y atractivo” murmuran las féminas de las diferentes clases sociales mexicanas. Qué dieran cientos de damas emperifolladas por bajar de Las Lomas y del Pedregal con rebozos de adelitas y paliacates confeccionados por Christian Dior para sacarse, cuando menos una foto, con el enigmático y globalizado guerrillero.

Pero jamás con los indios “pata rajada”. Primero muertos o muertas, desterrados o desterradas que tener que compartir el aire con esa clase ajena, tan extraña, que se autonombró ya legítima propietaria de esa tierra, la que hasta hace poco sólo servía para fabricar artesanías y presumirlas a los socios gringos o europeos. ¡Uf! Para eso están sus representantes en la cámara, en el gobierno, en el mero centro de los intereses económicos, para eso los nombraron, para que los libren de esa afrenta y de esa pesadilla. Por eso el encomendero mayor ya afila sus barbas y su anacrónica y obsoleta labia.

Luego uno es el mal pensado y cree que estos xenofóbicos personajes de la política autóctona, de verdad ignoran cuando menos la más elemental ley de la física que advierte que, a toda fuerza corresponde siempre una contraria de la misma intensidad, que a toda acción corresponde una reacción o ya más filosóficos, la aportación hegeliana que establece que toda idea lleva en sí misma el germen de su propia destrucción.

Todavía más claro: “El Mosh” nunca hubiera existido si la Universidad Nacional no se hubiera podrido nunca por dentro. Fox hubiera acabado su vida fabricando botas y empaquetando verduras si al PRI no le pasó lo mismo; Ma-



dero hubiera muerto convocando espíritus y curando a sus peones con sus remedios homeopáticos si el Porfiriato no se hubiera carcomido solo, y bueno, ya que tratamos el tema, Marcos hubiera terminado jubilado en alguna universidad jesuita si el torbellino globalizador neoliberal no hubiera arrasado nunca a la mayoría de los mexicanos y las mexicanas.

### 3. Pero Madero es Madero y Fox es Fox.

En Diciembre de 1914 las “chusmas” villistas y zapatistas se posesionaron de la ciudad de México, aunque fuera de momento. Es más, hasta los gorrudos zapatistas se dieron el lujo de desayunar en Sanborns.

Todo parecía estar impregnado de revolución, “La capital volvió a oler a tierra, a petate” dijo en un afán lírico el maese Fuentes hace muchos años. Pero no, la *real politik* carrancista fue otra cosa y no tardó mucho en asomar su verdadero rostro, ése que no se lleva con proclamas políticas ni con actitudes mesiánicas.

La Convención Revolucionaria trasladada de Aguascalientes a la capital se volvió cena de negros: los villistas norteños jamás se entendieron con los calzonudos sureños. Villa, ya montado en el caballo indomable de la fama y del poder, nunca aceptó gobierno alguno que no fuera emanado de sí mismo. Zapata desconfiado y arisco, siempre supo que nada arreglaría ni con los curros ni con sus aliados revolucionarios si la tierra no se regresaba de inmediato a sus auténticos propietarios.

Pero desde entonces no se pudo, a pesar de los miles de hombres armados que sumaban ambos ejércitos y



luego entonces, para Zapata en aquel momento, no quedaba de otra que las montañas del sur, las que representaban su única realidad.

En aquella histórica Convención Revolucionaria los debates fueron muchos, suman varios volúmenes que los estudiosos del Colegio de México desentrañan. Los villistas defendían el poder y la autoridad presidencial a pesar de que Villa estuvo a punto de mandar fusilar al presidente electo en Aguascalientes. Los Zapatistas defendían a muerte las decisiones colectivas (todavía no había encuestas telefónicas) aunque éstas fueran producto de sesiones eternas y aburridas en las que predominaba la oratoria de los intelectuales anarquistas encabezados por Antonio Díaz Soto y Gama.

El derrumbe de Porfirio Díaz no significó gran cosa para la transformación democrática del país. Quienes hicieron la revolución no descansaron hasta destruirse unos con otros. Por eso es muy difícil que a la derrota del PRI pueda suceder por encanto de hadas un mundo feliz y democrático.

Madero pudo convocar a grupos sociales históricamente antagónicos para derrocar la dictadura. Fox aparentemente también lo hizo, pero Fox ni remotamente es Madero. Y dudo mucho que el espíritu del apóstol haya pretendido jamás reencarnar en el hombre de las botas, a pesar de sus convencidas prácticas espiritistas.

Por eso la sustitución de la imagen de Juárez en las oficinas de Palacio Nacional por la del Mártir de Parras, Coahuila, además de inútil, resulta exagerada y sin ningún sustento histórico.

Fox es Fox y esperemos que Madero siga siendo siempre Madero y que su incorruptible memoria no sea ma-



noseada nunca por los insanos reclamos de la *real politik* que siempre se apersona, por plural y democrático que sea el banquete en que de momento se apersonan los ganadores de la última contienda.

Un previsible desenlace final ya se avizora: Ya sabemos el destino de los “pintos” de Juan Álvarez que derrocaron a Santa Ana, el de los tuxtepecos de Porfirio Díaz que derrocaron a los juaristas, el de los maderistas que derrocaron a Porfirio Díaz y del destino que, por desgracia será, el de la nueva y altiva burocracia foxista que derrocó al PRI. Como si eso fuera suficiente. A todos se los tragó y se los tragará la historia y pasarán por el caño de la misma como sus ancestros revolucionarios transicionistas: sin pena, pero también sin gloria.

#### **4. Una tesis diferente.**

Después de los mares de tinta y los millones de palabras vertidas sobre este asunto, continué buscando una respuesta convincente, pero nada, ni Carlos Ramírez, ni Monsiváis, ni los man in Black a los que tanta falta por cierto les hace Castillo Peraza. Tampoco el libro, ni las entrevistas de Camacho Solís en quien cifré casi todas mis esperanzas me despejaron el misterio.

En esa búsqueda frenética fui a dar con un texto sorprendente, aunque muy difícil de poder allegarse esa cualidad imprescindible del historiador y del literato: la verosimilitud.

Patricia Zarco, integrante de un grupo marginal y ninguneado de historiadores por los “camines y krauzianos” los indiscutibles y actuales propietarios de la historia na-



cional, escribió una novela que pone en entredicho nuestras primigenias concepciones aprendidas de Riva Palacio, Justo Sierra y Daniel Cosío Villegas, así como de los arriba mencionados.

Resulta que la explicación tan pretendida no era tan complicada como lo creíamos: el movimiento zapatista es “una guerra florida”, una práctica ancestral que se remonta a los orígenes profundos de nuestra historia. Es más, afirma que tiene que ver con la misteriosa y nunca bien explicada Atlántida de la que se dice emergieron, después de la catástrofe marina, las grandes culturas que ahora conocemos.

Hasta donde sabemos, esta modalidad guerrera era utilizada por el Imperio Mexica para realizar incursiones en los reinos vecinos para capturar prisioneros que serían sacrificados a su sediento dios Huitzilopochtli.

Sostiene esta autora que las raíces profundas de la mexicanidad no están muertas y que necesariamente resurgen cuando la nación está en muy grave peligro. Sin afán de profundizar en las demás ideas desarrolladas en el texto, comento sólo una: la que tiene que ver con el uso de esa guerra que se utiliza solamente en determinadas circunstancias históricas que lo ameritan.

Argumenta la autora Patricia Zarco que en 1994 hubo un complot para destruir a México. Una secta de malos habitantes del Tíbet admirados por Hitler y posiblemente por Salinas, planearon una serie de acciones para borrar del mapa la nación mexicana. El asesinato del Cardenal Posadas y de Colosio, así como la crisis financiera formaron parte de ese maquiavélico plan.

La defensa de la mexicanidad se planteó en diferentes frentes, algunos de ellos totalmente inverosímiles, como



la reencarnación de Miguel Miramón, aquel general conservador que fue fusilado en el Cerro de las Campanas, más de cien años antes de que el actual gobernador decretara la ejecución, en ese mismo lugar, de los insurgentes zapatistas, en un estudiante cegeachero que se arrepiente de su vergonzosa participación con los conservadores y franceses para poder reivindicarse.

Uno de esos frentes fue realizar una guerra florida que en su versión original consistía en simular o escenificar una guerra verdadera ante el pueblo para despertar la conciencia nacionalista y del amodorramiento político en que consuetudinariamente el pueblo se encuentra, pero advierte que a pesar de no ser una guerra de verdad, sí debería contar con un alto grado de credibilidad, por eso muchos combatientes actores deberían morir en la representación.

El 1º de Enero de 1994, algunos de los indígenas caídos en la escaramuza armada de San Cristóbal de las Casas, además del paliacate, portaban fusiles de madera, es decir de utilería. Los comunicados poéticos desde “algún lugar de la selva lacandona”, los pasamontañas, la pipa y el atuendo utilizado por los “guerrilleros” nos llevan a creer que sí estamos realmente ante una “guerra simulada”.

Por eso Marcos no tiene ninguna intención de volver a establecer combates, ni firmar acuerdos, ni “entablar el diálogo”, una frase tan reiterativa como esa otra de “sentarse en la mesa de negociación”, que se está volviendo un lugar común en el reducido lenguaje de los políticos actuales.

Si aceptamos ese planteamiento, Marcos no va a llegar nunca a ningún acuerdo y por eso eligió el más largo, tedioso y sinuoso camino, el del debate en las cámaras, el tormento legislativo. Sabe del papel que ha representado el



Congreso en la historia mexicana y para lo que ha servido siempre, conoce la diversidad de intereses que ahí se mueven, sabe de la oposición a ultranza que tendrá la iniciativa por parte del pastor de los legisladores panistas y desde luego que sabe del nivel intelectual de los legisladores, de sus interminables e intrascendentes rollos y de la eterna simulación que realizan las formas democráticas establecidas en la Constitución. ¿Ha sintonizado alguna vez el canal en el que se transmiten los debates del Congreso? Hágalo, no se arrepentirá, pero seguramente no lo volverá a hacer. Los canales de caricaturas son una opción diferente pero más divertida.

También Marcos conoce cuál ha sido el destino histórico de los artículos de contenido social establecidos desde 1917: su completo y cabal incumplimiento, víctimas de la simulación, las mutilaciones, modificaciones y adecuaciones que los han convertido en letra muerta.

¿Cuál es pues la razón para realizar una marcha de tales proporciones para que se incorpore una iniciativa de ley a la Constitución si ya se sabe que al tiempo también inevitablemente se convertirá en material de archivo histórico?

Por lo pronto ya le soltó a los legisladores y a las legisladoras un “ratón loco” esa ley de la Cocopa, que todo mundo sabemos y Marcos igual, que servirá para maldita la cosa cuando el peso del tiempo la sepulte.

## **5. Saramago.**

Figura clave en este movimiento emparentado con la tierra, ha sido el Premio Nobel (1998). Su presencia no ha



sido cómoda desde que apareció en Chiapas acompañado por Carlos Fuentes. Aunque ahora fue recibido en Los Pinos, es probable que se le siga viendo con desconfianza a este convencido y declarado comunista ateo, nacido en Portugal y radicado en Lanzarote.

La presentación en el Zócalo de su reciente libro "La caverna" fue un acontecimiento sin precedentes en todo el mundo. El instintivo respeto de los mexicanos a la grandeza humana quedó de manifiesto ese día. Dicen que una simpatizante zapatista le arrojó un paliacate en señal de identificación.

A una pregunta expresa de Ricardo Rocha sobre sus simpatías por el movimiento, Saramago contestó que ante la ausencia de ideas en el mundo actual y el agotamiento de las que existían, el escritor deberá buscar ideas originales donde se encuentren. El Movimiento Zapatista, confiesa, le ha alimentado de ideas que nunca sospechó encontrar.

Frente a la globalización y la tecnología, eleva su concepción humanista; la prioridad sobre todas las cosas es el ser humano. Por ello su compromiso con los olvidados, los marginados y los repudiados por los espejismos de la modernidad.

La metáfora de "La caverna" también está a tono con lo que hoy sucede. Explica que nadie se atreve a salir de su propia caverna, desde la que se ven solamente siluetas, no las figuras de verdad, que en ella vivimos en la simulación, en el puro reflejo de las cosas. Salir de la caverna es un riesgo porque implica topar de frente con la verdadera realidad o la realidad verdadera.



Los zapatistas ya lo hicieron, ya salieron, esperemos que no tengan que regresar arrepentidos a su abandonada y refundida caverna en la Selva Lacandona.



## “Los relámpagos de agosto”<sup>1</sup>

(Donde se da cuenta de la novela de un tal Jorge Ibarguengoitia y la estrecha relación que guarda con la política mexicana de este siglo, del que ya se fue y todo indica de que como van las cosas hasta del que viene, o sea, del XXII).

“Desventurado país que a cada generación tiene que destruir a los antiguos poseedores y sustituirlos por nuevos amos, tan rapaces y ambiciosos como los anteriores”.

Carlos Fuentes: “La muerte de Artemio Cruz”.

Muy mal debe andar el PAN para no poderle ganar ni a un muerto.

¿Será que realmente el dinosaurio no murió el 2 julio como se creyó? ¿Será que ni siquiera en Yucatán, donde se impactó aquel metiche meteorito y ya se había levantado con toda pompa el acta de defunción respectiva?

¿Será que el inche dinosaurio nomás se atarantó y ahora vuelve más soberbio y rejuvenecido? Todo indica que al novato cazador no solamente se le fue una liebre sino el dinosaurio entero.

Muy mal debe andar el PAN cuando fue derrotado por un clan jurásico que no ha sufrido mutación alguna, que

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocalido” el 19 de agosto de 2001.



sigue igual, sin pastor que pueda poner orden en ese caótico rebaño.

Que si el PRIT ganó Tabasco y en Oaxaca, que si el PANT conservó el ayuntamiento de Aguascalientes y perdió todo lo demás, que si el PRTD perdió de calle en todos sus frentes. ¿Realmente a alguien le quitará esto el sueño? Claro, descontando a quienes directa o indirectamente viven bastante bien de los resultados de esas costosísimas elecciones.

Pero nadie más. Los mexicanos y las mexicanas se encuentran hoy sumergidos en el desencanto total producido por esas sociedades anónimas (aunque ni tanto) llamadas partidos políticos. Por eso ejercen su incuestionable derecho a la abstención... perdón, a la abstención. Total que el dinosaurio si resucitó. Así que Dios nos agarre confesados o cuando menos que la bendición del bendito Abascal nos proteja.

## II

En 1965 Jorge Ibarguengoitia publicó la tal novela que es una parodia de la Revolución Mexicana titulada –nunca he sabido bien a bien por qué– “Los relámpagos de agosto”. Era el inicio del sexenio de Díaz Ordaz cuando se editó por primera vez y no era precisamente el tiempo más adecuado para satirizar y pitorrearse del sacrosanto mito revolucionario.

“La sombra del caudillo” de Martín Luis Guzmán (1929), “El Gesticulador” de Rodolfo Usigli (1943) y tal vez “La muerte de Artemio Cruz” de Carlos Fuentes (1962) son los textos que mejor reflejaban el descontento sobre los pobres



logros de la revolución y sobre todo de su descomposición en una clase gobernante ambiciosa, corrupta, ignorante y entreguista de la soberanía nacional.

La historia que Ibarregüengoitia nos narra es la lucha por el poder que se desató cuando se había disipado ya el humo de los cañones y fue muerto el caudillo (¿Obregón?). Sólo que está contada sin el tono trágico ni “la sombra” que permea en la novela de Martín Luis Guzmán. Comienza al revés; desde el principio del relato, sin más, desapareció al caudillo para que no haya sombra y los absurdos personajes puedan moverse con entera libertad.

Aquí la tragedia se vuelve humor, ironía, un endiablado juego del escritor con personajes y tiempos que produce una de las novelas más originales de la literatura mexicana moderna.

Es el relato del fracaso de un grupo “revolucionario”, de generales en su lucha por la silla que dejó vacante el caudillo al morir. Se hicieron las alianzas respectivas, se eligió el caudillo más idóneo, se reformó el grupo de “los amigos de Valdivia”, pero luego vinieron las traiciones, las intrigas, el revire del nuevo jefe máximo que dejó a los que ya se sentían seguros y nuevos dueños del poder, colgados de la brocha, cuando ya se habían repartido entre ellos casi todo “el gabinetazo”.

### III

El más reciente “asalto a los Pinos” sí tuvo relativo éxito, aunque muchos aguafiestas insinúan de mala leche que dicho triunfo contó con toda la complicidad y el apoyo de quienes verdaderamente decidieron el rumbo de la pa-



tría entera, o sea, ¿ves? Los duchos de la globalizada banca que eligen sin miramiento alguno el tipo de gobierno que más les acomoda a sus intereses. El cambio del partido en el poder poco importa siempre y cuando no se salga del redil establecido.

Este mes de agosto, por cierto, son muchos los relámpagos que vuelven a tronar con fuerza. Los agricultores de Sinaloa que no pueden vender su cosecha porque el gobierno mexicano importa miles de toneladas de maíz especial para cerdos de los Estados Unidos y la mega manifestación de los agricultores en el Distrito Federal, claramente reflejan la caótica situación del campo.

Las piñas se pudren, debido a la preferencia de los productos norteamericanos, a los cañeros les adeudan millones desde hace años de sus cosechas. Usaviagra (así le dice Brozo a Usabiaga) ni se inmuta, ni los ve ni los oye, como decía el expresidente más querido de los últimos tiempos por los mexicanos y las mexicanas.

Las severas restricciones a los camioneros mexicanos por nuestros "amigos" los senadores del Partido Demócrata nos confirman nuestra subordinación absoluta a la política de los gringos. Así será, lo suponemos, desde que Poinsett arribó a las costas de Veracruz y susurró al oído del analfabeto López de Santana las virtudes de un sistema político republicano a la imagen y semejanza del de Estados Unidos.

A tal grado llegó nuestra dependencia con los yanquis que desde la Constitución de 1824 se le endilgó al imperio mexicana y al efímero imperio de Iturbide el nombre de Estados Unidos Mexicanos. Debe resaltarse el servilismo de nuestros próceres legisladores que tan sabias enseñan-



zas han dejado a los actuales y que nos condenó para siempre a ese inseparable lastre.

La llegada a México de Oscar Espinoza que a todo mundo le vale sombrilla, salvo a "los medios"; la exoneración de Rosario Robles que idem; la insistencia de Echeverría que nada tuvo que ver el 10 de junio de 1971; las declaraciones bufonescas de Rodríguez Alcaine y de un peloncito medio simpático que dirige la policía del D. F. poco pueden hacer para opacar al mayor de los relámpagos de agosto: lo inútil que resultó el partido de los conservadores y las conservadoras ("los cangrejos", les decían en el siglo pasado) para administrar y conservar el reciente poder conquistado.

"La muerte de Artemio Cruz", perdón de Hank González, que tan fielmente encarnó todas las cualidades y defectos del dinosaurio que se niega a morir y que quienes tuvimos la suerte de cruzar el siglo ya estábamos tan creídos de que así sería. Seguramente el gran mérito con el que el Profe ingresaría a las páginas de la historia, será la cínica frase de "político pobre, pobre político", las demás virtudes que se le han endilgado por los medios no son más que el reflejo del inmenso poder que tuvo. Nada más.

#### IV

Pero regresemos a la historia que ahora nos ocupa: resulta que un tal general Arroyo vivía en el ostracismo después de los últimos cañonazos de la Revolución. Un buen día recibió un telegrama de su compañero de mil batallas que recién había ganado la elección de la presidencia de la república y lo invitaba a colaborar como su secretario particular.



Desde luego que aceptó porque “es una buena oportunidad para alcanzar los fines de la Revolución”. Sabía que no fue elegido por sus méritos revolucionarios sino porque conocía dos o tres detallitos de la vida militar y personal del presidente electo que se requería mantener en secreto por razones de Estado.

Desde el momento que abordó el tren comenzaron sus tribulaciones. Un amigo militar en desgracia, por los vaivenes revolucionarios del momento y al que socorrió invitándolo a comer, le robo su pistola. Tal era el sentido del honor de los generales revolucionarios.

Pero el golpe más duro lo recibió al enterarse por la prensa de “la muerte del viejo, el mero mero, el héroe de mil batallas, el presidente electo, el jefe de hombres, el primer mexicano”. Su desconcierto fue total.

En el sepelio del jefe, junto a otro compañero de armas, se abrieron paso a codazos hasta llegar al féretro, donde estaba reunida toda la clase política del momento. (Haga de cuenta que usted va a un sepelio y se encuentra a Creel, a Castañeda, a Cerisola, a Gil, a Zinser y por supuesto, a Maritita Sahagún). Afortunadamente, para nuestro personaje el presidente sustituto pronunció las mágicas palabras: “date una vuelta por Palacio, Lupe, que tengo que hablar contigo”. El interinato quedó en manos del Congreso “que era muy espantadizo [...] una sarta de mentecatos, que no hacía falta ninguna tropa para hacerlo actuar de tal o cual manera”. (Estamos hablando de 1928, que conste, para no meternos en problemas).

Los amigos de Arroyo acordaron que el Gordo Andrade, perdón el Gordo Artajo, cumpliera el interinato y preparara la elección a gusto de los conspiradores. Pero ellos



propusieron y el Congreso dispuso, como ahora se estila. El presidente electo resultó ser un enemigo jurado de nuestro héroe a quien por poco ahogaba en una fosa en el sepelio presidencial, por creer que se robó un reloj que heredó de su jefe.

“En los periódicos leí que mis compañeros –recuerda Lupe Arroyo- habían felicitado al Presidente y que éste había dicho, entre otras cosas, que México había dejado atrás la etapa de los caudillos... lo cual resultaba un golpe directo al finado”. (Cualquier semejanza con el Presidente Calles es mera coincidencia).

La entrevista con el nuevo Jefe Máximo es reveladora de lo que ha sucedido después con nuestro sistema político. El sustituto le reclamó no haber estado en la comitiva de lambiscones, le asegura ser su amigo y le pide su opinión sobre el interino designado por la Cámara (Portes Gil, me supongo). El aludido es directo y hasta sincero: “Ese individuo no tiene energía bastante (con otras palabras) no es simpático, no tiene méritos en campaña. Nunca podrá hacer unas elecciones libres. ¿Pero quién quiere elecciones libres? –Yo me escandalicé ante tanto descaro y recordé los sacrosantos postulados de la Revolución-. Él me contestó: ¿Sabes a dónde nos conducirían unas elecciones libres? Al triunfo del señor Obispo. Nosotros los revolucionarios verdaderos, los que sabemos lo que necesita México tan querido, seguimos siendo una minoría. Necesitamos un gobierno revolucionario, no elecciones libres”.

Algo semejante debieron haber reflexionado los artífices del partido de la Revolución y lo mismo deberán estar pensando todavía los del partido del cambio. Sólo que en política, la liebre salta siempre por otro lado y así les fue,



así les está y les seguirá yendo... Pero no hay problema. El estoico pueblo mexicano aguanta eso y más... aunque ya ha demostrado que a veces no tanto.

La cátedra continuó: "Para alcanzar ese fin –es decir, el gobierno revolucionario– debemos estar unidos y nadie se une en torno a una figura enérgica, como tú, como yo, necesitamos alguien que no tenga amigos ni enemigos, ni simpatías, ni planes, ni pasado, ni futuro: es decir, un verdadero fante, por eso escogí a X". La historia posterior nos dio muchos ejemplos de esta sentencia pronunciada por uno de los preclaros patriarcas de la política a la mexicana.

## VI

¿Será que realmente el PRI ya se reformó y por eso ganó las elecciones? No es creíble. ¿Será que fracasaron la reingeniería y el virus de la calidad total al gobierno de los empresarios? Tampoco, porque ni siquiera conocen la forma de aplicar tan novedosas tendencias "harvardianas" en la administración pública en un país de analfabetas.

Seguramente lo que en verdad le pasó al flamante presidente recién electo que "echó al PRI de Los Pinos", fue lo que le sucedió al emperador Maximiliano quien llegó a gobernar un país que ni conocía, mucho menos su historia y su sistema político. Estaba tan desorientado que lo primero que hizo fue ratificar las Leyes de Reforma expedidas por sus enemigos: el presidente Juárez y los liberales. Es decir, vino a gobernar con el mismo sistema político de sus enemigos, que es exactamente lo que ahora sucede.

Claro, Max lo hizo por su formación liberal, a pesar de las protestas de la Iglesia Católica y de los conservado-



res y las conservadoras así como de la consorte: Martita Sahagún, perdón, la Emperatriz Carlota Amelia Clementina Leopoldina, princesa de Guanajuato o de Bélgica, no recuerdo bien y Emperatriz de México, que con su locura habría de pagar sus desmedidas ambiciones, (releer “Noticias del Imperio” de Fernando del Paso).

De este mismo modo, el vencedor del 2 de julio (a Porfirio Díaz se le conocía como el Héroe del 2 de abril) ha hecho hasta la fecha más o menos lo mismo que Maximiliano: ratificar miméticamente y hasta “copeteado” todos los usos y costumbres cultivados por el partido derrotado que gobernó al país durante setenta años.

## VII

Cuando se dio el banderazo para la contienda electoral los generales conjurados para el “asalto a palacio” se agruparon en torno al secretario de Gobernación, candidato natural y pronto integraron el grupo de “amigos de Valdivia”. “Se formaron dos partidos: el PRIR (Partido Reivindicador de los Ideales Revolucionarios) y el PIIPR (Partido de Intelectuales Indefensos pero Revolucionarios). La campaña se inició con todo éxito. “Juan era un candidato perfecto, tenía una promesa para cada gente y nunca lo oí repetirse...ni lo vi cumplir ninguna, por cierto –recuerda nuestro personaje–.

Repentinamente el nuevo Jefe Máximo se fue por otro lado (como el samurái que se hizo el harakiri y se convirtió en geisha, como cuenta el maestro Catón). Unir a todos los partidos revolucionarios en uno solo era la meta de la Revolución, un partido único, al mismo tiempo revolucionario e institucional. (Figúrese que incongruencia tan mexicana).



Esto desconcertó “a los amigos de Fox”, perdón “a los de Valdivia”. No hay problema, la campaña va bien, el único problema para aceptar es que no iban a alcanzar los puestos del gabinete para tanto revolucionario unificado. Pero se puede resolver creando supersecretarías –dijo un head hunter– como la de “crecimiento con equidad”, “orden y respeto”, “paz, orden y progreso” etc. Al repartirse los tres niveles del futuro gobierno, a uno de los héroes de mil batallas sólo le tocó la presidencia municipal de su pueblo “porque no era parlanchín”. Pero apechugó. Todo era por la causa.

A muchos nos les agradaba la idea del partidazo, pero “si hay una aplanadora, más vale estar encima que debajo de ella”. Por lo que concluyeron que la única salida era apoderarse del partidote como lo han estado haciendo ahora Madrazo y Labastida. Por lo pronto decidieron fundar un partido chafa, que lanzara la candidatura del Chícharo Hernández para dividir al partido único. El Jefe Máximo aceptó el plan sin chistar, lo cual dio muy mala espina a los conjurados. “Nunca se nos ocurrió que si nosotros habíamos pasado dos horas pensando cómo eliminar gente, él llevaba seis meses en las mismas”.

Los conspiradores decidieron cerrar la campaña reuniendo a toda la clase política en Cuernavaca para celebrar “el triunfo” de Valdivia, aquel nefasto mes de julio de 1929. “Vengan todos, para demostrar nuestra fuerza” –los conminó el Candidato–. “Y todos fuimos, consumando así una de las metidas de pata más notables de la historia de México”.

## VIII

“Empezaron a llegar los invitados más ramplones”. Líderes sindicales, traficantes, diputados, algunas damas de la hight society, pero los meros meros no llegaban”.



“Entonces comprendí que andaba la perra suelta –reflexionó Lupe–. El teléfono se cortó, los zapadores que arreglaban el jardín desaparecieron, luego todos se tranquilizaron cuando llegó el embajador del país más poderoso del mundo. –Artajo me miró con desprecio, como si yo fuera culpable de un pánico completamente injustificado. –Tú y tus sustos–me dijo El Gordo Andrade, quien media hora antes era el más asustado”.

Al Candidato le pareció de mal gusto tomar bebidas alcohólicas frente al representante de un país que había decretado la Ley Seca y los mozos tuvieron que ocultar todas las cajas de licores importados. Esta medida provocó un sentimiento de hostilidad hacia los Estados Unidos, mayor que la de los atuneros, los piñeros, los cañeros y los camioneros mexicanos sometidos a una competencia tan desleal con los güeros. “La fiesta se fue a pique”

El pánico cundió cuando se informó que apresaron al dirigente del partido chafa, que había tropas en la carretera y que desapareció el embajador como por arte de magia. Los conjurados decidieron primero huir y luego levantarse en armas contra el supremo gobierno. Los diarios capitalinos publicaron ese mismo día: “Confabulación de generales (fotos con nombres). Se levantaron en armas y fueron apresados en Cuernavaca por fuerzas federales. En toda la República reina la paz”.

Desde entonces la prensa mexicana no ha podido recuperarse de la pérdida de la credibilidad que tenía el periodismo en el siglo XIX. Carlos Ramírez nos dio cuenta, en un excelente reportaje, del golpe publicitario que logró el Washington Post mediante el escándalo de Watergate que provocó la renuncia de Nixon, para volver a recuperar



la confianza de los lectores de periódicos en Estados Unidos (Hidrocálido, 12 ago. 2001).

Está por demás decir que la campaña militar en contra del supremo gobierno fue un rotundo fracaso: la ineptitud y las traiciones fueron el ingrediente principal de la derrota. La columna federal fue puesta al mando del tal Macedonio (desde luego que no era el diputado de la moto)<sup>2</sup> fue el que le robó su pistola a nuestro héroe al principio de esta historia.

Pero para colmo se toparon con la intransigencia de los gringos sin cuyo apoyo ninguna revolución ha podido triunfar nunca en México. El cónsul le repitió a los conjurados la misma letanía de siempre: “Si cae una sola bala de aquel lado del río, el gobierno le declarará la guerra a México. Nuestro plan de ataque suponía un bombardeo previo, hecho de tal manera que no iba a caer de aquel lado una bala sino mil. –Siempre han sido un país muy egoísta –dijo enardecido. –Ya estamos cansados de sus revoluciones– me dijo el gabacho– y repitió la cantaleta: Si una sola bala...”

No quedó más que un plan diabólico que consistía en preparar un coche bomba y arrojarlo directamente sobre el cuartel general del enemigo, para que si una sola bala.....

Pero el artefacto de marras nunca tronó, más bien lo hizo más tarde, a media batalla, en las propias filas revolucionarias causando confusión y bajas considerables, como el aerolito que cayó en Yucatán y no extinguió a los reaccionarios dinosaurios.

Luego las traiciones se acumularon. Hurtado se pasó a los federales y lo recompensaron con un ranchito de

---

<sup>2</sup>Félix Salgado Macedonio: de 2000 a 2003 se convierte en Diputado Federal por la LVIII Legislatura. Es conocido por su polémica y extravagante forma de actuar y de vestir, involucrándose en actividades de la farándula y por su colección de motocicletas y autos clásicos. (Nota del autor)



14 mil hectáreas. La batalla se aproximaba, resistirían hasta que El Gordo Artajo llegara con sus 7 mil hombres.

Luego se supo, por la prensa por supuesto, que ni se había movido de donde lo dejaron y que “su actitud patriótica ha sido uno de los principales factores de la pacificación del país” señalaba la susodicha prensa de la capital.

En el juicio militar se acusó a Arroyo “de traidor a la patria, de violador de la Constitución, de abuso de confianza, de homicida, de perjurio, de traficante de blancas y hasta de cristero”. Pero el Comandante Macedonio lo perdonó “por haberle regalado su pistola que pudo empeñar para medio comer en aquel memorable día. La fotografía que apareció en el periódico era de un carnicero que ni la debía”.

Mientras tanto el cielo se ennegrecía y los relámpagos tronaban cada vez con mayor fuerza en este agosto del año en que vivimos.



## La Cristiada y Calles, un binomio inseparable<sup>1</sup>

Plutarco Elías Calles fue presidente de los Estados Unidos Mexicanos del 1º de diciembre de 1924 al 30 de noviembre de 1928.

Tal parece que la relación de amor y odio entre la Iglesia Católica y el Estado Mexicano desde el siglo XIX es una constante inevitable.

Esto viene al caso por la enorme difusión de la película “Cristiada” y la publicación del último libro sobre Plutarco Elías Calles, escrito por uno de sus nietos, así como la reciente visita del Papa a la zona del Bajío. Luego entonces, resulta irresistible hacer una reseña-comparación entre esos interesantes acontecimientos.

### **1.Los acontecimientos recientes.**

El 28 de marzo pasado el Congreso de la Unión aprobó, con apurada mayoría, la reforma al Artículo 24 constitucional que según eso, garantiza la libertad religiosa (y yo que ingenuamente creía que ya estaba garantizada desde la época de la Reforma encabezada por Benito Juárez).

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico Hidrocálido el 23 de junio de 2012.



El texto reformado establece que "esa libertad incluye el derecho a participar, individual o colectivamente, tanto en público como en privado, en las ceremonias, devociones o actos de culto respectivo" (R. Vera, Proceso 1 abr. 2012).

Obregón firmó su sentencia de muerte hace casi cien años por expulsar al Nuncio Apostólico Filippi, quien convocó a una ceremonia masiva en el Cerro del Cubilete para bendecir una monumental estatua de Cristo Rey, al pie de la cual recientemente el Papa Ratzinger congregó a más de medio millón de fieles.

Todo indica que a nuestros flamantes legisladores no les dio tiempo, como siempre, de envolverle ese regalo legislativo a Su Santidad, quien partió de tierras chichimecas apenas dos días antes de tan flamante reforma constitucional.

De todos modos, nunca hubiera quedado bien. Días antes a la visita papal el Nuncio Apostólico de hoy, afirmaba que si bien, las reformas constitucionales impulsadas por Salinas y recientemente por el Congreso, representan un avance, se requiere aún "una libertad plena que abarque la instrucción religiosa en las escuelas públicas".

Todavía más, el domingo pasado el Secretario de Educación Pública asistió a la misa mayor en la Catedral Metropolitana y al darle la comunión, fue urgido por el Cardenal Primado de México a respaldar proyectos que tiendan al mejoramiento de la educación, obviamente en la que debe estar incluida la iglesia Católica.

## **2. La película.**

Desde luego se trata de toda una superproducción muy al estilo de Hollywood, con todos los recursos tecno-



lógicos y la larga experiencia con que cuenta este emporio cinematográfico.

Hace acopio de información de aquí y de allá sin lograr presentar un buen libreto con los tintes literarios que tanto le hacen falta a las películas gringas. Seguramente su fuente principal fue Jean Meyer y sus cuatro monótonos tomos sobre la Cristiada.

Se nota que nunca leyeron la excelente novela “De los Altos” de Guillermo Chao Evergengy (creo es subdirector de un diario nacional).

Tal parece que el guionista tuvo como único propósito reivindicar al oscuro y casi nunca mencionado General Gorostieta, un ex oficial huertista retirado, que se alquila como mercenario con el propósito de darle unidad de mando a los dispersos grupos cristeros, entre ellos al del padre Reyes Vega, autor de la célebre voladura de un tren con todo y pasajeros dentro.

Pésimo el personaje que representa a Calles; para empezar, nunca usó piocha y era más rudo y corpulento que ese actor que pusieron. Su nieto, quien escribió la autobiografía que enseguida comentaremos, ha de estar bien “encaboronado”, como dice Catón, el de Saltillo.

La actuación de Andy García, el actor de origen cubano como el héroe de la película, es buena. Tampoco puede faltar todo ese aspecto trágico representado por los niños mártires y el sacrificio de los caudillos, escenas en las que Hollywood tiene bastante experiencia. También es poco creíble, históricamente hablando, la entrevista Calles–Gorostieta y mucho menos los intentos personales del presidente de sobornar al flamante caudillo.

El colofón no puede ser más revelador: “la película está dedicada a los mártires de esa etapa de intolerancia”



o algo así. Desconozco también por qué de la omisión del artículo y solamente la titularon “Cristiada” a secas. Pero veamos que dice don Plutarco.

### 3. El libro.

El título completo es “Yo fui Plutarco Elías Calles, la versión jamás contada” y el autor es Alfredo Elías Calles (SUMA, diciembre, 2011).

El recurso literario: narración en primera persona, en este caso una autobiografía novelada del protagonista, Plutarco Elías Calles.

El hilo principal del libro es una autodefensa sobre su actuación pública y personal, por cierto muy íntima y muy interesante también porque nos explica con sinceridad cómo un profesor de pueblo, ranchero arruinado, molinero, hotelero fracasado y un oscuro comisario de una remota población fronteriza, Agua Prieta, Sonora, llegó a tener en sus manos las riendas absolutas del poder en el país.

Pero sobretodo y lo que hoy nos interesa, su papel inevitable en ese conflicto tan polémico que se vuelve a revivir con la visita del Papa al Cubilete y con la reciente película “Cristiada”.

Como toda autobiografía, tiende a la justificación de su actividad pública y hasta privada. Inicia con una frase contundente: “Fui el albañil que ladrillo sobre ladrillo construyó un nuevo proyecto de nación”.

Toda la primera parte arremete contra Cárdenas, su protegido y de quien dice, lo traicionó a pesar de que una india yaqui le advirtió “que era mustio”, taimado pues. “Como esfinge impasible presenciaste el asalto a mi honra”, le reclama, pero ese es otro tema.



También explica en detalle sus raíces, ya que siempre se le ha considerado de origen confuso, hasta “Turco” se le ha llamado. Dice: “Nací un 27 de enero de 1877. Al quedar en la orfandad, la tía Pepita y su esposo Juan Bautista Calles, me tomaron a su cuidado. Luego apareció mi abuela Bernardina Lucero de Elías y se ofreció a recogerme. La sangre que corría por mis venas era de los Elías, ellos eran mi raza”.

Era un Elías, cuyos ancestros de origen vasco, habían llegado doscientos años antes a la Nueva España. “Su abuelo José Juan Elías, fervoroso republicano, murió a consecuencia de las heridas en la batalla de Cananea contra los imperialistas, muerto de sed y desangrado en medio del desierto”. A pesar de todo, la historia lo registra simplemente como Calles.

Narra su experiencia como profesor, que fue su primera actividad remunerativa. En 1882 tomó un curso especial que lo habilitaría como maestro: “Mi paso por las aulas resultó una revelación que habría de acompañarme toda la vida”. Por esos días firmó el primer documento oficial, como director de escuela con su nombre completo: Plutarco Elías Calles.

“A los veintiuno se enamoró de Josefina Bonfiglio con quien procreó un hijo, pero los Elías se las ingenieron para mandarlo lejos, al desierto, donde la familia poseía tres mil hectáreas donadas por el Gobierno de la República al abuelo por los servicios prestados a la patria”.

La carta enviada a un pariente por Plutarquito, su consuetudinario beodo progenitor, decía: “Ahí te mando a este cabrón, hay que entretenerlo porque anda enamorado y no quiero que se case”.



Siguen luego todas las peripecias personales, desde su matrimonio con Natalia Chacón quien le dio once hijos y las grandes dificultades para sostener semejante prole.

El triunfo de la revolución maderista, en la que ni él ni Obregón participaron, pero de rebote, a través de su condiscípulo Adolfo de la Huerta, se convierte en flamante comisario de Agua Prieta, un villorrio perdido en la frontera, donde inicia su carrera política que lo habría de llevar hasta la presidencia de la República.

Los acontecimientos que siguieron son de sobra conocidos: el asesinato del presidente Madero, el desconocimiento de Huerta por Carranza y por el Congreso de Sonora, el ascenso de la estrella de Obregón y el modesto papel de Calles, siempre a la retaguardia, la caída de Huerta, división de la triunfante revolución, la Convención de Aguascalientes, el enfrentamiento contra Villa. A Calles le toca defender la plaza de Naco, Sonora, de los villistas, pero nada más, mientras Obregón se alza con los grandes triunfos del Bajío contra Villa.

Luego viene el rompimiento con Carranza, el ascenso al poder de los sonorenses y desde luego, el enfrentamiento con la Iglesia. Aunque a decir verdad, tal enfrentamiento ya tenía rato, desde el inicio de la revolución. A la jerarquía católica le desagradaba Madero por espiritista y su alianza con los hacendados la enfrentaba de plano con los revolucionarios.

De tal forma que Calles no fue el único demonio que enfrentó a la Iglesia, todos los jefes revolucionarios tuvieron que ver en el conflicto, hasta Carranza, el más conservador de todos, decretó nuevamente, después de Juárez, la jurisdicción del Gobierno sobre los bienes del clero. Son me-



morables las ejecuciones de religiosos por Villa, Alvarado, Villareal, Garrido Canabal y sobre todo, aquella ofensa imperdonable de Álvaro Obregón al enviar a Veracruz un vagón para ganado del ferrocarril repleto de sacerdotes después de haberlos sometido a vergonzoso examen médico, cuyos resultados forman parte del anecdotario de la revolución.

El 15 de Julio del 28, Obregón, ya presidente electo, es asesinado (o ejecutado) en una comida ofrecida por la diputación guanajuatense, precisamente los legisladores del mismo estado donde se encuentra el multicitado Cerro del Cubilete.

Se lo advertí, “Estás loco, te vas a comer a los representantes del estado más reaccionario del país”.

Después de los hechos consumados le comentó a Morones, el ostentoso líder obrero al que junto con Calles se le adjudicaba la autoría del magnicidio: “Ahora sí, el Clero nos ha dado en la madre”.

Ya como presidente y por intermediación del embajador norteamericano, concedió a los obispos en pleno una audiencia en el Castillo de Chapultepec. “Los señores obispos se dijeron afectados por nuestra negativa de concederles libertad de instrucción escolar... y expresaron que no podían sujetarse a la Carta Magna, que para ellos sólo la obediencia al Papa era indiscutible”.

El rompimiento se daría a finales de julio (1926). El clero por cuenta propia, suspendió los cultos responsabilizándonos de tal decisión. Así se inició el conflicto que habría de durar tres años (1926–1929), en el que por la intransigencia tanto de la Iglesia como del Gobierno, se pudo evitar tanto derramamiento de sangre innecesario.

“Ya firmada la paz en el mes de Junio (1929) repicaron las campanas y los Obispos regresaron al país”... “Goros-



tieta estaba muerto y ahora le rezaban". Grupos armados de campesinos se preguntaban el porqué "si iban ganando". Muchos no se rindieron y fueron sacrificados inútilmente. Esto no lo dice la película, por supuesto.

Calles reflexiona: "Comprendí que en el afán de proteger la integridad del Estado posiblemente me había excedido. Quizá si hubiera flexibilizado algunas leyes como la limitación de sacerdotes en los estados o bien, el registro de los mismos, esta catástrofe se hubiera evitado".

#### **4. Conclusión personal:**

La película, según se sabe, una superproducción millonaria, tendenciosa, sin mucho sustento histórico sólido; el libro, toda una argumentación autojustificatoria del protagonista y nuestra clase política, como siempre, con ese afán pragmático que le ha sido siempre proverbial.



## A un año de su viaje a “La región más transparente”<sup>1</sup>

Es difícil opinar sobre los escritores consagrados y de fama internacional, aunque ya estén bien muertos, porque se puede caer en el lugar común del halago fácil o bien, dejarse llevar por la tentación de pegarles duro, lo que puede ser una treta más sugestiva, ya que como aprendices de escritores que somos, nos puede acarrear mayor prestigio.

Hace un año no me atreví a escribir nada sobre el fallecimiento de tan notable escritor. Fueron muchos tinteros los que se derramaron al respecto y consideré totalmente impropio mi modesta participación. Hoy lo pretendo hacer al cumplirse el primer aniversario de su muerte, esperando no caer ni en el halago simplón ni en el vituperio vanidoso.

Me anima el hecho de que ninguno de los textos más reveladores que conozco en cuanto a postura personal sobre el escritor, como el de Enrique Krauze (Vuelta, 1988) con su pesada y fría formalidad, el de Ramón de la Fuente (El Universal, noviembre del 2008) con su moderación y equilibrio conceptual, el excelente libro reportaje, compilación

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico “Hidrocálido” el 2 de junio de 2013.



de Julio Ortega (Círculo de Lectores, 1995) y el de Agustín Lascazas (Hidrocálido, julio de 2012) quien con su proverbial ironía quevediana me hizo recordar que el boom latinoamericano no se produjo aquí, sino que lo crearon los libreros de Barcelona, ninguno de ellos se publicó al momento de la muerte del escritor ni tampoco al primer aniversario y es que son textos que modificaron substancialmente mi devota admiración por el autor.

Quiérase o no, Carlos Fuentes sigue siendo referencia obligada en la literatura mexicana y en la de muchos países. No resulta exagerado afirmar que su prolífica obra junto con la de Octavio Paz, han impedido que las letras autóctonas se pierdan en el anonimato universal, ambos se convirtieron antes de morir, en dos escritores cosmopolitas en la tierra del tezontle y el nopal.

Mis primeras lecturas fuentianas datan de hace muchos años y coincidieron con aquella larguísima entrevista concedida en París a mediados de 1973 a James Fortson, editor de la revista "Él" (tan leída en ese tiempo) y en la que Carlos Fuentes proyectaba la seguridad y la dicha de quien era ya todo un triunfador. Aquella manera tan cosmopolita de ver la vida en alguien que se suponía debería ser un escritor tercermundista acomplejado. Verdaderamente nos deslumbró a uno que otro de mi generación que en este tiempo comenzábamos a sentir el placentero cosquilleo de la literatura.

Hoy recuerdo aquel pequeño librito que se editó como suplemento de la revista, literalmente lo devoré, y desde entonces, ocupa un lugar privilegiado en mi raquíca biblioteca. Fue a fines de ese año cuando tuve que viajar más de quince horas en un solo día, en ese sorprendente



Ferrocarril de Chihuahua al Pacífico y aprovechando lo lento que el tiempo transcurría, me leí también de corrido, además de la entrevista, “Cantar de ciegos” y “Todos los gatos son pardos”, editados en aquella inolvidable colección de la editorial Joaquín Mortiz.

La extensa y sólida cultura universal que Fuentes reflejaba, el conocimiento tan amplio de la literatura universal, de la cultura popular, de la ciudad de México, de la historia y la política, sus viajes imprevistos e improvisados por Europa acompañado con Julio Cortázar y García Márquez, su amistad con las grandes figuras del arte contemporáneo como Buñuel, Ionesco, Milan Kundera, Helen Cixous, Susan Sontag... además de sus divertidas complicaciones en sus viajes con Monsiváis, a quien servía de lazarillo en aquellas ignotas tierras y a quien los amigos aristócratas de Fuentes lo hospedaban en una habitación destinada a Alain Delon para sus fines de semana. Verdaderamente todo aquello nos dejaba a algunos incipientes lectores, boquiabiertos.

Supimos de su devoción por el Quijote de Cervantes y por J. Sebastian Bach; pero también de su desprecio por Cantinflas, Salvador Novo y Díaz Ordaz. No dejó de recordar y mencionar en la entrevista a los mariachis, las prostitutas y los merolicos de San Juan de Letrán y Garibaldi, así como a la horrible transformación que estaba sufriendo la ciudad de México bajo la batuta modernizadora de Miguel Alemán y Uruchurtu el llamado Regente de Hierro. Una especie de amor y odio que magistralmente quedó plasmado en su “Región más transparente”.

Aunque sobre esta imagen que describe en la ciudad de los cincuenta, Enrique Krauze lo cuestiona con dureza “en sus textos México es un libreto, no un enigma ni un



problema y casi nunca una experiencia (...) tengo la convicción de que Fuentes usa el tema de México distorsionándolo frente al público norteamericano, con credenciales que no ha querido ni sabido ganar (...) en las vacaciones visitaba México, no vio la necesidad de adentrarse en el campo". Pero... "faltaba ese conocimiento práctico de la vida social que tenía Balzac". Al que obviamente pretendió siempre imitar sin lograrlo.

Aun así, Fuentes logró una radiografía original de la urbe que se comenzaba a prefigurar en esa época. La novela se desarrolla en el período de 1946 a 1952 que corresponde al gobierno de Miguel Alemán cuando a los cachorros de la revolución sí les hizo justicia. Una ciudad que se comienza a modernizar, pero también a corromper, ¿será casualidad o por una mera ocurrencia del autor que la novela comienza y finaliza con las peripecias de una prostituta, Gladys García para sobrevivir en la gran ciudad?

En la novela confluye toda esa "zoología" como él la llama, que es producto de la revolución: el excombatiente ahora en el partido vencedor, las familias de rancio abolengo venidas a menos que no les queda de otra que fusionarse con la nueva clase vencedora y también los "satélites" (juniors, intelectuales, arribistas, homosexuales). Así como los de los abajo: prófugos, zapatistas fusilados en la cárcel de Belén (un excelente cuento incrustado en la novela, intertextualidad, le dicen), líderes huelguistas de Río Blanco, maderistas, ruleteros, obreros, mecanógrafas, vagos desmadrosos, y hasta soldaderas villistas.

En la novela desfila un conjunto de seres que se configuran ante el caprichoso caleidoscopio del autor que los hace girar y a veces coincidir o alejarse caprichosamente,



“un entretrejido de fantasmas extraviados “ ¿por qué vivimos en una ciudad tan horrible, donde se siente uno enfermo, donde falta el aire, donde sólo deberían habitar águilas y serpientes?”. Se pregunta Ixca Cienfuegos, el guardián milenarío de los antiguos habitantes del “ombligo de la luna” y luego remata: “ciudad perro, ciudad famélica, suntuosa villa, ciudad lepra y cólera, hundida ciudad, tuna incandescente, águila sin alas, serpiente de estrellas, aquí nos tocó vivir, qué le vamos a hacer, en la región más transparente del aire”.

Pero siguiendo con aquella entrevista, las respuestas que le dio a su ingenuo entrevistador, quien pretendía acorralarlo con sus preguntas nos trastocaron totalmente la idea que teníamos del escritor y del hombre culto en ese tiempo. Fuentes le contestó: “Me gusta beber, me gusta co... habitar, Me gusta leer un buen libro, me gusta leer un poema para mí solo, me gusta la música de cámara de Schubert y me gusta la música religiosa de Bach ¿okey?”.

Aquellas afirmaciones tan espontáneas se fueron convirtiendo en una especie de catecismo para quienes ya éramos fieles seguidores de sus novelas, cuentos y ensayos. Sus desplantes, su ironía, la enorme seguridad en sí mismo que le daba la certeza de ser un chingón, en el sentido que le da Octavio Paz en su laberinto, a esa categoría existencial mexicana. Por esas fechas ya existían “Muñeca reina” “Tiempo mexicano” “Cervantes y la crítica de la lectura” y “Zona sagrada”. Luego entonces, ¿qué otro gurú, líder o “macizo” como decíamos entonces, podríamos elegir hace casi 40 años que no fuera el maese Fuentes? No había muchas sopas de dónde escoger. Ni hay.

Ese temprano descubrimiento desde luego que tiene que ver con aquella primera, inocente lectura de “La re-



gión más transparente” en aquella edición del filantrópico Fondo de Cultura Económica que ha muchos nos arrancó, en lo que cabe, de nuestro analfabetismo funcional. Luego la edición conmemorativa de los 40 años de “Alfaguara” de lujo, por supuesto, el acontecimiento lo ameritaba. Perdón si me sumerjo inconscientemente en elogios. Seguimos.

Fue emotivo el homenaje cuando al cumplir ochenta años, un grupo de actores leyeron fragmentos de “La región más transparente”, Ofelia Medina, Demian Bichir, Jesús Ochoa, María Rojo, quien leyó sobre Gladys y creo que hasta Gael le entró a aquel emotivo homenaje que Fuentes clausuró bailando un danzón con la Lemus, amenizado por la Sonora Santanera. Estuvo chido.

Luego vinieron “Aura” que tanto revuelo causó con la censura del secretario Abascal, “Cantar de ciegos”, “Los cuentos de agua quemada”, “Gringo viejo”, y aquel impresionante torrente verbal titulado “Terra Nostra”, en que el personaje contempla desde el Escorial “el pudridero de los Habsburgo” y nuestra ambigua relación con la “Madre Patria”. Ejercicio que repite luego en “El espejo enterrado”.

Fortson lo presionaba durante la entrevista para que hablara de sus ingresos como escritor y de su vida íntima. Fuentes le confiesa, que independientemente de su fama de Don Juan, las únicas dos mujeres de su vida fueron Rita Macedo en el pasado, y Silvia Lemus hasta el final, a quien conoció en una entrevista que ella le hizo en televisión. Respecto a sus ingresos confesó que vivía bastante bien, que se salvó de ser burócrata “y tener que ponchar tarjeta en la oficina de un jefe pendejo”, que puede comprar discos, libros, dos trajes por año y un vestido de embarazo para la Lemus (estaba por nacer su hijo Carlos Rafael).



Años más tarde vino el absurdo rompimiento con Octavio Paz por ese texto desconcertante, frío y demoledor titulado: “La comedia mexicana de Carlos Fuentes” en el que Enrique Krauze lo acusa entre otras lindezas, de ser solamente un dandy guerrillero, un actor, un comediante de la historia y de la literatura mexicana, en síntesis, un farsante, que como escritor no ha hecho otra cosa que traducir al lenguaje narrativo “El laberinto de la soledad”.

Algo hay de razón en ese juicio, en “Gringo viejo” hace una rara mescolanza de los motivos y las estrategias de los revolucionarios zapatistas del sur con los villistas del norte, Ambrose Bierce, el escritor de artículos para la cadena Herst y cuentista que se niega a morir como asalariado pobre en la cama de un hospital, decide venir a México para ser fusilado en una muerte más digna por Pancho Villa, reencarna al hacendado inglés William Benton, a quien Villa ejecutó por negarse a la confiscación de sus bienes pa’la revolución. En Tomás Arroyo, general villista, reproduce la imagen de Zapata quien hereda del Consejo de Ancianos de Anenecuilco los papeles y “las mapas” que les otorgó el rey de España sobre sus ejidos o tierras comunales que nada tienen que ver con las desérticas tierras del norte. No sé si tal confusión histórica sea intencional, provocada o un simple alarde para entusiasmar a los lectores gringos.

La respuesta no tardó mucho tiempo en llegar. La revista Nexos (abril, 1989) publicó un artículo-reportaje-entrevista de Stephen Talbot titulado “Me desayuno a mis críticos” en el que Fuentes afirma que “los críticos me han triturado. Me encanta desayunar críticos. En México durante 30 años no me han faltado; me los he comido como si fueran pollos y he tirado los huesos. Ellos no han sobrevivido y yo sí.”



Luego el reportero acota: "para un escritor mexicano equivale a traición tener éxito en el público lector yanqui (.). Pese a todo, Carlos Fuentes ha cometido todos los pecados, y peor aún, no da muestras del mínimo remordimiento. Incluso se complace en sus múltiples y contradictorias personalidades: escritor, diplomático, activista, profesor, etc."

Tal vez fue el enorme escándalo que provocó esta polémica entre la clase intelectual, lo que desconcertó al entonces candidato Peña Nieto, cuando una reportera española le preguntó en la FIL de Guadalajara sobre los tres libros que le dejaron huella y él contestó con notoria inseguridad que uno de ellos había sido "La presidencia imperial" de Carlos Fuentes. Después de este derrapón, Fuentes contestó que no le preocupaba que esta persona no hubiera leído nunca sus libros sino que llegara a ser presidente de México alguien tan ignorante. Usted sabe, los conflictos entre la clase intelectual son algo cotidiano, como entre los políticos, pues.

Más adelante del ensayo, Krauze matiza un poco sus lapidarios juicios sobre el "Dandy guerrillero" al referirse a "Los cuatro cuentos perfectos" de "Agua quemada" en los que Fuentes no representa a nadie más que a sí mismo. "Su gran oficio de escritor puesto al servicio de una exploración auténtica sobre el trágico deterioro de la ciudad que amó, y crea personajes que se atreven a la ternura, al amor filial, a la piedad, al odio animal, sobrevivientes de aquel alto valle metafísico". Como aquel abuelo, excombatiente con Pancho Villa y luego obregonista que vive en el pedregal, bebe tequila con café y de madrugada se sale con su nieto a recorrer la ciudad en un Ferrari que le regaló la revolución.

Luego también, los herederos y detractores de Octavio Paz, como Christopher Domínguez y Enrique Serna lo



acusaron, a raíz de un enésimo o centésimo premio, el Cervantes (que no fue el nobel, por cierto, porque hubiera sido peor) de "intelectual anacrónico, contradictorio, mesiánico, sólo atento a su imagen", (Proceso, marzo, 1999). Lo acusaron también de haber caído en el peor de los infiernos: el didactismo que es tan natural del siglo XIX y ante el cual yo toco madera, porque es tan sugestivo, tan tentador, tan difícil de evadir. También se revivió la vieja polémica de los intelectuales y el poder, al haberle dado, la razón después de treinta años, a Gabriel Zaid, quien en aquel entonces lo retaba en la revista "Plural" a que fijara un plazo, el que quisiera y lo anunciara públicamente para que Echeverría aclarara satisfactoriamente lo del Jueves de Corpus y de que no ser así renunciara a la apetecible embajada en Francia que aceptó bajo aquella falsa premisa de: "Echeverría o el fascismo". Enrique Serna lo acusó directamente de que "se ha esmerado siempre en mantener un look progresista, pero lleva treinta años escribiendo basura".

Pero lo que hoy recuerdo con mayor emotividad fueron aquellas respuestas dadas a Fortson hace cuarenta años sobre su vida personal: le preguntó: "¿Qué significación tiene para ti una relación madura, a nivel hombre-mujer, como lo que actualmente vives con Silvia? –Significa para mí una cosa muy importante, porque yo, durante buena parte de mi vida, había tenido relaciones que dependían mucho de factores externos, que dependían mucho de un carácter teatral (...) ahora, con Silvia, lo que tengo es una relación cuya representación sucede con el telón cerrado, (...) he descubierto muchas zonas de lo cotidiano con Silvia, que es una mujer esencial, sin espuma, práctica y sensible. Sabemos vivir juntos y vivimos juntos el día entero".



“-Carlos, ¿qué fue lo que te hizo desear tener otro hijo? –Mira, yo asistí a la muerte de mi padre, hace dos años. En el momento en que él murió se transfiguró adquiriendo una luz, su rostro se afiló, se hizo de cera y plata, parecía un dibujo de Durero, adquirió en la muerte una belleza muy especial. Y en ese momento me dije que yo quería reencarnarlo, que yo quería volver a tenerlo, darle una vida, y no encontré más manera que ésta.

En cierta manera es mi padre quien vuelve a nacer en el mes de agosto”.

Carlos Rafael Fuentes Lemus nació en París el 22 de agosto, dos meses después de aquella entrevista y murió a los 25 años de edad en Puerto Vallarta, su padre hace una emotiva evocación en el tema H, alfabéticamente ordenados, sobre hijos, en su sorprendente libro “En esto creo”.

Dice que Carlos Rafael era un muchacho amante del dibujo, de la pintura, del cine, de la poesía que sentía una devoción profunda por Van Gogh, Dylan, Elvis, Wilde, Kerouk, Baudelaire y Nietzsche, pero vivió siempre en hospitales víctima de hemofilia y una esclerosis múltiple que le imposibilitaba pintar y dibujar. Pero aun así “Carlos realizó su proyecto artístico con urgencia, con dolor, pero sin queja”. Todavía escribió: “¿Viviré mañana? No me iré de aquí sin resistencia”.

Un amigo catalán de la familia les dio el pésame diciendo: “Morir joven es una cabronada”.

Yo no sabía entonces que iba a suceder en el alma del maestro después de esta dolorosa experiencia, creí que ya jamás volvería a ser el mismo, el del fino y refinado humor que manifestaba en la entrevista que hoy recuerdo como si fuera ayer, que ya no lo volveríamos a ver públicamente y



que algo muy hondo y definitivo iba a pasar por el escritor más conocido en el mundo de este tiempo, que siguió escribiendo a lápiz, a la antigüita, cuando mucho en la Olivetti y que se resistió hasta el final a usar la computadora, porque como decía: “es como si le pusiera un condón a mi máquina de escribir”.

No fue así, Carlos Fuentes siguió escribiendo, haciendo programas de televisión, dando clases y conferencias en el extranjero, entrevistándose con personajes de la política internacional y festejando sus ochenta años de vida como si fueran treinta, escuchando a sus lectores y bailando un danzón. Así era él y así lo recordamos. Descanse en paz.



## Cristóbal Colón, el almirante de la Mar Océana<sup>1</sup>

"Me pongo la máscara de quien quise ser y no fui.  
Quise ceñir la tierra y la tierra me quedó grande"  
(C. Colón en "El arpa y la sombra" de Alejo Carpentier).

A más de quinientos años de la llegada de los europeos a América o a las Indias como ellos le llamaban a estas tierras, la polémica sobre si Cristóbal Colón fue el primero en "descubrirlas" aún no termina.

Se menciona que fenicios, chinos o vikingos ya habían cruzado el Atlántico y que hasta el mismo Colón ya conocía la ruta, restándole con estas afirmaciones los méritos al marino genovés. Seguramente así sea, sólo que su mérito innegable consiste en la determinación y la fe que siempre tuvo en su empresa y el haberla realizado bajo el estandarte de la nación más oscurantista y retrógrada de la Europa en esa época.

Alejo Carpentier, en su preciosa novela histórica sobre el almirante señala: "Genovés había sido quien un día emprendiera la prodigiosa empresa que habría de dar al

---

<sup>1</sup>Texto publicado en el periódico "Hidrocálido" el domingo 13 de octubre de 2013.



hombre una cabal visión del mundo en que vivía, abriendo a Copérnico las puertas que le dieron acceso a una incipiente exploración del infinito”. También fue una empresa que trajo a millones de seres al Evangelio, a la doctrina de Jesús.

Carpentier nos relata sobre la solicitud de canonizar al almirante hecha al papa Pio Nono por algunos cardenales y el arzobispo de México, así como seiscientos y tantos obispos, argumentando que por el candidato a santo que “gracias a la proeza impar” se había doblado el espacio de las tierras y mares conocidos a donde llevar el Evangelio. Pero el Papa dudaba. “Volvió a mojar la pluma en el tintero, y, sin embargo volvió a quedar la pluma otra vez en suspenso”. Aunque la canonización resultaba ventajosa en todos los terrenos, el papa dudaba. “Recordó que Roma prefería que los procesos de beatificación se iniciaran lo más pronto posible, después de la muerte del postulado”.

Cristóforo Colombo, como se llamaba en genovés (faltaban varios siglos para la unificación de Italia) nació entre el 25 de agosto y el 31 de octubre de 1451 en un barrio de tejedores de lana en Génova, emporio comercial de la época. Sus padres Doménico Colombo y Susana Fontanarrosa, eran de ascendencia judía.

Recuerda mientras agoniza y llega el confesor, que su padre abrió un tendejón donde vendía queso y vino “como trastienda donde los parroquianos podían llevar los vasos a la boca” y entonces “me gocé en escuchar lo que de sus andanzas contaba la gente marinera, vaciando uno que otro fondo de tintazo que me pasaba a escondidas, gustándome tanto el vino, desde entonces, que muchos se extrañaban, en el futuro, de que en mis empresas pensara siempre en llevar una enorme cantidad de toneles en los barcos”.



A los veinte años rompe con la tradición familiar y se hace a la mar, debido a los múltiples problemas económicos de su padre y el trato frecuente con marinos genoveses en el tendejón de su padre que le inculcan algunos conocimientos, pero sobre todo fantasías y ambiciones.

Después de navegar varios años hasta Islandia en el norte de Europa y Guinea en África, tiene múltiples experiencias con seres, animales y vegetación muy diferente a la europea, su imaginación se desborda y llega a concebir la idea de que es necesario navegar hacia el oeste, aventurarse en una nueva ruta desconocida completando por mar el semicírculo que hizo Marco Polo por tierra. En el siglo XV el Mar Mediterráneo se encuentra dominado por los turcos otomanos y obliga a los europeos a buscar nuevas rutas por el comercio hacia el oriente a través de España y Portugal, países que tienen la nariz metida en el Atlántico.

Las primeras expediciones se hacen rumbo al África, financiadas por el rey Enrique el Navegante y hacia el oriente logran establecerse en las islas Madeira y las Azores. Al no encontrar ni oro ni especias, más tarde encuentran una mina más rica en el tráfico de esclavos.

En 1476, después de un combate adverso con corsarios, se establece en Portugal, que era la primera potencia marítima de la época. Contrae nupcias con la portuguesa Felipa Muñiz de Perestrello con lo que emparenta con la nobleza lusitana. Vive varios años en Porto Santo donde con toda paciencia hace múltiples observaciones: deduce que es posible navegar hacia el oeste siguiendo el viento del este, navegar hacia el sur para ir a oriente y regresar a casa derivando al norte y luego al este. Lo cual era una locura y ponía de cabeza a la concepción fanatizada de la época,



aunque ya se tenía en los círculos selectos las ideas de Eratóstenes.

A partir de 1480 se convierte en apasionado bibliófilo y estudioso profundo de las cartas de marear. Aprende latín y estudia a Ptolomeo y la Biblia, sobre todo a Isaías, a Esdras y el libro manuscrito de Marco Polo. "Mas pienso que aún he leído poco, debo conseguirme más libros. Libros que traten de viajes, sobre todo. Sobre los mapas mejor olvidarlos, se me barajan, se me revuelven, se me trastruecan, desdibujan y redibujan. Se me hacen de pronto petulantes y engreídos con su jactanciosa pretensión de abarcarlo todo. Mejor me vuelvo hacia los poetas que, a veces, en bien medidos versos, pronunciaron verdaderas profecías". Como las "Tragedias" de Séneca, su favorito.

Sobre el aspecto físico de Colón, él mismo lo recuerda en la novela "Acababa de cumplir cuarenta años. Sin presumir de hombre hermoso, me sabía de apuesta figura, nobles facciones y nariz aguileña, recta la mirada, fácil la palabra y viril el gesto y sin arrugar el rostro de piel curtida por los aires marinos y los soles de África, aunque mi cabeza estuviera ya canosa lo que me daba una cierta majestad".

Colombo tenía su propio proyecto; durante diez años insiste en convencer a las cortes europeas, sobre todo a Portugal y España de que navegando hacia el este es posible llegar a los dominios del Gran Khan, a donde ya había llegado Marco Polo, pero por la ruta del oeste. Poco le importa qué nación acoja su Proyecto, sólo necesita dinero y una bandera.

Formula su proyecto sobre dos premisas, una cierta y otra errónea. La primera es que la tierra es redonda, lo que ya era aceptado por geógrafos y comerciantes de la época,



la segunda, equivocada, en cuanto a los cálculos que hizo de la distancia entre Europa y Catay, ya que según los del navegante, Catay debería estar donde se encuentra Cuba. Las millas colombinas eran genovesas, que eran más ventajosas para su proyecto. Un error intencional de aproximadamente 15,000 kilómetros.

En 1483 presenta su proyecto al rey Juan de Portugal quien lo envía a una junta de científicos que lo refuta por “fantasioso e infundado”. La idea de “la mar estrecha” de Colombo les provoca grandes dudas. El rey decide jugársela con la circunnavegación de África.

En 1485 muere su esposa Felipa y Colombo decide partir a España donde los Reyes Católicos libran una guerra de exterminio contra los moros y una rabiosa persecución contra los judíos conversos, los malos cristianos “moriscos” y “marranos” como el vulgo les llamaba y contra los que se encienden las hogueras de la Inquisición. Es meterse en la boca del lobo. Recordemos que Colombo es “cristiano nuevo” es decir “marrano” en la jerga castellana. Ya en Castilla será Cristóbal Colón, para despistar al enemigo. Recordemos que los judíos adoptan nombres propios según el país en el que se establecen.

Se dirige a Palos y luego a Huelva donde deja encargado a Diego, en el monasterio de La Rábida con Fray Antonio de Marchena y Juan Pérez quienes lo recomiendan con los reyes católicos. Se traslada a Córdoba, donde pasa meses solicitando una casi imposible audiencia, a no ser por las cartas que le extendieron los frailes de la Rábida a quienes guarda gratitud eterna.

El 20 de Enero de 1486 es recibido por sus majestades reales en Alcalá de Henares, aquella fue una audiencia



bastante incómoda, la aguda inteligencia y sagacidad de la reina lo confunden, lo abruman, pero una luz queda encendida, hay que salvar miles de infieles de la idolatría, la empresa de sus majestades sería una empresa santa. Por otro lado había que acrecentar el reino Castilla- Aragón y el único camino era por mar.

El padre Marchena convence a los reyes de turnar el caso a una junta de doctores. Mientras espera el veredicto en Córdoba, donde sobrevive como librero, procrea un hijo con Beatriz Enríquez de Arana, judía conversa con quien nunca contrae nupcias. Ya desesperado, comienza a ofrecer su idea a grandes potentados, desde luego judíos, pero no logra gran cosa, sólo el recelo de la reina quien lo manda llamar a la corte.

Después de seis años de penalidades y de la caída de Granada, es aceptada su empresa no sin antes desbordarse el capitán en grandes pretensiones: diez por ciento de todas las ganancias, el derecho a invertir en todos los gastos del viaje, la reina se molesta. También quiere ser almirante de todos los océanos y virrey de todas las tierras descubiertas, además de heredar sus títulos y propiedades. “-¿Es todo? -contesta enojada la reina-, aspiráis a la nobleza pero os comportáis como un corsario” y sale de la habitación dejando al impertinente marino.

Colón se acostumbra a escuchar el imperativo ¡Vete ya! Pero recuerda que “una noche estallé repentinamente montado en iracundia, desde lo alto de mi boca le reclamé que aunque cortés y sumiso para con ella, me sentía igual que cualquier monarca y tanto montaba yo sin tiara enjoyada pero aureolado por el nimbo de mi gran idea como montaban las coronas de Castilla y de Aragón. -¡Marrano! -gritó



enfurecida la reina - ¡No eres sino marrano! Le grité que me iba para no volver más y que ofrecería mi empresa al rey de Francia quien tenía una esposa que sí conocía de navegación". La reina se enfurece aún más y le grita: "¡Cochino marrano!- ¡Venderías a Cristo por veinte denarios!- Salí dando un gran portazo, enfurecido como nunca recuerdo haberlo estado. Cabalgué dos leguas y me apeé en una posada con el ánimo de beber tanto vino como pudiera caberme en el cuerpo. Lo habría perdido todo. Ya había vaciado una jarra cuando vi entrar a un alguacil que a juzgar por su aspecto debió alcanzar este pueblo a matabalho. Al verme vino rectamente hacia mí, su Majestad me mandaba llamar a toda prisa".

Las condiciones a fin de cuentas son aceptadas; la empresa se financió con un préstamo del banquero Luis Santángel, quien canjea el favor por impunidad ante el Santo Oficio por ser "cristiano nuevo". Se le dota de tres carabelas que la reina le impuso como multa al puerto de Palos por no pagar impuestos. Se dice que la "Pinta" y la "Niña" eran apodos de dos prostitutas del puerto.

Cuando ya hay autorización y naves, no hay marinos; los de Palos desconfían del proyecto, la superstición los amedrenta, por lo que se autoriza reclutar delincuentes presos. Martín Alonso Pinzón y su hermano prestaron gran ayuda al almirante convenciendo a marinos de la región prometiéndoles gloria y riqueza. Más tarde se vuelven odiados enemigos.

Un día antes de partir, Colón redacta su testamento en el que conmina a sus descendientes a utilizar un anagrama como firma.

.S



.S.A.S

.X.M.Y

.Xpo Ferens

Sanctus, Sanctus, Adonaí, Hased, Moleh, Yehovah, Xpo, que es la palabra griega que designa a Cristo y Ferens que junto con Cristo significa Cristóforo. Una mezcla de hebreo y latín que encierra el deseo oculto o manifiesto del almirante de reconstruir Jerusalén.

El viernes 3 de Agosto de 1492 a las 8 de la mañana, tres naves levantan anclas en la barra situada en los ríos Odiel y Tinto y se hacen a la mar rumbo al este, mientras que una cuarta nave transportando a los últimos judíos, se dirige rumbo a Sión, la Tierra Prometida.

Después de dos meses de navegar sin éxito, los marineros se desesperan presas del desgano, el desaliento y el ansia de regresar “demasiado vivas estaban todavía las imágenes del Océano Tenebroso. Por ello me resolví recurrir a la mentira, al embuste, al perenne embuste en que habría de vivir (y eso si se lo diré al franciscano confesor que ahora espero)”. El primer embuste consistió en contar menos millas que las realmente recorridas.

A las dos de la mañana del 12 de octubre de 1492 Rodrigo de Triana grita “¡Tierra! ¡Tierra!” que a todos supo a música de *te deum*. Colón nunca entregó a Triana los diez mil maravedíes que prometieron los reyes al primero que avistara tierra firme, por lo que se volvió, junto con los Pinzón, su mortal enemigo.

Entre los embustes, brújulas que se volvieron locas, enredo en la contabilidad de millas reales y millas colombianas, Cristóbal no supo ni a donde diablos fue a parar.

Después de los ceremoniales de rigor, protocolos, proclamas, levantamientos de actas, notario de los monar-



cas de por medio, los nativos observaban con curiosidad y a quienes la verborrea de Colón les valía un pito, los españoles se dedican a lo suyo: la búsqueda del oro y las especias. Pero no había oro ni especias en aquellas islas pobladas de indios en cueros y de mujeres que por traje llevaban “cosillas de algodón que escasamente cobijaban su natura”.

Colón regresa a España, ansioso de mostrar a los reyes sus “descubrimientos”. La corte se encuentra en Barcelona y emprende el largo viaje desde Sevilla, con sus indios enfermos, sus papagayos desplumados y sus baratijas a cuestas.

Después del ruidoso recibimiento, del elocuente discurso lleno de embustes por supuesto, Cristóbal recuerda con inmenso agrado que “aquella noche volví a ver a mi dueña en la intimidad de sus estancias privadas donde conocimos los gozos del encuentro tras de la larga y azarosa empresa -y maldito si en esa hora me acordé de carabelas y de indias-“. Carpentier es el único de los autores que conozco que se aventura a asegurar que sí hubo un acercamiento íntimo entre Cristóbal e Isabel.

Pero a Colón le urge una opinión de su amada sobre lo sucedido y lo informado en su ampuloso discurso, a lo que la reina responde con su acostumbrada sequedad. “Para serte franca, se dice, que para traer siete hombrecitos llorosos, legañosos y enfermos, unas hojas y matas que para nada sirven como no sea para sahumero de leprosos y un oro que se pierde en el hueco de una muela, no valía la pena haber gastado dos millones de maravedíes. Luego no llegaste a las Indias, embustero como siempre”.

La orden es tajante “Trae más oro que el que trajiste y perlas y joyas y especias. Entonces creeré en muchas cosas



que todavía me huelen a embustes de los tuyos". Pero Colón no encuentra ni en Cuba, ni en Haití, ni en Santo Domingo ni oro, ni especias, pero sí encuentra una nueva fuente de riqueza inesperada: quinientos prisioneros con los que no sabe que hacer y decide embarcarlos para venderlos como esclavos en Sevilla. Un error que habría de causar su ruina. Cuando la reina Isabel supo que se estaban vendiendo esclavos montó en grande enojo y preguntó: "¿Qué poder tiene mío el almirante para dar a nadie mis vasallos"? Ordenó la repatriación de los indios ya vendidos y la confiscación de todas las ganancias, provocando la ruina del flamante almirante ahora convertido en mercader de esclavos.

A su nuevo regreso a España "se desprende de su gorro de paño dorado y de sus insignias de almirante y se desviste de prisa y de prisa se cubre con el hábito menor de la orden de San Francisco, con cordón en la cintura, desnudos los pies y despeinada la cabeza". La reina le había enjaretado el hábito antes de partir a su primer viaje, una especie de franciscano *honoris causa*.

Al final de la novela Carpentier, en un alarde de imaginación, reconstruye un supuesto juicio hecho a Colón para beatificarlo en el que el postulador no duda en poner al Gran almirante en seguimiento de Noé, Abraham, Moisés, Juan Bautista y San Pedro, otorgándole el supremo título de Embajador de Dios. A lo anterior se une la apología del poeta alemán Schiller: "Avanza sin temor Cristóbal que si lo que buscas no ha sido creado aún, Dios lo hará surgir del mundo de la nada a fin de justificar tu audacia".

Luego aparecieron los escépticos: Víctor Hugo señala que "si Cristóbal Colón hubiera sido un buen cosmógrafo, jamás hubiera descubierto el Nuevo Mundo". Julio



Verne afirma que “todas esas ideas dispersas acabaron por acumularse en la cabeza de un solo hombre que tuvo, en alto grado, el genio de la perseverancia”. El postulador se defiende: “la gloria de Colón no estaba en haber llegado sino en haber zarpado”.

Luego se cita a Fray Bartolomé de las Casas como testigo de cargo. “Me jodí, gime el invisible, ahora sí que me jodí”. El testigo declara sobre el canibalismo de los indios, los sacrificios humanos y pondera muy alto a los pueblos indígenas y concluye diciendo: “Tengo por seguro que, si no le fuera impedido por la gran adversidad que al cabo le vino, él hubiera acabado en muy poco tiempo, de consumir a todos los pobladores de todas estas islas, porque tenía determinado de cargar de ellos los navíos que le viniesen de Castilla y de las Azores para que se vendieran como esclavos”.

El abogado del Diablo mete su cuchara cuando sale el tema del amor que tuvo por Beatriz y por su hijo bastardo Fernando, obviamente como lambisconería al rey. El representante de Lucifer vocifera “el hecho de que el padre ame muy particularmente a un hijo tenido fuera de matrimonio, no lo hace acreedor a una aureola de santidad. Porque si así fuese tantas aureolas iluminarían el mundo que jamás en él se conocerían las sombras de la noche. Sería magnífico como sistema de alumbrado público”.

Después de que se esfumaron los espíritus de los testigos, el presidente precisa que se retienen dos grandes cargos contra Colón. Uno, el concubinato y el otro, haber iniciado y alentado el comercio de esclavos. Se hace circular una urna negra en la que cada miembro del tribunal introduce un papel doblado. Sólo un voto a favor, por lo tanto “la postulación es denegada”. El postulador sale bufando: “La



Sacra Congregación de Ritos no se olió siquiera la grandeza del proyecto. ¡Nada le importaba una misión providencial! ¿y quién rayos era ese Cristóbal Colón? ¿Y se ha preocupado alguna vez la Sacra Congregación de Ritos por algún asunto marítimo? Me jodí -vuelve a murmurar el invisible-. Hoy por demasiado admirarme, algunos amigos míos me jodieron”.

Acongojado y medio encaboronado (Catón *dixit*) se apersona en la Plaza de San Pedro donde se le acopla el espíritu de otro almirante genovés-veneciano quien le pregunta: “¿Cómo te fue ahí adentro?” “Me tumbaron” -responde lacónico el genovés. “Tenía que ser, marino y genovés” -contesta su acompañante-.

Le pasa una mano sobre el hombro y sentencia “¿A quién carajos, se le ocurrió eso de que un marino pudiera ser canonizado alguna vez? ¡Si no hay santo marino en todo el santoral! Y es porque ningún marino nació para santo”.



## *Adendum*





## El hombre que amaba a los libros

*Andrea Vargas Bernal*

Hace unos cuantos años me encontraba en las afueras del Centro Regional algo nerviosa y protegiendo sin mucho éxito de la lluvia los documentos tan indispensables que con suerte, se convertirían en mi boleto de iniciación a la profesión docente. Recuerdo cuando con cara ingenua e inexperta fui a pedir informes a la institución. El director salió sorpresivamente a decir que no había necesidad de formarnos durante la noche, ya que se darían las fichas necesarias para la ocasión. Sin embargo, desconfiando un poco de aquellas palabras decidí por lo menos estar ahí antes de que saliera el sol y sentir como una absurda aventura las inclemencias del tiempo.

Ya sabía yo que Rolando Bernal iba a estar presente en mi rutina como estudiante y yo en la de él como maestro, así que previamente traté de pactar un necesario y cómplice silencio para proteger nuestra integridad. “Será mejor si no decimos nada. Van a pensar que me has hecho palanca” le dije aquella vez. Me prometió discreción y sin dar importancia a mis palabras, agregó: “Si repruebas, arreglamos todo con una caja de tunas”.



Unos días después de ver mi nombre en la lista y empezar las clases, me sorprendió encontrar infinidad de personas acercándose a mí para conocer a la sobrina de Rolando Bernal. “¿Eres tan lectora como tu tío?” Era siempre la pregunta obligada. Y bueno, dicen por ahí que todos los lectores tienen tras de sí una persona que las impulsó al vasto mundo que ofrecen las letras.

Después de algunas semanas de haber ingresado, me di cuenta de eso que los “crenianos” descubren tarde o temprano, aquello a lo que se resignan más pronto que tarde. Todos vimos transcurrir el tiempo, casi siempre interminable, obligatorio y pesado, mientras andábamos sin rumbo fijo de un lado a otro para matar miles de momentos o más bien muchas valiosas horas de clases con maestros ausentes, o absurdamente presentes dentro del aula. La tarde transcurría dividida en infinitas idas a la cooperativa, los viajes al internet de enfrente para imprimir de emergencia, las largas colas en los tacos de colores o en la papelería en épocas de planeaciones, etc.

La nuestra es la única profesión que tiene la posibilidad de inhibir o atenuar los males de la sociedad. Nuestra función propicia un momento privilegiado para hacer que los alumnos amplíen sus oportunidades y cambien algunos aspectos de su cultura. Esto es sin duda una de las premisas que debieron estar de manera constante en nuestra mente de estudiantes, resignados y dispuestos a perder de esa manera el período más importante de nuestra preparación, así como de los maestros encargados de formar maestros. Fue en este lugar en donde descubrí el inmenso placer que produce ser autodidacta.

De mis años como estudiante puedo decir que a pesar de todo, disfruté de muchas cosas. Durante los prime-



ros días cálidos del año me encantaba ver a través de la ventana de mi salón cómo aparecían bellísimas flores color violeta sobre las altas jacarandas que con el pasar del viento producían una dulce lluvia que delicadamente teñía el suelo con su suave color. Durante el otoño cambiaban las hojas para transformarse en una brisa de mariposas amarillas.

Debo admitir que en algunas clases específicas aventaba la mochila por la ventana, pasaban lista y yo decía “presente” de manera convincente para después pedir permiso de ir al baño, tomar nuevamente mis cosas e irme, sin que nadie se percatara de mi ausencia, a las gradas a disfrutar el solitario sonido del viento mientras leía un buen libro o tenía la paz para escribir unas cuantas líneas de cualquier cosa.

También nos encantaba a una amiga y a mí ir a tomar libros prestados por más tiempo del permitido, a veces indefinido, de la biblioteca. De esos que al abrirlos estaban tan empolvados que daban alergia y según su registro, nadie los había tomado en más de 30 años. Teníamos como lema aquello que una vez dijo Umberto Eco: “Los libros se respetan usándolos, no dejándolos en paz”. Karen guiñaba un ojo para seducir fácilmente al entonces bibliotecario y mientras este momento de distracción sucedía, yo pasaba buenos ejemplares de tal manera que no nos delatara la chillante alarma de la entrada.

Un día mi tío nos descubrió haciendo tales atrocidades. Avergonzada esperé un regaño de su parte y sin embargo me dijo con una sonrisa burlona: “En el pasillo que está pegado a los cubículos del fondo hay unos muy buenos, los deberían checar”. Él incansablemente predicó durante su vida esa forma indiscutible en que se deben tratar los libros.



Recuerdo con mucho agrado que mientras deambulaba por la institución, había momentos de suerte donde me topaba con el profe Roli (como le decían afectuosamente mis compañeras). Despreocupadamente preguntaba que con quién me tocaba clase y después de mi respuesta decía: "Ahh, nooo, no entres, mejor vente a echarnos una plática sobre política". Y así transcurrían ocasionalmente horas en donde muchas veces tocábamos como tema principal no sólo la política, sino también temas pedagógicos o los ensayos y la poesía de Octavio Paz, los libros más recientes que habíamos leído, las críticas a Carlos Fuentes, que si la novela histórica era o no más literatura que historia, me enseñaba fragmentos de sus escritos más frescos, me regalaba libros aunque no fueran suyos, nos recomendábamos autores o comentábamos sobre el próximo escritor que se leería los lunes durante la hora de la lectura en voz alta.

Ludwig Wittgenstein decía que los límites de tu lenguaje son los límites de tu propio mundo. Teniendo por verdad esas palabras, puedo decir que cuando hablaba con mi tío o leía sus múltiples publicaciones en revistas o en columnas de periódicos, me sentía afortunada de tener la oportunidad de conversar cercanamente con alguien que tenía esos límites de su mente, tan distantes de los míos y así poder tomar un poco de su pensamiento para ampliar el propio.

Además de su inmenso conocimiento y agilidad de mente, veía con agrado esa personalidad siempre amable, activa y sonriente que lo mantenía rodeado de estudiantes. Era muy grato ver cómo se esforzó incansablemente para contagiar el gusto por el conocimiento a través de la lectura. Aun sin ser su sobrina, lo hubiera visto como un maestro ejemplar.



En el libro "México: tiempos y contrastes", Salvador Camacho escribió cómo Rolando decía que un maestro sin vocación, que no leía, que no se interesaba por sus alumnos y su entorno social, no merecía ser maestro. Que los docentes debemos estar conscientes de que nuestra profesión puede ser un trabajo apasionante y satisfactorio, pero también que el no renovarse, puede hacer de ella una labor frustrante y sobre todo perjudicial para los estudiantes.

Rolando me enseñó que hacer es la manera de decir y por medio de su ejemplo accedí a aquello que decía Francis Bacon: "La lectura hace al hombre completo, la conversación lo hace ágil y la escritura lo vuelve preciso". Por medio de él pude darme cuenta que la escritura es la pintura de la voz y que la literatura y la ciencia existen porque no basta la realidad.

Aun con su partida, la influencia de mi tío sigue estando presente incluso en los elementos de mis textos, en mis deseos de ampliar conocimientos, en los ejemplares que voy eligiendo para leer, en mis atareadas esperanzas de ofrecer a mis estudiantes una mejor maestra todos los días o en mi incansable lucha por fomentar la lectura. Todos estos aspectos inherentes a mi vida, puedo retomarlos al contemplar uno de los regalos más valiosos que alguien pudo haberme hecho: Rolando dividió su extensísima biblioteca para tres personas y yo tuve el honor de ser una de ellas.

Mi condición escéptica no me permite creer en el cielo ni en algún lugar mágico después de la muerte. Lo único cierto es que al término de nuestra vida, todos los átomos de nuestro cuerpo son devueltos a la tierra para así transformarse y existir para siempre como masa o energía. Sin embargo sería divertido pensar que Rolando se encuentra



en el limbo descrito por Dante en La Divina Comedia, aquel lugar del inframundo al cual eran enviados los personajes más destacados intelectualmente y donde algún día tendremos la oportunidad de hablar una vez más de algo valioso e interesante.



## El principio y el final

*Mario Cruz Palomino*

(El 15 de febrero de 2017, frente al retrato del maestro Rolando Bernal, mi amigo y colega, fundador de "La Cofradía", escribí este monólogo con la intención de despedirme de él, recordando el principio de algo que duró casi veintisiete años. Su fotografía cuelga en la sala audiovisual "Octavio Paz" del Bachillerato "Lic. Jesús Reyes Heróles").

### **El principio.**

El 17 de mayo de 1990, ante la comunidad educativa del Centro de Estudios de Bachillerato "Lic. Jesús Reyes Heróles", congregada en la explanada principal, a petición expresa tuya, en tu carácter de Jefe del Departamento de Bachilleratos del Estado, me presentaste como el nuevo director. Ahí empezó todo, ese fue el principio.

Hoy 15 de febrero de 2017, significa el final de la relación directiva y laboral que en un lejano día me trajo hasta acá y me unió fuertemente a la secuencia de hechos, los cuales poco a poco se fueron entretejiendo hasta formar la urdimbre de una aventura extraordinaria.

Ni tú ni yo sospechamos hasta cuándo permanecería al frente de este plantel, que por aquel tiempo era apenas



un esbozo con una misión poco definida y con valores que aún no se adoptaban de manera categórica. Yo me quedé con tu bendición y el deseo de que mi gestión fuera por lo menos aceptable, pues era también para ti una gran responsabilidad el haberme propuesto para el cargo. Tú te fuiste y yo me quedé solo, ante la expectante población estudiantil y la recelosa planta docente.

-No te preocupes, cualquier cosa que se te ofrezca o se te "atore", búscame y te ayudamos- dijiste.

"Y sigo aquí", como cuenta la canción-himno de "La Cofradía" que tanto te gustaba y que siempre pedías en nuestras noches de taller. Yo estoy, pero tú no, ya no más. Te has ido, ahora sí, para siempre.

Por eso hoy, en este recinto que representa el olimpo de nuestros más brillantes y admirados escritores, ante tu retrato, te digo que hice caso a la enfática recomendación que me sugeriste una noche después de una cofradía en la nueva casa de nuestro amigo Jaime Arteaga:

-No te "aporfiries" -haciendo referencia al cuarto de siglo que ya llevaba yo como director del "Reyes Heróles".

-No es la mía -te dije- una ambición interminable de permanecer en este lugar, pero ha servido durar tanto para poder cumplir los propósitos y metas que me propuse en el principio de mi gestión.

Ahora, que se han logrado, es el momento de decir adiós. Adiós a las personas y a las cosas, pero no a los recuerdos y vivencias. ¡Cómo vienen a mi mente las palabras que una vez me expresara nuestro Maestro Jesús González Rivas:

-¡Retírate como los buenos toreros: en la mejor de las tardes!



Estoy seguro que esta es mi tarde, estimado Rolando. Mirándote a los ojos, a esos ojos risueños que te caracterizaron siempre y que además proyectaron bondad y transparencia, te digo adiós, digo: "Labor cumplida" y te dejo en la incomparable y además gratísima compañía de los poetas y escritores que tanto admiraste en vida.

Recuerdo con toda claridad la ocasión en que te presentaste en el auditorio a leernos segmentos biográficos del gran maestro Octavio Paz, con motivo de la inauguración de este espacio donde se promueve el crecimiento espiritual de los estudiantes y maestros. Te acompañó el maestro Armando Quiroz Benítez, declamando poemas de Paz, con su característica calidad interpretativa. Fue una jornada deliciosa.

La segunda ocasión que te presentaste fue en el Centenario del natalicio de Octavio Paz (otra vez Octavio). Se inauguraba el mural que se pintó con el propósito de celebrar su nacimiento y su obra. Acudiste con la amable compañía y la extraordinaria voz de la maestra Gabriela Méndez Parga. Nuevamente desplegaste tu singular habilidad para leer a tu manera, no sólo trozos biográficos, sino geniales análisis y críticas a ciertos pasajes de la vida de nuestro Premio Nobel de Literatura.

### **El final.**

Poco tiempo después, las punzantes espinas y la viscosa savia de maguey traspasarían las horas y los días de tu existencia e irían entretejiendo una costura de cuatro puntadas, para atraparte sin remedio en la neblina algodonosa de la inconciencia.



El 6 de febrero de 2015 te liberaste para siempre del grillete que te mantenía con vida y soltaste las amarras, ascendiste al “paraíso de los hombres buenos”.

*Si un día para mi mal  
viene a buscarme la parca,  
empujad al mar mi barca  
con un levante otoñal  
y dejad que el temporal  
desguace sus alas blancas.  
Y a mí enterradme sin duelo,  
entre la playa y el cielo,  
en la ladera de un monte  
más alto que el horizonte,  
quiero tener buena vista.  
Mi cuerpo será camino,  
le daré verde a los pinos  
y amarillo a la genista...*

*Mediterráneo  
(Joan Manuel Serrat)*

Esa noche funesta, aún con vida tú, aunque con una llama muy leve, pude estrechar tu mano y te supliqué que te recuperaras. Me respondiste con un “¡Arre!” y por un momento anidé la esperanza de que salieras adelante en tu salud.

Con las manos entrelazadas a las tuyas te dije: “Pasa bien la noche”. Después me alejé para que pudieras recuperarte, sin embargo esa noche decidiste cerrar los ojos para siempre, pero al mismo tiempo se abrió el dintel que la histo-



ria te tenía reservado para preservar tu memoria y tu legado.

“Rolas”, te quedas en tu casa, esta casa que se construyó para hombres y mujeres como tú.

Yo me despido agradeciéndote cuanta cosa me enseñaste y con la firme promesa de continuar promoviendo la lectura, la escritura, el arte y todo aquello que esté a mi alcance por perpetuar tu ideal de hacer del ser humano alguien más culto, más sensible, más analítico, mejor crítico y mejor creador, en sí, de todo aquello que lo vuelva digno de habitar este planeta.



## Amigo Rolando...

*Rogelio Guerra Espinoza*

(Este es un texto íntimo, escrito en febrero de 2016, que surgió de la necesidad de hacer un repaso, un recuento del andar caminos, del haber vivido, convivido, de regodearme como recomienda Proust, en el recuerdo, para no dejarlo ir, para que siga aquí, con nosotros).

En 1977 era yo un estudiante de escasos dieciséis años cuando lo conocí. El joven maestro, lleno de energía y de entusiasmo, nos hablaba de la educación y de la lucha de clases. Eran tiempos de agitación social y de efervescentes ideas comunistas, sobre todo en obreros, campesinos, estudiantes y maestros. A pesar de que estaba “La guerra sucia” en su apogeo –el Estado echaba mano de cualquier cosa, incluyendo la represión masiva y selectiva, la tortura, el asesinato y demás acciones legales e ilegales, a través de cuerpos policiales, militares y paramilitares, para combatir a quienes querían hacer la revolución socialista–; pese a que también estaba en boga la “Guerra fría” –que incluía feroces campañas anticomunistas–, había muchas mentes libres, con vocación libertaria que, corriendo sus propios riesgos, seguían predicando la libertad y la justicia, pues eran irre-



dentos rebeldes. De ellos formaba parte el profesor del Centro Regional de Educación Normal, Rolando Bernal Acevedo.

Él nos decía que la justicia social se lograría por medio de la educación y nos invitaba a leer a Aníbal Ponce y su *“Lucha de clases”*. Estos planteamientos y su juventud –apenas nos ganaba con algunos ocho años– hacían que simpatizara con los estudiantes –además él había egresado hacía poco tiempo de una Normal Rural–.

Pero una cosa era tener simpatía y otra hacer amistad. Era muy difícil, pues por una parte, los estudiantes sentíamos que los docentes eran harina de otro costal y nuestro trato hacia ellos era distante. Los maestros representaban a la formalidad de la autoridad escolar, a la oficialidad, guardaban sus distancias respecto a los alumnos y sus luchas estudiantiles, pues era –y sigue siendo– la norma, que los docentes no intervinieran de ninguna manera en sus manifestaciones y protestas, aunque hubiera o haya simpatía con sus causas y demandas. Así pues, para que un alumno estrechara su amistad con un docente, tendría que darse un fenómeno muy especial... y se dio el caso: motivados ambos, el estudiante y el maestro –Rolando y yo–, por las coincidencias en cuanto a los anhelos de justicia social y sobre todo por culpa de la afición a las letras, a los libros, a la poesía, a la historia, a la educación, comenzamos una amistad que ha durado hasta la fecha treinta ocho años, y que no tiene para cuándo acabar.

Rolando y yo fuimos de los pocos que rompimos esa barrera maestro/alumno, para ser simplemente amigos. En una ocasión, le comenté que estaba leyendo la novela histórica *“Sinuhé el egipcio”* de Mika Waltari, y me dijo que si



me gustaría escribir sobre eso, que él estaba leyendo “La guerra y la paz” de Tolstoi y que también quería compartir sus comentarios acerca del texto, con la comunidad escolar. Coincidimos en que sería conveniente promover el debate, el intercambio de ideas entre la comunidad educativa de la escuela normal. Se nos ocurrió publicar una revista escolar, con secciones de opinión, de análisis, de noticias, pero sobre todo, literaria. Él invitó a otro joven profesor –Francisco Javier Martínez–, y juntos, los tres, publicamos “Timonel, la voz del CRENA”, en papel bond, engrapado, con portada pero sin pasta, impreso en mimeógrafo por nosotros mismos (con todo su proceso de picado de estenciles, de entintado y posterior compaginación y armado), que aunque sólo llegó hasta el número dos, tuvo el privilegio de haber sido el primer esfuerzo editorial de esta institución.

Él, lo distribuía, contento, con aquella sonrisa tan suya que le coloraba las mejillas. Después y con el tiempo, esa inquietud nos volvió a juntar a él y a mí como responsables, junto con Armando Quiroz, de algunas publicaciones como “Alas Normalistas”, que se convirtió en “Perfiles normalistas” después, para llegar a ser la actual revista oficial de esa Escuela Normal.

Cuando egresé en 1981, la vida nos llevó a mi amigo profesor y a mí, por caminos distintos pero con sentidos similares: a mí me enviaron a ejercer la profesión de maestro rural en el estado de Hidalgo, en tanto, mi amigo, el entrañable maestro normalista, era nombrado director del CRENA, donde dejó su imborrable huella. Regresé a Aguascalientes en 1983 y ejercí el magisterio hasta 1985; cuando renuncié a la plaza para dedicarme de tiempo completo al teatro popular, Rolando me aplaudió, mientras casi todo mundo me



condenaba, y cuando él era jefe del Departamento de Educación Normal en el estado, luego de ocho años, volví a la docencia y a la participación sindical, publicando “El Profesorío” y el maestro amigo, me apoyaba, me animaba. En 1997, cuando me integré al Sistema Estatal Permanente de Actualización Magisterial, él era ahora el Jefe de Publicaciones en el Instituto de Educación de Aguascalientes (IEA), y editaba, además de “El cuaderno” –la revista oficial del IEA– otras publicaciones. Allí nos volvimos a encontrar.

El reencuentro, fue de antología: largas conversaciones, almuerzos compartidos, análisis históricos, políticos y literarios; intercambios de sendos paquetes de libros y discusiones que aún están sin terminar. Como todas las grandes personas, que quieren compartir lo bueno con los amigos, me invitó a trepar a una barca y ser parte de una amistosa y bohemia aventura a la que él había dado vida junto con Mario Cruz y Armando Quiroz; la habían creado y la habían criado y hecho crecer con un grupo de amigos, escritores, enamorados de la misma musa, coqueta, inasible, encantadora y ladina: la señora literatura. El arca se autodenominaba Taller literario “La Cofradía”, su símbolo un caracol diseñado por Mario Cruz (Macrupa); su himno, una adoptada canción de Alejandro Collazo –“Y sigo aquí”– y su órgano de difusión y comunicación social, “La hojita diocesana”, que circulaba entre el gremio magisterial con periodicidad “menstrual”, es decir, cada veintiocho días o más, cuando llegaba retrasada. “La Cofradía”, es –resultó ser, en voz del cofrade Salvador Camacho– “un eufórico homenaje a la vida”.

Y la vida, benévola conmigo, nos juntaba a Rolando y a mí; nos llevaba a lugares compartidos: él daba clases de Literatura en la Universidad Autónoma de Aguascalientes



y yo estudiaba allí la Especialidad en Educación Ambiental. Entonces fue que me publicó un breve ensayo sobre el tema, en una colección de minilibros editada por el IEA. Juntos lo parimos, fue nuestro hijo y él lo publicó.

La etapa más intensa de convivencia con él, me la obsequió la existencia, generosa, cuando trabajamos juntos, de colegas, en la misma escuela normal, aquella, la del origen, el histórico CRENA. Ocurrió que cuando Armando Quiroz llegó al Centro Regional como director, nuestro mutuo y buen amigo, aquel mismo legendario joven maestro normalista llamado Rolando, nos dijo a él y a mí:

—Quiero irme a laborar allí, con ustedes, a esa escuela entrañable, igual que los elefantes se dirigen al osario. A vivir nuestros años allí, sabedores de que son los últimos que nos quedan. A compartir con los chavos nuestra experiencia.

Esta etapa, de compartir el pan y la sal de manera cotidiana, resultó ser especial; no sólo laborar en la misma escuela o cursar juntos diplomados, sino ser parte del equipo de Difusión Cultural y Extensión Educativa, colegas del Consejo editorial de publicaciones de la normal, de a diario charlar, reír, analizar, discutir, debatir... vivir.

Tuvimos tiempo de invertir largas horas en charlas, coloquios, páneles, conferencias, programas en Radio UAA con Gaby Méndez y series de televisión en "Historias no contadas", con Jaime Arteaga, por ejemplo, acerca del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución Mexicana.

Nos dimos tiempo para cabalgar con Doroteo Arango desde Ciudad Juárez hasta Celaya y Aguascalientes; ver-seamos con Quevedo y Alatríste, combatimos a renglón se-



guido a los *soflameros*, y piropeamos también a las meninas de la corte.

El ser maestro, enseñante, educador, era en él una actividad de tiempo completo, se le daba de manera espontánea, natural. Me enseñaba, por ejemplo, a encontrarle el sentido poético a la prosa y a cuestionar los datos históricos; a buscarle respuestas a preguntas que no me había hecho nunca, a leer consuetudinariamente, como una forma inequívoca de ser mejor, pero más aún, como la garantía de ser feliz, bebiendo ese mágico elixir que contienen los libros que nos gustan; la deliciosa emoción de debatir, como estilo de vida. La emoción de combatir a espada batiente a la *soflamería*, en cualquiera de sus manifestaciones.

Ahora, aquel joven maestro, legendario docente, colega, analista, escritor, historiador, editor, cofrade; iconoclasta e irreverente a veces y exigente y riguroso en otras, me sigue enseñando y sigue siendo guía. Voy a continuar sus pasos. Hacia allá voy, inexorable, y quién sabe cuánto tiempo tarde yo en llegar a donde él está. Rolando Bernal Acevedo, el maestro, hijo, esposo, hermano, tío, abuelo, historiador, literato, ensayista, amigo. Gracias por haber vivido. Nos veremos pronto, pues todavía tenemos pendientes muchas cosas de qué hablar, en tanto nos echamos otros tacos de colores frente al CRENA.



## Noticias de Rolando, siempre cofrade.

(Paráfrasis de su libro preferido: Noticias del Imperio, de Fernando del Paso)

*Gustavo de Victoria*

“Si pregunta un colibrí por mi paso  
dile que me fui  
a fundar la soledad  
y a sembrar canciones  
para el pan de los hombres nuevos”

(Manuel Orozco González, “El Escribidor”)

Hoy, ha venido el mensajero a traerme noticias del Imperio. Vino cargado con nostalgia y sueños, en su carabela ardiente, con las velas al viento que hinchó una bocanada de los tiempos, preñados de recuerdos.

Me trajo arena de tu viaje a Europa, nostalgia de museos y de vinos, con el hermano amigo y tu antorcha de maestro en grito. El mensajero llegó al atardecer cantando con sabor añejo, repleto de palabras y de historia, de bohemia derramada en el camino.

Nos trajo hasta aquí el olor de las maderas, contigo dormido, con la calma de los mares que descansan en las playas del alma, abrazado a las musas, embriagado y frío, pero con frente franca, feliz, ya sin hastío.



Maestro amigo, tu camino llegó a la encrucijada, pero no se acaba donde el hombre calla. El eco se escucha cual testigo del entusiasmo en las aulas, en el camino andado y en las plazas, con el puño abierto y el corazón comprometido.

Ya nos trae el mensajero aquellas cartas: de tu amor por la historia, los textos que hablan de tus sueños y tu lucha por no sucumbir al hastío. Caerán en tierra fértil las palabras, sembradas ayer con esperanza, para que crezcan los frutos del camino.

Nos han llegado tus noticias de maestro. Del gis en la piel blanca, de piedras en la garganta, del polvo en tu pelo y en tu cara, con niños abrazados a tus ojos, cadenas en los brazos y un costal repleto de libros en tu espalda. Ahí cabalgan Cervantes, Paz y Neruda y junto a ellos, muy cerca de tu pecho están Del Paso, Fuentes, Borges, Kundera. Todos junto a ti en la escuela, que abre puertas y te abraza.

El mensajero se va, cargado con nuestra ofrenda: abrazos de muchos brazos, de amigos y familiares y el homenaje por siempre de los bohemios cofrades, "paralíticos de amor y de añoranza", pero cantando contigo.



## Rolando

*Jaime Arteaga Novoa*

Escribir sobre un amigo que se ha ido, resulta complicado porque entran en juego diversas circunstancias. Si dices las mil maravillas de esa persona, alguien terminará diciendo: “Sí, claro, era tu amigo.”

En esas me vi con este texto sobre Rolando Bernal Acevedo, maestro de los buenos, amante de la literatura y la historia, entusiasta promotor de las letras, fundador de La Cofradía, pero sobre todo gran amigo que compartía cualquier descubrimiento que hacía. Su vida era leer y compartir de mil maneras eso que aprendía.

Lo conocí cuando él era funcionario público, a cargo de la Dirección de Normales y yo reportero encargado de la fuente educativa por un diario local. Las entrevistas periodísticas eran frecuentes y por lo regular terminaban en amenas charlas sobre historia y literatura, las dos pasiones de su vida. Le gustaba en especial la novela histórica.

Esa relación derivó en una invitación a La Cofradía por parte de Rolando, de Javier García Zapata y otros cofrades de antaño y desde entonces, hace ya 25 años, surgió



una amistad entrañable que se veía reforzada por diversos sucesos, uno de ellos inolvidable, como fue la vez que le platicué sobre una novela histórica, basada en la Guerra de Independencia de Cuba. De inmediato me dijo:

-Préstamela.

Yo le contesté:

-No te la presto, te la voy a regalar.

El día que le llevé el libro, que entre paréntesis lo compré en un viaje a Cuba en 1986, al ponerlo en sus manos lo primero que hizo fue besarlo y luego lo abrazó. No era pose, era en serio, era un amor verdadero por la literatura; eso lo vine a confirmar en los muchos años que coincidimos en La Cofradía.

Rolando era poseedor de un fino sentido del humor, sarcástico como consta en muchos de sus textos. Si se hubiera dedicado al periodismo, también hubiera destacado.

En cambio, si intentara denostarlo no podría. Él simplemente vivió como quiso y a lo largo de su vida se entregó a los demás. En La Cofradía sus comentarios se convertían en cátedras, igual sucedía con el maestro Jesús González Rivas, igual sucede ahora, porque si algo nos inculcaron ambos personajes, fue la búsqueda, la lectura, la escritura, la disciplina.

El Rolas, como le decíamos con afecto a Rolando, fue un escritor prolífico, la prueba es que ahora publica su segundo libro *post mortem*, con trabajos realizados de manera disciplinada y constante y, publicados en diarios y revistas. La recopilación de sus textos fue una atinada decisión de quienes la promovieron.

Platicar anécdotas realizadas con El Rolas nos llevaría días enteros, incluso el tema da para otro libro, pero no



puedo dejar de incluir una. Cierta vez el conocido cofrade me invitó a formar parte de La Cofradía, lo cual me halagó y emocionó sobremanera. Me dijo:

-Hay un grupo literario que se llama La Cofradía; te estoy invitando a que formes parte de él.

Desconcertado porque yo entendía que era un grupo sólo de poetas, le contesté:

-Es que yo no soy poeta.

Rolas metió la mano a una de las bolsas de su saco: era el recorte del periódico donde yo trabajaba y lo extendió:

-Esto es poesía -me dijo- al mostrarme un reporte que hice sobre la región de El Llano, donde describí la presencia de leyendas y misterios, de un sitio donde lo más común es toparse con difuntos, ya sea en los caminos, en las casonas de antes o en las caballerizas abandonadas.

Por supuesto acepté luego de tan tremendo halago y desde entonces mi vida cambió. Asumí que me encontraba entre plumas de primer nivel, con los que iba a intercambiar opiniones y donde expondría mis textos para ser analizados. Era la oportunidad de mi vida y la tomé, en gran medida gracias a Rolando.

Esa fue una anécdota pero hubo más. Cuando trabajé en televisión, la participación de El Rolas, Rogelio Guerra, Mario Cruz y otros entrañables cofrades, fue fundamental. Rolando aportaba sus conocimientos de historia y su sapiencia como maestro. Recorrimos la Ruta de Hidalgo en Aguascalientes, por la parte baja de la Sierra Fría, hasta llegar a San José de Gracia, el pueblo viejo que permanece hundido en las aguas de la presa Calles y, después a la entonces hacienda de San Blas de Pabellón, hoy Pabellón de Hidalgo.



Cada programa que grabamos fue una aventura y si no que les platique Rogelio Guerra, cuando recorrimos los últimos pasos de la temida División del Norte, comandada por Pancho Villa. Fue un trabajo de investigación profundo por parte de los tres, pero con aportaciones fundamentales de las lecturas de Rolando que nos permitieron descubrir lugares históricos y obtener conclusiones sobre la Revolución Mexicana. En Aguascalientes murió la imbatible División del Norte, en la Hacienda del Maguey, cerca del Zoyatal. Ahí estuvimos.

Tengo muchos recuerdos de Rolando y todos por el estilo: profundos, amplios en conocimiento, lo que no impedía disfrutar de su excelente buen humor, es decir: su sarcasmo.

Nos veremos pronto.

## Índice

|   |     |
|---|-----|
| Prefacio  | 3   |
| Julio de 1915, Aguascalientes: última gran batalla de la División del Norte | 7   |
| “Noticias del Imperio”,<br>crónica mínima de una novela total               | 13  |
| Los amores del Águila real  | 21  |
| Villa...  | 37  |
| “Zona sagrada”. Entre la realidad y el mito                                 | 45  |
| La corte de los ilusos  | 66  |
| A cuarenta años de<br>“La región más transparente”                          | 74  |
| “El Chilarillo”, una experiencia diferente                                  | 81  |
| El Pancho Villa “casi definitivo”<br>de Friedrich Katz                      | 91  |
| Sin sombra, ni caudillo   | 102 |
| “El gesticulador”, una referencia inevitable                                | 110 |
| Tres mil investigadores educativos<br>en Aguascalientes                     | 119 |

|   |     |
|---|-----|
| Los amores de mi General                            | 131 |
| La otra biografía del Padre de la Patria            | 141 |
| La devaluada silla de Vasconcelos                   | 157 |
| Las metamorfosis del SNTE                           | 167 |
| “La Guerra Florida” del Subcomandante Marcos        | 181 |
| “Los relámpagos de agosto”                          | 195 |
| La Cristiada y Calles, un binomio inseparable       | 208 |
| A un año de su viaje a “La región más transparente” | 216 |
| Cristóbal Colón, el almirante de la Mar Océana      | 227 |
| <i>Adendum</i>                                      | 239 |
| El hombre que amaba a los libros                    | 241 |
| El principio y el final                             | 247 |
| Amigo Rolando...                                    | 252 |
| Noticias de Rolando, siempre cofrade.               | 258 |
| Rolando   | 260 |



*México: tiempos y contrastes.*  
*Volumen II*

de Rolando Bernal Acevedo  
se terminó de imprimir el 20 de octubre de  
2018 en los talleres de Servimpresos  
del Centro S.A. de C.V.  
El tiraje fue de 500 ejemplares más sobrantes  
para reposición.



Originario del estado de Zacatecas, nació el 20 de julio de 1953. Profesor de educación primaria por la Escuela Normal Rural de San Marcos, Zac. y maestro en Pedagogía por la Escuela Normal Superior de México.

Cursó la maestría en Literatura Mexicana que impartió el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM en la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Fue maestro de varias escuelas normales y preparatorias en el estado y de 1992 a 1995, director del Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes.

Impartió las materias *El discurso narrativo del siglo XIX* en la Universidad Bonaterra, *Ensayo Histórico*, *Literatura Mexicana del siglo XIX y XX* y *Novela histórica* en la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Publicó artículos sobre educación, literatura, historia y política en varias revistas de la ciudad, pero sobre todo en una página dominical de un diario local.

Fue fundador del grupo literario "La Cofradía", editor de la revista "El cuaderno de los maestros de Aguascalientes" en el Instituto de Educación y participó en diversos programas de radio y televisión, disertando sobre temas histórico-literarios.

En el Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes, donde fue docente desde 1977, promovió incansablemente la lectura y fundó la revista "Perfiles normalistas".

Falleció el 6 de febrero de 2015 y con la publicación del volumen II de "México: tiempos y contrastes", su escuela, su familia y sus colegas, le siguen brindando un justo reconocimiento.